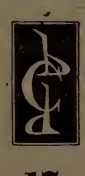
NICOLAS GONZALEZ GONZALEZ

La teología de la predicación en Santo Tomás de Villanueva



17

REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

LA TEOLOGIA DE LA PREDICACION EN SANTO TOMAS DE VILLANUEVA



«BIBLIOTECA LA CIUDAD DE DIOS»

II. CUADERNOS: ESTUDIOS Y TEXTOS

17

NICOLAS GONZALEZ GONZALEZ, **La teología de la predicación en Santo Tomás de Villanueva**

NICOLAS GONZALEZ GONZALEZ

La teología de la predicación en Santo Tomás de Villanueva





17

REAL MONASTERIO DE EL ESCORIAL

Depósito legal M. Sep. 5684-1959

Imp. Monasterio.—El Escorial

INTRODUCCION

Nuestra tesis, defendida en la Pontificia Universidad Lateranense el 6 de noviembre de 1970, no ha podido salir íntegramente a la luz. Las páginas que aquí presentamos son un extracto de aquélla, en el que hemos procurado recoger lo más significativo.

Hemos estudiado la figura del fraile agustino Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, como *predicador*. Otras varias facetas en torno a esta egregia figura de la primera mitad del Siglo de Oro español son ya conocidas: su pensamiento ascético y teológico, sus cargos eclesiásticos y políticos, sus instituciones caritativas y de enseñanza, y hasta los fenómenos extraordinarios con que los biógrafos rodean su vida.

Nosotros centramos nuestro estudio sobre Villanueva como predicador y como teólogo de la predicación. Sólo aludiremos a otros aspectos del santo arzobispo en la medida en que lo exija su contexto de ministro de la palabra. El tema creemos que está prácticamente inédito, aunque hayamos encontrado ligeras referencias al mismo entre biógrafos y comentaristas de Villanueva.

El trabajo lo dividimos en dos partes. En la primera ofrecemos la *historia* del santo como predicador, y en la segunda su *doctrina* o enseñanza sobre la predicación. Es decir, estudiamos la predicación en su vida y en su obra.

Sin embargo, la nuestra no es una historia cronológica y documental del orador Villanueva recorriendo los púlpitos de las mejoras iglesias y catedrales de España. Los lugares y las fechas nos interesan para des-

cubrir el ambiente vivo en que se movió y para adivinar el talante personal y pastoral de este gran Obispo.

En primer lugar, damos un breve *curriculum vitae* del estudiante, del fraile y del arzobispo. Luego nos asomamos a su tiempo, escuchando con frecuencia la descripción que él mismo hizo en sus sermones, de los hombres con quienes convivía y a quienes predicaba. Las costumbres y los vicios de su auditorio han modelado la predicación de Villanueva de una manera definitiva. En este extracto que publicamos, hacemos sólo unas brevísimas referencias a ello.

Pero el conocimiento de su público nos interesa todavía menos que las grandes fuerzas culturales que estaban subyacentes en los eclesiásticos renovadores de la primera mitad del siglo XVI, de los que Villanueva es un representante significativo. Vivencias trascendentes, doctrinales y religiosas, sin las cuales sería imposible entender a fondo al predicador Villanueva. A ello dedicamos unos puntos de reflexión, que recogemos íntegramente en esta publicación.

Las reacciones que se producen en su auditorio —conocidas a través de las actas de los procesos de beatificación y canonización— nos revelan que las teorías de Villanueva sobre la eficacia de la predicación no era un hablar de memoria, sino una verdad experimentada. Su obra escrita, las fuentes de sus sermones, los temas tratados y su método en la composición de los sermones completan esta primera parte.

En la segunda, estudiamos el pensamiento teológico de Santo Tomás de Villanueva sobre el ministerio de la predicación en la Iglesia: el instrumento pastoral en sí mismo considerado, el agente o predicador, y el destinatario de esta acción eclesial o los oyentes. Son las tres fases de la palabra: en Dios, en el predicador, en los oyentes. Palabra dicha, palabra proclamada, palabra oída.

Villanueva no escribió ningún tratado sobre estas cuestiones. Habló de la predicación cuando predicaba y escribió sobre la predicación escribiendo sus sermones. Nuestra labor ha consistido, primero en recoger muchas piezas sueltas y dispersas. Luego, construir con ellas un tratado sobre la naturaleza y función de la predicación, según nos parece que lo hubiera compuesto Villanueva si se lo hubiera propuesto. No hemos hecho, pues, una mera colección de textos. Una vez recogidos y seleccionados, los hemos ordenado sistemáticamente en un esfuerzo de análisis teológico, claro y preciso, sobre la naturaleza del *ministerium verbi*.

No es ocioso advertir que tomamos el término *predicación* en el

sentido de *concio sacra* solamente, es decir, como anuncio solemne de la fe cristiana para instruir a los fieles y moverlos a la práctica de la virtud. Siempre que hablamos de Villanueva como predicador y como teólogo de la predicación nos referimos a esta forma concreta del ministerio de la palabra, para diferenciarla de otras varias en que abunda la pastoral de hoy.

Nuestro autor utiliza mucho el lenguaje figurado, y la imagen como expresión de lo que lo significado es en esencia. La imagen es un signo de la realidad a la que sustituye. Es precisamente a través de las muchas imágenes y símbolos que emplea al hablar, como tenemos que ir adentrándonos en su pensamiento teológico.

Después de haber leído, al propio tiempo, a otros autores y predicadores de la época de nuestro santo, como lo son San Juan de Avila y Fray Luis de Granada, hemos encontrado tanto parecido en su doctrina sobre el ministerio de la predicación que nos atreveríamos a presentar nuestro estudio como representativo del pensamiento teológico español de la primera mitad del siglo XVI sobre el «ministerium verbi» en la Iglesia. Al menos queremos hacer una aportación, aunque modesta, al estudio de los grandes predicadores españoles sobre cuya historia todavía falta mucho por escribir. Creemos que su doctrina es muy luminosa para esclarecer la verdadera naturaleza y misión de la predicación. en lo que están empeñados los teólogos y pastoralistas de nuestros días.

No había caído en el olvido por aquella época, en el campo más puro de la Iglesia, la utilización de este instrumento pastoral. Todo lo contrario. Es el siglo de su mayor esplendor, aunque sea también el siglo de sus mayores abusos. Por eso la supervalorización que entonces hicieran del mismo los luteranos no tiene tanto de originalidad, como pudiera parecer a simple vista. Dentro de la Iglesia Católica se valoraba y se practicaba entonces la predicación mucho más que en tiempos posteriores. Nosotros ofrecemos solamente un ejemplo de ello.

Estudiando el tema, escuchamos el discurso de S. S. Pablo VI a los párrocos y cuaresmeros de Roma en 1965, en el que dijo, entre otras cosas: «Vorremmo ricordarvi quanti Maestri et quanti Santi di questo ministero (della parola) hanno trattato; sarebbe una letteratura da raccogliere e da studiare» (AAS, 57 (1965), p. 329). Esto nos animó a seguir en nuestro empeño y sentimos viva emoción por trabajar en esta línea.

En el mismo discurso, el Papa expresó un voto, que hemos querido secundar a lo largo de estos cinco años en que hemos explicado Teolo-

gía Pastoral en el Seminario de Avila a los futuros candidatos al sacerdocio: «Ci limitiamo ad esprimere un voto: che la predicazione sacra sia efficace. L'arte di renderla oggi efficace dovrebbe essere uno degli studi pratici più importanti della preparazione pastorale moderna» (AAS, 57 (1965), p. 329).

El Vaticano II ha sido el Concilio que más en profundidad se ha ocupado del ministerio de la predicación. Su magisterio sobre la necesidad, naturaleza y eficacia de acción eclesial tiene muchos puntos de coincidencia con la doctrina de Villanueva. Lo advertimos en sus lugares respectivos.

Mi recuerdo para el profesor Antonio Zama, en otro tiempo catedrático del Pontificio Instituto Pastoral de la Universidad Lateranense, bajo cuya dirección comencé esta tesis; y para el Prof. Masi, q. s. g. h., que actuó de relator principal. Para el Prof. Ildefonso Tassi, O. S.B., mi reconocimiento es doble: primero por haber sido relator, y luego por haberse dignado aceptar la dirección de esta tesis, en sustitución del profesor Zama. Debo también especial gratitud a los preclaros profesores Roberto Moretti, O. C. D., y al reverendísimo don Felipe Caraffa.

CLAVE DE SIGLAS

AIA = Archivo Ibero-Americano.
BA = Biblioteca Antonianum, Roma.
BAE = Biblioteca de Autores Españoles.
BCat = Biblioteca del Institut d'Estudis Catalans, Barcelona.
BC = Biblioteca Casanatense, Roma.
BCSE = Biblioteca del Convento de San Esteban, Salamanca.
BM = British Museum.
BMP = Biblioteca Menéndez y Pelayo, Santander.
BNL = Biblioteca Nacional, Lisboa.
BNM = Biblioteca Nacional, Madrid.
BNVE = Biblioteca Nacional Vittorio Emanuele, Roma.
BSI = Biblioteca de San Isidoro, Madrid.
BSC = Biblioteca del Seminario de Cuenca.
BUB = Biblioteca de la Universidad de Barcelona.
BV = Biblioteca Vaticana.
CAFV = Colegio de Agustinos Filipinos, Valladolid.
NAnt = Nicolás Antonio: Bibliotheca Hispana Nova.
PUG = Pontificia Universidad Gregoriana, Roma.
PUL = Pontificia Universidad Lateranense, Roma.
RBE = Real Biblioteca del Escorial.
SA = Seminario de Avila.
SU = Universidad de Salamanca.
SantU = Universidad de Santiago de Compostela.
SCV = Colegio Mayor de Santa Cruz, Valladolid.
ValU = Universidad de Valencia.

FUENTES INEDITAS

Città del Vaticano, Archivio Segreto Vaticano, *Arch. Congr. SS. Rituum Processus*, 3632, 3633, 3634, 3635, 3636, 3638, 3639, 3640, 3641, 3642, 3643 (el manuscrito 3637 falta desde el año 1936).

1. 3632. *Proceso de la vida y milagros del de felice memoria fray Don Thomas de Villanueva frayle de la orden de St. Augustino y Arçobispo que fue de la ciudad de Valencia*, vol. en fol., 460 ff. nums. (Proceso de Beatificación).

2. 3633. *Copia seu transumptum processus executionis Remissoriae in diversis partibus Regni Castellae factae ad specialem, et particularem inquisitionem formandam super canonizatione bo. me. servi Dei Fr'is Don Thomae de Villanueva olim professi in ordine Heremitarum Sti. Augustini, et deinde Archiepiscopi Valentini*, 685 ff. nums.

3. 3634. Contiene lo mismo que el anterior. Pero en éste hay un índice que no hay en aquél, que comprende 12 fols. sin numerar preliminares, más 685 ff. nums. proceso.

4. 3635. Contiene lo mismo que el manuscrito 3633, más un índice preliminar de 12 ff. sin núm., 686 ff. nums. proceso.

5. 3636. *Copia seu transumptum Processus executionis Remissoriae in civitate Valentiae factae ad specialem et particularem Inquisitionis formandam super canonizatione bonae memoriae servi Dei fratris Don Thomae de Villanueva olim professi in ordine heremitarum Sancti Augustini et deinde Archiepiscopi Valentini et textuum examinatorum et receptorum peradmodum Illustres et Reverendissimos dominos episcopos Marrochitanum et Coronensem Judices Remissoriales et Commisarios Apostolicos adhibito Antonio Ferrer authoritatibus Apostolica et Regia dictae cuius vale nott. publico inducta executione predictae Remissoriae scriba deputato et jurato*, 464 ff. nums.

6\. 3638. *Copia seu transumptum executionis Remissoriae in Civitate Valentiae factae ad specialem, et particularem inquisitionem for mandam super canonizationem bon. me. servi Dei fratris Don Thomae de Villanueva olim in ordine Heremitarum Sti. Augustini professi et deinde Archiep. Valentini,* Sumario de 20 ff. sin nums., más 1072 ff. nums.

7\. 3639. Contiene lo mismo que el anterior. Sumario de 21 ff. sin numeración, más 1072 ff. nums.

8\. 3640. En todo es igual al anterior.

9\. 3641. *Processus Valentiae factus,* 511 ff. nums.

10\. 3642. Traducción italiana de los procesos informativos contenidos en el manuscrito 3641. Tiene por título *Processus pro canonizatione Sti. Thomae a Villanova,* Interpretatio, 1266 ff. nums.

11\. 3643. Es una reproducción exacta del manuscrito anterior. Pero se añade en éste la carta de los Excmos. jueces ejecutores y Comisarios Apostólicos en la causa de canonización de Fray Thomas de Villanueva, al Cardenal Pallotto, 1266 ff. nums.

OBRAS DE SANTO TOMAS DE VILLANUEVA

a) *Ediciones de las obras en latín*

Alcalá, 1572: *Conciones Sacrae illustrissimi et reverendissimi D. D. Thomae a Villanova, ex ordine eremitarum divi Augustini, Archiepiscopi Valentini, et in Sacra Theologia magistri. Nunc primum in lucem editae* (BSI, BSC, RBE, BA).
Alcalá, 1581: (BCat., BMP, BNL, BSI, SCV, SU, Sant.U, PUG, SA).
Salamanca, 1581: (PUG).
Colonia,1587: (BSC).
Brescia, 1603: (CAFV, BNVE).
Brescia, 1608: (Citada en el prólogo de la edición de Manila).
Colonia, 1614: (NAnt.).
Colonia, 1616: (NAnt.).
Colonia, 1619: (BNL).
Roma, 1639: (Citada en el prólogo de la edición de Manila).
Colonia, 1651: (Citada en el prólogo de la edición de Manila).
Roma, 1659: (BC, PUG, BNVE).
Colonia, 1661: (BV).
Colonia,1685: (BNM, BNL, BSI, BUB).
Bruselas, 1685-1703 (BNM, BNL, BUB, BC).
Colonia, 1687: (BCat.).
Amberes, 1690: (Citada en el prólogo de la edición de Manila).
Venecia,1740: (PUL, BNVE).
Augsburgo, 1757: (BC, BNVE).
Milán, 1760: (BCat., SCV, SA).
Salamanca, 1761-1764: (BM, BCSE, BSC, RBE, Val.U).
Venecia, 1790: (CAFV).
Venecia, 1850: (Citada en el prólogo de la edición de Manila).
Manila, 1881-1897: *Divi Thomae a Villanova, Archiepiscopi Valentini, cognomento Eleemosynarii, ex ordine Eremitarum S. P. Agustini, OPERA OMNIA, Juxta Salmant. et Mediol. editiones, P. Laurentii a S. Barbara notis aliisque permultis aucta. Cura, studio, sumptibusque*

PP. Augustinianorum Provinciae Ssmi. Nominis Jesu, Insularum Philippinarum, I-VI vols.

Nota.—En esta colección se incluyeron sermones en español, opúsculos y cartas aparecidas después de las ediciones precedentes. Es la más completa.

b) *Colecciones originarias*

Las ediciones precedentes de los Sermones de Santo Tomás de Villanueva se reducen a cinco colecciones originarias:

1.ª Alcalá, 1572: Colección preparada por el P. Pedro de Uceda Guerrero.
2.ª Bruselas, 1685-1703: P. Antonio Witte.
3.ª Milán, 1760: P. Lorenzo de S. Bárbara.
4.ª Salamanca, 1761-1764: P. Vidal.
5.ª Manila, 1881-1897: P. Ubierna y P. Monasterio.

c) *Traducciones de los Sermones*

1. *Biblia Mariana, según Santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, o sea, Exposición de los sagrados libros relativa a la Santísima Virgen, entresacada de sus obras*, Lérida 1908.
2. *Obras de Santo Tomás de Villanueva. Sermones de la Virgen y Obras Castellanas*, Introducción, versión y notas del P. Fray Santos Santamarta, O. S. A., BAC, Madrid 1952.

   Las obras castellanas incluidas en esta edición, y que ya habían sido publicadas, parte en la edición de Manila y parte en diversas revistas de los PP. Agustinos, son las siguientes:

   Modo breve de servir a nuestro Señor en diez reglas.
   De la lección, meditación, oración y contemplación.
   Explicación de las bienaventuranzas y su correspondencia, ya con los dones del Espíritu Santo, ya con la oración del Padre Nuestro.
   Soliloquio para después de la Sagrada Comunión.
   Proemio sobre unos sermones del Santísimo Sacramento.
   Plática y aviso al religioso que toma hábito.
   Cartas.
   Testamento.
   Sermón del amor de Dios.
   Cinco sermones castellanos.
3. *Oeuvres de St. Thomas de Villenueve, Religieux Augustin et Archevequé de Valence*, traduites du latin par le pere V. Ferrier, Prète de la Misericorde, París 1866-8, 5 tomos.
4. *Ein Büchlein von der göttlichen Liebe.* Nach dem hl. Thomas von Villanova, übersetzt von Dr. Fr. Kausen, Freiburg im Breisgau 1872.

PARTE I

CAPITULO I

TOMAS DE VILLANUEVA, PREDICADOR

La vida de Tomás de Villanueva discurre a lo largo de la primera mitad del siglo XVI, el llamado siglo de oro español. La época más fascinante de la historia de España. Nace en 1486 y muere en 1555.

Fue estudiante y profesor en Alcalá, luego se hace fraile agustino en Salamanca, y termina siendo Arzobispo en Valencia. Vive también en Valladolid, Sevilla, Burgos y Toledo. Las siete ciudades más importantes en la vida política, religiosa y cultural de la época. Fue admirado por el Emperador Carlos V y su corte, y estimado como un verdadero santo por aclamación popular.

Una de las actividades preferentes de Villanueva fue, sin duda, la predicación. Villanueva predicó mucho siendo fraile y arzobispo. Esta faceta de Santo Tomás de Villanueva es la que nos proponemos estudiar aquí.

Primero veremos a nuestro predicador como *hombre de su tiempo*, influenciado por cuatro factores culturales de la época, que supo asimilar y encarnar admirablemente: el espíritu científico, el misticismo, la reforma de la Iglesia y el universalismo. Elementos fundamentales que nos sirven de base para descubrir la fuerte personalidad de este predicador del siglo XVI.

Luego pasamos a describir su actividad ministerial: Villanueva fue un *predicador famoso, modélico y eficaz*. Cuál fue su *auditorio*, cómo son sus *sermones escritos* y cuáles los *temas* centrales de su predicación.

Sobre Santo Tomás de Villanueva hay no pocos estudios recientes que se han ocupado de comentar otros aspectos de nuestro autor: su rica espiritualidad agustiniana, su doctrina ascética y moral y, sobre

todo, su vida santa. Nosotros vamos a intentar descubrir otro rasgo de su personalidad: el de predicador.

1. EL HOMBRE DE SU TIEMPO. SU CONTEXTO CULTURAL

Alumno de Alcalá

Cuando Tomás llega a Alcalá con el propósito de estudiar, todavía no estaba terminada la gran Universidad proyectada por Cisneros, el Cardenal Arzobispo de Toledo. Se abriría siete años más tarde, el 26 de julio de 1508. Tomás la vio hacer y tuvo el honor de ser contado entre sus primeros alumnos y maestros. Y enseguida Alcalá de Henares se erige en representante de la nueva fase de la vida intelectual dominada por el humanismo [1].

Nuestro predicador estudió Artes y algo de Teología en Alcalá. «La Facultad de Artes —comenta Bataillón— no se distinguía sensiblemente de la de las demás universidades de la época: cuatro maestros recorrían con sus discípulos un ciclo de cuatro años en que entraban la lógica elemental de las Summulae, la lógica, la filosofía natural y la metafísica. Entre los regentes que dieron lustre a esta Facultad, mientras vivió Cisneros, hay que recordar los nombres de Fr. Tomás García (el futuro Santo Tomás de Villanueva) y del Maestro Carranza de Miranda, que desempeñaría importante papel en la querella erasmiana. Si la Universidad de Alcalá aparecía como innovadora en España, era sobre todo por su facultad de Teología...» [2].

Alcalá significa mucho en el pensamiento de Villanueva. Allí van los mejores profesores humanistas y teólogos, que podían ofrecer a la juventud de aquel tiempo el más completo conocimiento del hombre y de Dios. Hontanar, aunque no puro del todo, de una corriente nueva de saber que había de vivificar las ciencias de aquel tiempo. En Alcalá se enseñaba con optimismo, con espíritu creador; se investigaba en las fuentes mismas del conocimiento recurriendo a las Sagradas Escrituras y a los Santos Padres; se depuraban los conocimientos adquiridos con una sana crítica. Se buscaba ardientemente la verdad donde

---

[1] R. Gibert, *Las Universidades en tiempos de Carlos V* (art. de la obra *Carlos V*, en colaboración), Granada 1968, p. 475-500; M. Andrés Martín, *Caracteres generales de la generación teológica humanista española (1500-1530)*, "XIX Semana Española de Teología", Madrid 1962, p. 261-274.

[2] M. Bataillon, *Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI*, I. México-Buenos Aires 1950, p. 18-19.

se encontrase y se la defendía con tenacidad. Zúñiga y Carranza serán buenos ejemplos de esto. Se huía del verborrismo y de la pura dialéctica, como defectos más acusados en las ciencias y en las escuelas de aquella época.

Por eso Alcalá era considerada como la universidad innovadora frente a Salamanca que permanecía fiel a la escolástica tradicional.

A Alcalá fueron llegando hombres representantes de todas las corrientes ideológicas, de todos los saberes y de todas las Escuelas: matemáticos, filósofos, humanistas, gramáticos, retóricos, ascetas y teólogos. Hombres insignes como Juan de Vergara, Hernando Alonso de Zamora, Alonso de Herrera, Antonio de Nebrija y otros maestros renacentistas que convierten a Alcalá en plantel de todas las ciencias. «De la gramática a las artes liberales, y de las artes a la teología, vivificada por el estudio directo de la Biblia: tal es el camino real y derecho que se abre ante los jóvenes que Cisneros quiere ver afluir a Alcalá de todas las Diócesis de España, y volver después a estas diócesis para constituir los planteles de una Iglesia más digna de Cristo»[3].

Villanueva estrenó también el Colegio de San Ildefonso, como becario. «Hay que añadir que una beca de colegial en San Ildefonso constituía ya una prebenda envidiable para un joven que, de las tres carreras lucrativas —iglesia o mar o casa real—, elegía la primera. Los miembros del Colegio son graduados en su mayor parte, y muchos son profesores... En realidad, San Ildefonso es la sede de una especie de aristocracia universitaria»[4]. En éste, como en los demás colegios mayores de Alcalá, florecía con las letras una piedad profundamente cristiana. Los biógrafos nos narran que Tomás García era admirado por ambas cosas entre profesores y alumnos de Alcalá[5].

---

3 BATAILLON, o. c., I, 15.

4 *Ibid.*, p. 16-17.

5 M. SALON, *Libro de la vida y milagros de santo Tomás de Villanueva*, Madrid 1906, p. 46-7: "El ejemplo que allí dio en todo género de virtud a los otros colegiales era tan grande, que, según refiere D. Fr. Juan Muñatones, Obispo de Segorbe, en la narración que hace de la vida y santidad de este siervo de Dios... el Maestro Juan de Vergara, uno de los más insignes hombres que en letras y púlpito ha tenido aquella Universidad, el cual al mismo tiempo vivía también en aquel Colegio, viendo la piedad, devoción, recogimiento y santas costumbres de este buen colegial Tomás de Villanueva, en sus sermones (cosa notable) las predicaba públicamente y las traía por ejemplo con suma admiración de los oyentes, como si hablara de un santo ya canonizado." P. JOVIT, Profesor de la Facultad Católica de Letras de París, ha estudiado bien la estancia de Tomás García en Alcalá, con los altibajos

Alcalá le deja una huella imborrable que se transparenta en los sermones de Villanueva: el orden y claridad de expresión, el método pedagógico en el desarrollo del tema y un cierto carácter intelectual que predomina en sus conciones. Cuando predica los principios naturales de la moral, cuando arguye sistemáticamente resolviendo dificultades, objeciones y errores, Villanueva es el alumno y maestro de Alcalá.

En Alcalá aprende a ser el hombre renacentista, crítico y profundo, sereno y equilibrado, apasionado por la verdad. Allí renuncia a las glorias mundanas y se determina a ser religioso. De allí sale para Salamanca, prendado ya del celo de la gloria de Dios y de la salvación de las almas, decidido a ser un apóstol de la reforma de la Iglesia, por la que suspira la cristiandad entera.

La síntesis entre razón y fe, que tan sensiblemente se palpa en los sermones del fraile agustino, se la dio Alcalá.

Místico español

En esta primera mitad del siglo XVI caracteriza a los mejores cristianos una reacción, a veces violenta, contra las formas externas e insinceras del catolicismo. Es una corriente que tuvo por aquellos momentos defensores en toda Europa, y que adquirió las formas más diversas de expresión desde la más sana ortodoxia hasta la herejía: erasmismo, luteranismo, iluminismo, misticismo. Las causas subyacentes a estas tendencias reformadoras fueron muchas y muy complejas[6]. En España hay servidores de todas ellas.

Tomás de Villanueva es un magnífico representante, entre los eclesiásticos de su tiempo, de ese espíritu de descontento, dentro de la más pura ortodoxia y sano equilibrio entre todas esas tendencias. Valora lo interior más que lo exterior, la fe sincera más que las teologías, la verdad más que las proposiciones, los afectos del alma más que los golpes de pecho, el desprendimiento en vez del fausto y las riquezas, la caridad por encima de todas las virtudes. Profesa la oración y contemplación como cristiano primero y luego como fraile y arzobispo, la humildad y la mortificación en medio de un mundo de pompas y vanidades.

---

propios de un joven universitario de la época del renacimiento (*El Obispo de los Pobres*, Avila 1965, p. 51-70).

6 K. ALGERMISSEN, "Konfessionskunde". En traducción española *Iglesia Católica y Confesiones Cristianas*, Madrid 1964, p. 765 ss.

Cuando asume el cargo de predicador, este afán de interioridad está como subyacente en sus sermones, en los que busca por encima de todo conducir las almas al encuentro consigo mismas y a la unión con Dios, por el desprecio del mundo y la negación de los placeres de la carne. En un mundo extravertido, hay que reencontrar la vida interior en su más profunda y verdadera realidad como lo más importante para el hombre.

En las crónicas de la Orden de San Agustín, Fray Tomás ha pasado a la historia como el prior que «deseaba que los frailes hiciesen más caso de lo interior, porque sin ello (decía) el exterior no hace frailes verdaderos, sino hipócritas fingidos»[7]. Esta misma era su intención también al corregir individualmente a los muchos clérigos vagos y disolutos con que se encontró en Valencia, como arzobispo. Más que tratar de evitar el escándalo que daban con su comportamiento, los instaba al arrepentimiento interior por la contricción y la oración. Para ello, practicaba el método de cerrarse en su propio oratorio con algunos clérigos y no les soltaba hasta que los veía derramar lágrimas de dolor, diciéndoles que eso era precisamente lo que más le interesaba como arzobispo.

Muchas preocupaciones le causaron también los bautismos masivos de los moriscos, porque en apariencia cristianos, en la realidad eran enemigos acérrimos de la religión... Después de las germanías en que habían tomado parte los moriscos de Valencia, el rey de España los había obligado a recibir el bautismo (año de 1525) bajo pena de tener que abandonar el país. En carta a Felipe II, el 12 de abril de 1547, el arzobispo Villanueva se queja de que hagan sus ceremonias moriscas y pide que «pues son bautizados no vivan públicamente como moros»[8]. Villanueva es enemigo de la hipocresía en un mundo lleno de ella.

Ese mismo deseo de interioridad le lleva a reprochar con crudeza el que los eclesiásticos empleen más tiempo en adornar las iglesias que en adornar las almas, a rasgar sin piedad los oropeles de los grandes y su boato externo si ve que por dentro esas mismas personas no corresponden a la dignidad o cargo que desempeñan. A los religiosos los predica abiertamente que no se esfuercen en compaginar en sus vidas lo que es irreconciliable (vida religiosa y vida secular), y que, mientras no estén fecundadas sus almas con la gracia y el fervor, en vano inten-

[7] Crónica de la Orden de San Agustín, fol. 119, citado por SALON, *o. c.*, p. 135-6.

[8] THOMAE A VILLANOVA, *Opera Omnia*, VI, Manilae 1897, p. 530.

tarán querer cumplir las reglas monásticas. Al predicador le pedirá que «no se precie tanto de mostrarse bueno, cuanto de serlo».

La palabra de Villanueva antes que doctrina es experiencia vivida y sentida. Antes que predicador, es un místico, y para comprender su personalidad hay que situarle en la escuela de los grandes místicos españoles del siglo XVI. Fraile abismado en el amor de Dios, y predicador que reparte ese amor, en el que quisiera ver abrasado el mundo.

Precursor del Concilio de Trento

Ya hemos aludido antes a la creación de la universidad de Alcalá y de los colegios menores como el más claro exponente de las instituciones nacidas en esa época. Las grandes ideas reformadoras iban quedando plasmadas en realizaciones concretas y permanentes de carácter institucional: Compañía de Jesús, Fundaciones Teresianas, etc.

También en esto Tomás de Villanueva fue un hombre de su tiempo. En Valencia edificó, junto a la Universidad, en 1550, un colegio para estudiantes pobres de su Diócesis, bajo la invocación de la Presentación de Nuestra Señora del Templo, para el que redactó unas Constituciones modelo en su género [9].

En este colegio plasmó su idea reformadora del clero, de ese clero diocesano del que se había lamentado, en varias ocasiones, de que llegara al sacerdocio sin preparación y sin vocación, atraído sólo por las pingües prebendas. Estado que era prácticamente inaccesible a los pobres, aunque lo deseasen con las más puras intenciones. Para estudiantes pobres hizo este colegio de la Presentación, a fin de que creciendo en ciencia y santidad, pudieran llegar al orden del Presbiterado, y por su ejemplo y doctrina vivificar la Diócesis en el régimen de las almas y en la predicación. Claramente se deja también constancia en el proemio de las Constituciones, de no admitir en el colegio más que a los que pretendan ser sacerdotes, y se les obliga a resarcir al colegio de todos los gastos, cuando el colegial hubiera estado en él con otras intenciones. No se podía ingresar en el colegio antes de los dieciocho años y sin los estudios suficientes de gramática (hoy llamaríamos de bachillerato). Tanto la admisión como la expulsión estaba condicionada al voto de los demás colegiales. Los estudios del colegio duraban cinco años, estaban consagrados a las Artes y Teología. El régimen interno del co-

---

[9] *Opera*.... VI. 422-30.

legio estaba a cargo del rector, elegido anualmente por los propios colegiales entre ellos mismos.

Ramón Llido Vicente ha estudiado bien los antecedentes de este colegio, que todavía hoy sigue funcionando [10].

Las Constituciones previenen a los colegiales de incurrir en los vicios del clero de aquel tiempo: el soborno para ocupar el rectorado, la vanidad en el vestir, el pernoctar fuera del colegio, la fornicación, el trato con mujeres dentro del colegio, el comer regalado y la falta de residencia. En las Constituciones son puestas de realce las virtudes más necesitadas en el clero altanero y belicoso de la época: la caridad, la paz, la concordia y, por encima de la ciencia, la virtud: «Nam in nostris collegialibus, vitae puritatem, et morum honestatem, magis optamus quam sapientiae claritatem» [11].

Y para prevenir los peligros de una democracia excesiva, cada año, durante doce días, un canónigo o un maestro en Teología o un doctor en Cánones debía visitar el colegio y revisar toda su vida y actividades, «tam in spiritualibus quam in temporalibus». Después, el Conc. Tridentino sancionaría muchas de estas normas.

En Valencia celebró Sínodo y fijó en unas breves y claras Constituciones las normas a seguir en su Diócesis [12], en el año 1548. Estas Constituciones son igualmente notables y se inspiran en el mismo deseo de reforma de los eclesiásticos y del pueblo: los adultos no podrán recibir el bautismo sin previa instrucción de la fe; los párrocos y los rectores de iglesias deben tener sus libros de Bautismo, de Confesión y de Eucaristía; se urge el cumplimiento de las cargas de las pías fundaciones; se opone a la multiplicación arbitraria de días festivos y se establece un calendario restringido de días de fiesta; a los párrocos y vicarios perpetuos se les obliga a la residencia; se imponen multas y castigos a los clérigos considerados públicamente como concubinarios, si no deponen su actitud en el tiempo previsto; se regula el uso del hábito talar; se prohibe a los clérigos implicarse en negocios seculares y ocupar cargos propios de los seglares como el de procurador, administrador de bienes seculares, etc.; se recuerda a los pastores de almas la

[10] R. LLIDO VICENTE. *El Colegio Mayor de Santo Tomás de Villanueva,* Valencia 1944. *El Colegio Mayor de la Presentación. Homenaje en el IV centenario de su fundación,* Valencia 1950.

[11] *Opera...*, VI. 426.

[12] *Ibid.*, 411-6; J. L. VILLANUEVA, *Viaje Literario a las iglesias de España,* Madrid 1903, I, 75-80; IV, 117-8.

cuenta que han de dar a Dios de las ovejas puestas bajo su cuidado pastoral; se regulan las prácticas catequéticas y sacramentales de los «nuevos cristianos»; se somete a rigurosa vigilancia de los rectores de iglesias la predicación de las indulgencias y colectas; se prohiben los actos profanos en los templos; se hace una invitación a la concordia entre sacerdotes y religiosos sobre los derechos funerarios y manda que se observen fielmente los aranceles establecidos; que se cumplan las leyes ceremoniales del culto divino, y para que nadie alegue ignorancia de las mismas, se manda que haya un ejemplar colgado en los coros de las iglesias; se prohibe a los futuros cónyuges cohabitar antes de la celebración del matrimonio y se insta a la observancia de los cánones sobre impedimentos matrimoniales; por la noche no podrá haber sermones en las iglesias, excepto en Semana Santa, ni misa antes del alba excepto en Nochebuena; se prohibe la celebración de la misa en casas particulares, y a los confesores recibir dinero de los penitentes con ocasión de este sacramento.

Un código realista, en fin, en el que el predicador de antes se hace ahora legislador. Lo que antes pedía desde el púlpito ahora lo exige bajo penas canónicas. Es ocioso volver a mentar el Concilio de Trento, que legisló sobre estos mismos puntos.

Pero Villanueva, legislador y juez, lo es en función única y exclusivamente de la ansiada renovación sacerdotal y cristiana de la Iglesia. Diríamos que le gusta escardar su huerto no para que no haya cizaña, sino precisamente para que crezcan las flores de la virtud. Perder esto de vista es convertir al arzobispo de Valencia en un inquisidor. Y ningún otro juicio sobre su persona ofendería más a nuestro santo que éste. Villanueva fue no un inquisidor, sino un renovador de la fe y de las costumbres.

Para resolver el problema educacional de los «cristianos nuevos» y de sus hijos fundó rectorías (parroquias personales) y un colegio, y proveyó a los conflictos surgidos por culpa de las ceremonias moriscas y de las antiguas mezquitas. La comunidad de moriscos en el Reino de Valencia era considerable: había más de sesenta mil casas de moros convertidos o mejor sería decir bautizados.

El mismo arzobispo que se ocupa de hacer un colegio para la formación de buenos predicadores, que legisla para el recto ejercicio de este ministerio, al principio de la Cuaresma convoca en la iglesia de San Esteban o de Santo Tomás a predicadores y confesores y los instruye sobre el modo de cumplir con su oficio. A los predicadores les

presenta un elenco de los principales pecados que habían de combatir en los sermones y los exhorta a que «entendiesen que no subian al púlpito para mostrarse letrados y ganar opinión y el aplauso del pueblo, sino para hacer guerra como soldados de Cristo con el cuchillo de su palabra a los pecados de los hombres, y sacarlos de las garras del demonio»[13].

Por sus obras pastorales, no menos que por sus sermones, Tomás de Villanueva merece ser catalogado entre esos santos obispos reformadores de la Iglesia, que, como San Carlos Borromeo, son gloria imperecedera del episcopado universal. Porque hicieron que la cura pastoral fuera una realidad y no meras palabras.

Europeo y universal

En este período España rompe su aislamiento multisecular para proyectarse hacia Europa y hacia América. Los dos hechos más significativos de esta apertura fueron la predicación misional en América, recientemente descubierta, y la extensión del Imperio por Europa. En ambas empresas colaboró Tomás de Villanueva, movido por su celo pastoral.

Del Nuevo Mundo venían noticias de los grandes pueblos y multitud de indios que vivian en pleno desconocimiento de la verdad y de la fe. La pérdida de tantas almas movió a fray Tomás de Villanueva a buscar en seguida por Andalucía y Castilla grupos de misioneros entre los frailes de sus conventos y de otras órdenes para enviarlos a las Indias.

Y mirando a Europa, también ardía su celo de la gloria de Dios al saber cómo se extendía el protestantismo y el poderio turco. En sus sermones alentará al Emperador y a la nobleza a que hagan cuanto esté en su mano para que no llegue la herejía a sus reinos de España y, si cabe, la exterminen de raíz. Desde Valencia escribirá cartas en el mismo sentido a los Padres Conciliares y hará esta misma recomendación de palabra a los obispos que pasaban por allí camino de Trento. En la lucha contra los turcos colabora hasta económicamente con el Rey, su Señor.

Ejemplo también de la universalidad de este pastor, es la ayuda generosa que prestó a los PP. Jesuitas en la fundación de su primer colegio en Valencia, y el haber estrechado las relaciones con todas las órdenes religiosas, en un siglo de tantas polémicas de escuela.

---

13 SALON, *o. c.*, p. 374.

Villanueva es un predicador universal por convicción religiosa y por la desbordante caridad que llevaba dentro. Todo lo malo del mundo y de la Iglesia le afectaba tremendamente. Le duelen los pecados de los hombres porque ofenden a Dios. Se lamenta de las divisiones y partidos de los cristianos porque perjudican a la causa de la fe católica, que es una para todos por ser la verdadera, y no hay más que una sola verdad.

Predica contra los luteranos y calvinistas. Está al tanto de lo que pasa en la iglesia de Roma, y de Alemania y de Francia. Conoce bien las opiniones doctrinales que se defienden en las grandes universidades de aquel entonces y, sobre todas ellas, se pronuncia clara y enérgicamente desde el púlpito.

2. EL PREDICADOR Y SUS SERMONES

Predicador famoso

Fray Tomás de Villanueva comenzó a predicar en su iglesia del convento de Salamanca, cuando contaba sólo tres años de profesión [14]. Inmediatamente corrió su fama por toda la ciudad «con tan gran admiración y espanto de todos como si hubiera resucitado alguno de los sagrados Apóstoles, o les hubiera enviado nuestro Señor a predicar algún ángel venido nuevamente del cielo» [15]. Sabemos más en concreto que durante la Cuaresma que predicó en la catedral de Salamanca, allá por el año 1522, la gente no cabía en la iglesia ni en las calles de alrededor [16].

---

[14] SALON, o. c., p. 67: "Parecióles también a los Superiores, que el talento de este siervo de Dios no se encerraba en sólo leer, sino que se extendería su valor y riqueza a dar doctrina a las almas en el púlpito, y así. siendo de edad de treinta y cuatro años, habiendo sólo tres que había profesado, y dos que leia. le mandaron predicar..., comenzó a predicar en la iglesia de su convento."

[15] *O. c.*, 68.

[16] MUÑATONES. *Vida de Santo Tomás de Villanueva:* "Poco tiempo después, conviene a saber, en aquel año, en que contra la Majestad Real, se levantaron inquietudes en España, el Clero y Cabildo de la Iglesia de Salamanca le encomendaron que predicase la Cuaresma, en la Iglesia Mayor. Declaró él entonces aquel célebre Salmo "In exitu Israel de Aegypto" (Ps. 113). Estaba yo entre la muchedumbre de los oyentes, aún no fraile, todavía mancebo seglar. Iban a oírle llenos los caminos; venían los hombres con admiración y como atónitos. Maravillábanse del nuevo modo de decir; admirábanse del ímpetu de oración, que llevaba a donde quería los ánimos de los oyentes; maravillábanse de los ardentísimos afectos que abrasaban las mismas entrañas de los hombres. Tan profundamente bajó aquella doctrina a los corazones de todos los del pueblo, que por aquel tiempo no dijeras que

El mismo acontecimiento tenía lugar cuando predicaba en Burgos, y Valladolid [17]. Las declaraciones de testigos en los procesos de beatificación y canonización abundan en elogios del predicador.

El dominico fray Diego Aldrete, que conoció a Tomás de Villanueva «de vista, habla y trato», declara que en «Valladolid oyó este testigo nombrar al dicho señor fray don Thomas de Villanueva a innumerables personas, muy honradas y calificadas y fidedignas, que acudían y frecuentaban sus sermones: porque predicaba públicamente y muy a menudo y le seguían en sus sermones, que eran muy aceptos. Y aún se acuerda este testigo particularmente que, como eran los sermones del dicho señor fray Thomas tan excelentes, recibidos y estimados, su madre deste testigo... mandó a este testigo fuese de su parte al dicho señor don fray Thomas de Villanueva, que le prestase quatro sermones de los que habia predicado aquella quaresma; que, en trasladándoselos, se los volveria... Y entonces entendió este testigo que los dichos sermones los quería su madre para darlos a su confesor, por ser estremado de buenos, que fué habido y tenido y comunmente «unanimiter» reputado por varón santo... y hombre muy docto y excelentísimo predicador de veras: y que cuando predicaba quebrantaba los corazones y los rendía con la verdad del espíritu con que predicaba, aunque fuesen muy duros, altivos y soberbios, a imitación de Nuestro Señor Jesu Christo...» [18]. «Su doctrina fué tan rara en esta ciudad de Valladolid y particular en ella que andaba desbalidos preguntando de un sermón en otros donde predicaba por le poder oir» [19].

Y todavía más expectación suscitó en Valencia, donde le llamaban,

---

Salamanca era un pueblo que constaba de ciudadanos seglares, sino que pensaras que era un Monasterio bien gobernado, un Convento de Frailes Religiosos." Citado por T. HERRERA, *Historia del Convento de San Agustín de Salamanca* Madrid 1652, p. 313.

[17] SALON, *o. c.*, 76: "Y asi se vio en todos los pueblos donde sembró la semilla del Evangelio, particularmente en Burgos, Valladolid y Salamanca, que fueron los lugares donde más residió y predicó. En cualquiera de éstos fue extraordinaria la devoción con que todos le seguían: llevábase todo el pueblo tras sí: preguntaban con cuidado unos a otros donde predicaba: madrugaban por oirle y se tenía por muy dichosa la iglesia o monasterio donde iba... En cualquier ciudad o pueblo donde llegaba, era cosa notable, luego que predicaba allí este siervo de Dios, el efecto tan visible y conocido que hacían sus sermones: porque se veian luego convertirse grandes y escandalosos pecadores, remediarse los vicios públicos, y de todos los estados acabarse enemistades y vandos antiguos."

[18] Archivo Vaticano, *Riti*, ms. 3632, f. 356-356 v.

[19] Decl. del P. Juan Osorno, Administrador perpetuo del Colegio de San Gabriel de la Orden de S. Agustin en Valladolid, Ms. 3632, f. 368 v.

comparándole a S. Juan Crisóstomo, «boca de oro» [20], «pues después de haber entrado en dignidad, y encargándose del cuidado pastoral, predicaba más alta y ardientemente y se excedía a sí mismo; y... con mayor afecto y más vivo celo parecía que en el púlpito relampagueaba, cuando predicaba, desde que fue arzobispo, como encendido en celoso afecto después de desposado» [21].

A tal llegó la fama de sus sermones, que el Emperador Carlos V le nombró predicador del Reino, escuchando con frecuencia los sermones de fray Tomás [22].

En sus sermones hay referencias directas a la persona del Emperador, presente entre el auditorio, a quien saludaba por «o potentissime» [23] y sintiéndose en cierto modo aturdido por estar «coram regia Altitudine Vestra et coram tan gravissimo senatu et illustri auditorio» [24]. Del mismo Emperador Carlos V refiere Salón «siempre que estuvo Su Majestad en Valladolid, donde tenía su Corte, casi nunca le perdía sermón y tenía mandado a sus capellanes le avisasen siempre que predicase donde había de ser, cuando no era sermón de su capilla real, y alguna vez que no le parecía ir público, iba a oírle disimuladamente» [25].

Predicador modelo

El padre fray Tomás preparaba bien sus sermones. El estudio de las fuentes de sus sermones nos lleva a la conclusión de que Villanueva no improvisaba. Las citas constantes de la Sagrada Escritura, los párrafos enteros tomados de los santos Padres y las referencias frecuentes a otros autores nos hacen suponer que el santo agustino dedicara largos

[20] Decl. de Doña Leonor de Guzmán, de Valencia, Ms. 3632, f. 136.

[21] MUÑATONES, o. c., p. 314.

[22] SALON, o. c., 78: "Voló en pocos años su fama por Castilla, de manera que llegando a los oídos del emperador Carlos V, de gloriosa memoria, y de su esclarecida y religiosísima mujer la emperatriz, quisieron oírle un día. Fue tanto lo que en aquel primer sermón que le oyeron, gustaron sus almas... que luego mandaron escribir a su Provincial, como lo querían y nombraban por su predicador, y como tal le querían que residiese lo más en Valladolid para su espiritual consuelo y regalo. Oíanle muy de ordinario, así en algunas Cuaresmas que les predicó, como en los principales domingos y fiestas del año... Del mismo Emperador se refiere que siempre que estuvo su Majestad en Valladolid, donde tenia su corte, casi nunca le perdía sermón, y tenía mandado a sus capellanes le avisasen siempre que predicase, dónde había de ser, cuando no era sermón de su Capilla Real."

[23] *Opera*..., III, 261.

[24] *Opera*..., V, 200.

[25] SALON, *o. c.*, 78-9.

ratos de estudio para componer sus sermones. El mismo lo confesó alguna vez hablando desde el púlpito: «Hunc sermonem, quem vobis praedico, non subito intuitu percepi, sed cum multa anxietate, multis horis, hac et illac animo discurrendo, collegi» [26]. También tenemos algún testimonio de que era algo falto de memoria (por lo que predicaba no con mucha frecuencia para poder prepararse mejor) [27].

Pero todavía más que repasando libros, Villanueva preparaba sus sermones sobre todo en la oración. Todos los biógrafos lo subrayan. Oigamos siquiera a este testigo: «Predicaba la palabra de Dios con tanto fervor y espíritu precediendo muchas horas de oración, según a criados del santo Arzobispo dicho testigo lo ha oido, que cuando hablaba en el púlpito parecía un S. Pablo y tocaba los corazones y hacía notable efecto en ellos como se ve por muchas conversiones de pecadores» [28]. Cuenta Salón que habiéndole preguntado a Villanueva algunos amigos en qué libros o autores estudiaba, los respondió: «Todos los libros son buenos, cuantos la Iglesia aprueba por católicos, y en todos ellos hallará de qué aprovecharse el predicador, como tenga tres cosas: santidad de vida, humilde oración y un verdadero celo y deseo de la gloria de Dios y salud de las almas...; en la humilde oración será su alma enseñada, alumbrado su entendimiento y encendido su afecto, porque allí se fraguan las saetas que han de herir y atravesar los corazones» [29].

Por nada del mundo se dispensaba fray Tomás de la debida preparación que debía preceder a sus sermones. Refiere uno de sus testigos en el proceso de canonización que el Emperador pasó un día por el convento de Valladolid y mandó aviso de que quería hablar con fray Tomás. Estaba éste en su celda preparando un sermón que iba a predicar poco después. Cuando recibió el aviso de que el Emperador deseaba verle, respondió que le dijeran, con todo respeto, que, si tenía que predicar, no bajaba, y que si bajaba que no predicaría; a lo que el Emperador contestó «así quería yo los predicadores» [30]. Este precalenta-

[26] *Opera*, V, 335.

[27] Ms. 3633, f. 153: "los sermones del dicho Señor Fray Don Tomás de Villanueva eran de grandísimo fruto, y especialmente oyó al santo varón Fray Alonso de Orozco que predicaba pocos sermones por la falta de memoria, y por pensarlos mejor" (Fr. Juan de Castro).

[28] Ms. 3636, f. 115, Decl. de Don Matías Pallás, sacerdote predicador y confesor canónigo de la santa Iglesia de Valencia.

[29] SALON, o. c., 74-5.

[30] Ms. 3633, f. 153, Decl. de Fr. Juan de Castro.

miento en la oración, inmediatamente antes de subir al púlpito, lo recomendaba Villanueva a los predicadores, como ya veremos después, y no perdonaba a los que pasaban «de la plaza al púlpito» como quien cambia de escenario.

El lenguaje de Villanueva era unas veces sencillo y familiar y otras subido y de altas teologías, según fuera la condición religiosa y cultural de su auditorio [31]. No predicaba lo mismo a los campesinos de una aldea que a los frailes de su convento de Valladolid o a las religiosas agustinas de Madrigal de las Altas Torres. Calificaríamos su lenguaje de acomodado, convincente, sólido, devoto y sincero.

Villanueva, en efecto, construye sus sermones con una cierta trabazón que nos hace recordar al maestro de Filosofía en Alcalá. Da la impresión de tener delante un auditorio al que tratara siempre de convencer de que tiene que ser bueno o mejor. Las innumerables citas bíblicas y patrísticas dan solidez a sus argumentos. Y por su temperamento y santidad personal, Villanueva habla con una sinceridad tajante. Por aquel tiempo se dijo que los fieles se alejaban del púlpito porque los predicadores eran o demasiado sabios o demasiado ignorantes, que trataban de deslumbrar a su auditorio con una teología sutil, o bien divertirlos con cuentos de mujeres [32]. Fray Tomás no fue ni de los unos ni de los otros. Siempre huyó del ornato florido y de las vulgaridades... Quería palabras llenas de espíritu, que entraran como dardos inflamados en las almas. Fray Alonso de Orozco dijo de Villanueva que sus palabras eran como un cuchillo [33], refiriéndose al modo de penetración y eficacia. La expresión es muy feliz. Así es la predicación de Villanueva: aguda y cortante, limpia y exigente.

Predicador eficaz

El fruto de sus sermones era grande y notorio por cualquier parte

31 A modo de ejemplo puede verse el lenguaje tan distinto que emplea en dos sermones del Domingo I de Adviento, el 1.° y el 5.° de la colección de sus obras. El primero que parece ir dirigido a gentes empecatadas, el lenguaje es duro, apologético y provocativo para conseguir la conversión; en el otro, dirigido a sus frailes, usa expresiones místicas y delicadas (*Opera...*, I, 1-11 y 31-38).

32 Bataillon, o. c., I, 344.

33 Ms. 3633, f. 153, Decl. de Fray Juan de Castro, religioso profeso de la orden de S. Agustín, Definidor de la Provincia de Castilla, residente en el Monasterio de San Felipe de Madrid: "A la sexta pregunta dijo que según lo que este testigo... especialmente oyó al santo varón fray Alonso de Orozco, que... su voz del señor don Fr. Thomas era como un cuchillo."

donde iba. Si hubiera de creerse todo lo que cuenta Salón, no habría adjetivos para calificar la eficacia de la predicación de fray Tomás: «En cualquier ciudad o pueblo donde llegaba, era cosa notable, luego que predicaba allí este siervo de Dios, el efecto tan visible y conocido que hacían sus sermones; porque se veían luego convertirse grandes y escandalosos pecadores, remediarse los vicios públicos, y de todos los estados, acabarse enemistades y vandos antiguos; los mercaderes y gentes de tratos peligrosos, desengañados y atemorizados con su doctrina, mudar el uso de sus negocios, y para asegurar sus conciencias hacer grandes descargos y restituciones; las personas nobles y de estado hacer manifiesta enmienda de sus vidas, trocando sus paseos, juegos, galas y vanidades, en recogimiento, honestidad, limosnas, oración y frecuencia de sacramentos»[34].

En las actas de los procesos de beatificación y canonización de nuestro santo se hace constar con frecuencia que sus oyentes salían de los sermones «atemorizados», «que dejaba admirados a todos los que le oían»... «por el grande espíritu y celo santo que tenía de convertir almas», y se narran diversos testimonios sobre los frutos saludables que producían los sermones. Una de las preguntas que hacía el procurador de la provincia de Aragón para el proceso de beatificación, sonaba así: «Si por su predicación, buen ejemplo, conversación, o por confesarse con él muchísimas personas se apartaron del común trato del mundo y se dieron al servicio de nuestro Señor algunos entrando en religión, o siendo religiosos procurando con muchas veras la observancia de su Regla y Constituciones y otros seglares recogiéndose y haciendo vida ejemplar y digan quiénes fueron nombrándolos y las obras ejemplares en que se ejercitaron toda su vida y si entienden que fue la causa por haberse confesado, tratado, oído predicar al dicho señor D. Fray Thomás»[35]». Salón recogió estos testimonios en la segunda edición de su obra.

---

[34] SALON, o. c., 76-7.

[35] Ms. 3632, f. 364. "Predicaba tan altamente que dejaba admirados a todos los que le oían" (Ms. 3632, f. 116, decl. de Gaspar Genovés, sacerdote, doctor en Teología, Beneficiado de la Santa Iglesia Mayor de Valencia). "Siempre que esta testigo le oyó predicar vio que así dicha Duquesa (de Calabria) como toda la demás gente salían admirados del grande espíritu y celo santo que tenía de convertir almas, y oyó muchas veces esta testigo a dicha Duquesa saliendo de oír sermones decía éste es otro S. Juan Crisóstomo, boca de oro" (Ms. 3632, f. 136, decl. de doña Leonor de Guzmán, de Valencia). "En sus palabras tenía tan particular don de Dios, que era como de admiración la

Tal era la atracción que ejercían sus sermones «que de todo el mundo podían venirlo a oir y en bajándose del púlpito se llegaban la gente a besar los hábitos y vestiduras como a santo» [36]. El P. Muñatones —uno de los convertidos por efecto de la predicación de Villanueva—, dice, refiriéndose a la ciudad de Salamanca: «Tan profundamente bajó aquella doctrina a los corazones de todos los del pueblo, que por aquel tiempo no dijeras que Salamanca era un pueblo que constaba de ciudadanos seglares, sino pensaras que era un monasterio bien gobernado, un Convento de frailes religiosos» [37]. Entre las conversiones famosas de la ciudad de Salamanca está la de fray Soto, O. P., que luego fue teólogo en el Concilio de Trento [38].

«Su doctrina fué tan rara en esta ciudad de Valladolid y particularmente en ella que andaban desvalidos preguntando de un sermón a otro dónde predicaba por lo poder oír según oyó a los que tiene referidos juntamente con el provecho que con ellos hizo en las almas de los que le oían y decía de artos particulares de personas graves del Reino de la conversión que con semejantes personas hizo su doctrina apartándolos de muchos pecados en que estaban enredados que aunque a este que declara le dijeron algunas, y después oía y oyó de personas fidedignas el fruto que había hecho en sus almas» [39].

También de las tierras de Valencia tenemos un testigo más: «Vió que se le seguía toda la gente cuando predicaba porque eran tales sus sermones y palabras como si las predicase un Apóstol, e inflamaba los corazones de tal manera que salían de sus sermones todos compungidos y se acuerda este testigo que muchos se convertían a Dios apartándose de sus malas vidas por medio del fervor y espíritu con que este bendito Padre predicaba» [40].

Notan también varios testigos que fray Tomás se quedaba en el púlpito como arrobado y sin poder hablar, volviendo luego en sí para seguir hablando con viveza más fervorosa y grande. A los testigos de

---

mudanza que hacía en los oyentes" (Ms. 3632, f. 136, Decl. de Doña Leonor de Guzmán, de Valencia).

[36] Ms. 3633, decl. de Doña Anna Bretona, viuda de Bartolomé González, vecino de Valladolid.

[37] MUÑATONES, o. c., p. 313.

[38] CENJOR, *Historia de San Esteban de Salamanca*, vol. III, p. 595. D. CARRO, V., *El Maestro Fr. Pedro de Soto, O. P., y las Controversias Político-Teológicas en el siglo XVI*, Salamanca 1931.

[39] Ms. 3632, decl. de Fray Juan Osorno.

[40] Ms. 3632, f. 109, decl. de Don Bautista Colomar Platero, vecino de la Ciudad de Valencia.

la calificación de vida y santidad de Villanueva para su beatificación se les hacía precisamente esta pregunta: «Digan si saben, si han visto u oído decir que predicando, orando o tratando de cosas espirituales se quedaba arrobado y en éxtasis, cuántas veces y en dónde»[41].

Con los éxtasis, Villanueva interrumpía también sus sermones con lágrimas, suspiros y silencio.

Lágrimas, suspiros y silencio —comenta Salón— que decían más a los oyentes que muchas palabras y muy estudiadas[42]. «Y añaden los testigos que refieren estas cosas, cómo las veces que se arrobaba predicando o haciendo alguna plática, no se iba persona del auditorio, antes en sabiéndose, acudían muchas más; y si era en algún monasterio, acudía todo el convento a oirle lo que decía después de aquel arrobo, por ser cosas tan divinas y celestiales las que después de aquellos raptos predicaba, y con un espíritu y eficacia que aterraba los oyentes»[43].

Su auditorio

Santo Tomás de Villanueva distingue a los hombres en cinco categorías: inocentes, perversos, convertidos, frágiles e impíos. Es decir: Los que siempre fueron buenos; los que siempre fueron malos; los que después de ser malos son buenos; los que unas veces son buenos y otras malos; los que fueron buenos y ahora son malos[44].

---

[41] Ms. 3632 f. 364. Ms. 3633, f. 80: "Dijo esta dicha testigo que conoció muy bien de trato e conocimiento al dicho P. Don Fray Thomás de Villanueva en dicha ciudad de Valladolid, siendo Prior en el monasterio del señor S. Agustín de ella por algún espacio de tiempo, al cual esta testigo oía y oyó muy continuamente los sermones que predicaba... y le vio alguna vez elevar en los sermones con algunas exclamaciones como a santo y como tal era habido y tenido de tal manera que se transportaba y luego volvía con una viveza fervorosa e grande" (Decl. de Doña Anna Bretona). Ms. 3633. f. 59 v.: "Muchas y diversas veces oyó decir que predicando el dicho señor Don Fray Thomás en la Iglesia mayor de esta Ciudad y monasterio de San Ildefonso se había quedado arrobado en el púlpito... y esto había sucedido teniendo el crucifijo en las manos y diciendo cristiano mira y haz..." (Decl. de Doña Inés de Porres, monja profesa en el monasterio de Santa Clara extramuros, de Burgos).

[42] SALON, *o. c.*, 106.

[43] *Ibid.*, 107.

[44] *Opera*, II, 22. "Quinque enim sunt status hominum: quidam semper fuerunt boni; quidam semper mali; quidam fuerunt mali, et sunt boni; quidam ad tempus sunt boni, et ad tempus mali; quidam fuerunt boni et sunt mali. Hi status sunt innocentium, perversorum, conversorum, fragilium, impiorum."

Sirviéndonos de esta distinción o clasificación moral, podríamos decir que los oyentes del fraile agustino pertenecían a todas estas categorías, pero en especial a la cuarta y quinta. Sus sermones apuntaban fundamentalmente a combatir «un estado de hombres frágiles, que odiaban el pecado y luchan con la muerte y el infierno; pero que, aunque frágiles en caer, son a la vez diligentes en levantarse, de tal manera que no perseveran mucho tiempo en pecado»[45], y, sobre todo, contra «los que casi siempre están en pecado. Los que confiesan en Pascua y en seguida caen, permaneciendo todo el año con el mayor descuido en pecado»[46].

Villanueva es un predicador popular. Si exceptuamos algunos sermones dirigidos a un auditorio selecto, como pudo ser la corte del Emperador o los moradores de los claustros, la mayor parte son predicados a una «masa heterogénea de mujeres y hombres rudos, cultos, pobres y ricos»[47]. Gente de todas las condiciones sociales, mezcladas en cualquiera de las iglesias de León, Castilla, Andalucía y Levante. Unos que acudían a oírle por curiosidad y otros con el deseo sincero de aprovecharse de sus enseñanzas.

Amigo de los pobres y afligidos, prefiere un auditorio de almas sencillas, pensando que «donde hay mayor simplicidad, allí es mayor el fruto de la palabra de Dios». Esto no obstante y a pesar de su teoría de que los grandes y ricos desprecian los sermones si no son altisonantes, era de admirar cómo los maestros, los religiosos e incluso los predicadores iban a escucharle con verdadera fruición y grande provecho de sus almas. Dice Muñatones que «arrastraba tras sí de donde quiera a los Hombres Letrados, los Grandes Predicadores, a los Frailes de casi todas las Religiones, y finalmente a los varones llenos de letras y erudición, con ansia y deseos de oirle, como olvidados de sí; cosa de verdad dignísima de grande admiración poder satisfacer tan bastamente a tan diversos ingenios de hombres con una misma oración»[48].

---

[45] *Opera...*, II, 22.

[46] *Ibid.*, 23.

[47] *Ibid.*, 81: "populus, inquam, et vulgus, inter quos credibile est aliquos fuisse solertes et ingeniosos, sicut ad conciones est turba promiscua foeminarum, virorum, rudium, acutorum, pauperum, divitum, etc.". MUÑATONES, 313: "Lo que a mí me parece como milagroso es que acudían a porfía a sus sermones, picados del espíritu como de tábano, de todo orden de hombres, y de todo estado y condición de gentes."

[48] MUÑATONES, o. c., 313.

La obra escrita

Villanueva escribía previamente los sermones que después iba a predicar. Pero no los escribió para darlos a la imprenta. Su humildad le hacía estimar muy poco sus propias cosas y cuando sus amigos le rogaron alguna vez que los publicase, fray Tomás se excusaba de que no valían tanto como para publicarse.

Tenemos suficientes datos, según los procesos de beatificación y canonización, de que los sermones de Villanueva pasaban de mano en mano en copias manuscritas que hacían sus devotos. En el Archivo de la Catedral de Salamanca hemos visto precisamente dos gruesos tomos copiados por un amanuense anónimo. Doña Beatriz Gutiérrez, una piadosa viuda, en la información recibida en la ciudad de Burgos por el Juez Subdelegado Apostólico que fue en la causa de la canonización del Padre Fray Don Thomás de Villanueva Arzobispo que fue de Valencia, testifica que «vió en casa de sus padres sermones escritos de mano del dicho siervo de Dios Don fr. Thomas y que los estimaban y tenían como escritos de un varón apostólico»[49]. El padre Cipriano Florcader, O. P., declaró también «que el maestro fray Pedro de Salamanca, religioso de santo Domingo y uno de los grandes letrados y predicadores de su orden, siendo prior del Convento de Predicadores de Valencia en el 1553 ó 1554, entendiendo que el dicho señor Arzobispo tenía un libro escrito, de su mano, de los sermones que dicho santo Arzobispo había predicado, y dicho padre maestro Salamanca pidiendo al dicho señor Arzobispo le hiciese merced de prestarle el libro; y prestado y visto por el dicho maestro Salamanca la calidad de los sermones, mandó que en la casa de novicios, donde este testigo estaba, le copiasen todo el libro cuatro frailes de dicho noviciado, uno de los cuales era este testigo»[50].

Creemos que el fraile de vocación tardía, buen humanista y antiguo profesor de Artes en Alcalá, escribió la mayor parte de sus sermones en latín, aunque luego los pronunciase en español, pues su gran público no entendía bien el latín. Otros los escribió en lengua vulgar, no sabemos si de primera intención o a petición de alguna señora que quería copiarlos para lectura espiritual.

Tal y como fray Tomás los escribiera, aunque no todos, salieron impresos después de su muerte, en 1572, gracias al obispo Muñatones, her-

---

[49] Ms. 3633, f. 41 v.
[50] Ms. 3632, f. 84 v.

mano de hábito y discípulo. El proceso de la primera edición de los sermones fue así, según cuenta el mismo Muñatones: «Teniendo yo gran parte de los sagrados sermones de este excelente prelado (porque sé de cierto que se han perdido algunos, no sin gran menoscabo de cosa tan preciosa) y conociendo cuán gran fruto se seguiría a la Iglesia cristiana de que se impriman, principalmente en estos tiempos de cuya desdichada suerte empecé arriba a hacer mención; no consentiré que tan gran tesoro se oculte en tinieblas, antes procuraré con cuidado que salga a luz, y a los ojos y manos de los hombres. Llégase a esto que tratando yo en otro tiempo con el mismo autor, de que se abreviase su impresión, y rogándole afectuosamente que no consintiese que se defraudasen los hombres de desvelos tan fructuosos; con la grandeza de su modestia me respondió que no estimaba él tanto sus cosas, que en tanta felicidad de Escritores, saliendo cada día estudios escogidos de autores excelentísimos, se atreviese a sacar en público la cortedad de su limitada doctrina. Pero que pues según el modo acostumbrado, y curso de naturaleza, yo, que no era de tanta edad como él, había de vivir más que él, hiciese, después que él hubiese muerto, lo que juzgase más conveniente; que todo que a esto tocaba, lo dejaba a mi elección, para que por mi parecer, o los publicase, o los ocultase. Por lo cual juzgo que ya no puedo escusar de que se impriman, porque veo que su impresión no sólo es útil, sino necesaria a la República. Envié los ejemplares, que estaban en mi poder, al Padre Provincial, y a los padres de la provincia de Castilla de nuestra Orden, para que escogiesen un hombre docto, a quien encargasen el cuidado de reconocer, corregir y enmendar, si acaso por culpa de los escribientes (que las más veces los encontramos rudos e ignorantes) hubiese algo que necesitase de enmienda; y que cuidase que estos sermones reducidos a un tomo se pudiesen imprimir, pues que yo por mis continuas ocupaciones, que de ordinario me embarazan, no lo podía hacer. Hicieron los padres lo que les rogaba, y encomendaron este cuidado al padre Maestro Fray Pedro de Uceda, rector del colegio de nuestra Orden en la Universidad de Alcalá, cuya erudición aprobada con lectura de Teología de veinte años; y con eso, juicio acertado en la doctrina sagrada, satisfizo llena y colmadamente mis ruegos y deseos. Doy infinitas gracias a la bondad divina, que veo ya esta obra acabada, y en perfección»[51].

Luego se fueron multiplicando las ediciones en las principales im-

---

[51] MUÑATONES, *o. c.*, p. 315.

prentas de Europa hasta la edición hecha en Manila entre los años 1881 y 1897, en seis gruesos volúmenes. No todos los sermones de esta colección *Opera Omnia* son de igual valor: unos son piezas perfectamente retocadas y acabadas; otros más que sermones son breves apuntes o esquemas de ideas a desarrollar. Otros hay repetidos, con ligeras variaciones.

El P. Tomás Rodríguez, O. S. A., fue el primero que estudió las ediciones de las *Conciones*, y que se planteó la duda sobre qué idioma había escogido Villanueva para escribirlos. Su opinión es que fueron escritos en latín directamente por el Santo agustino, y se apoya, sobre todo, en la carta que el P. Uceda escribió a Muñatones dándole cuenta de la preparación de la primera edición, en la que le decía que había mantenido el texto latino, «traduciendo oraciones y períodos enteros que en lengua vulgar había intercalado él (Villanueva) en las conciones latinas por no perder la inspiración»... Concluye el padre Tomás afirmando que «el latín de las *conciones* es del mismo Santo Tomás»[52].

El P. Santiago Vela, O. S. A., en su bien documentado informe sobre las obras de Villanueva llega a la misma conclusión[53].

Quevedo, una de las glorias más preclaras de nuestra literatura española, en la breve historia que escribió sobre Villanueva, nos dejó este elogio de las conciones; «los sermones que hoy se leen impresos no deben nada a ninguno de los santos doctores y Padres Antiguos; y para quien los supiere leer, y acompañarse con espíritu la doctrina, hablan en ellos la agudeza de San Agustín y la profundidad y dulzura de otro Santo Tomás»[54].

Parece que Quevedo se está refiriendo también a unas conciones de Villanueva escritas en latín. No hay que olvidar la situación de la lengua romance en aquel entonces. Todavía el latín era la lengua preferida para las obras doctrinales y netamente religiosas. Con más razón para Villanueva, que cultivó por mucho tiempo el latín en Alcalá. Su misma fidelidad a los escritos de los santos Padres y a la Escritura, y su mente precisa y clara le hicieron expresarse en términos que no

---

52 T. Rodríguez, *Ediciones de las Conciones de Santo Tomás de Villanueva*, en "Revista Agustiniana", 1 (1881) pp. 305-11. *Conciones de Santo Tomás de Villanueva*, ibid., 2 (1882) pp. 476-80.

53 G. Santiago Vela, "*Ensayo de una biblioteca iberoamericana de la Orden de San Agustín*", VIII, El Escorial 1931, 233-302.

54 F. Quevedo y Villegas, *Epítome a la Historia de la vida ejemplar y gloriosa muerte del E. P. fr. Tomás de Villanueva*... B.A.E., Madrid 1859, vol. 48, p. 68.

dieran lugar a dudas. El latín era la lengua clásica y segura. Si Villanueva hubiera nacido unos años más tarde, de seguro que habría escrito sus sermones en castellano [55].

Actualmente, los sermones de Villanueva componen seis gruesos volúmenes, en folio, cuidadosamente editados en Manila. Los tres primeros contienen los sermones «De Tempore», siguiendo el ciclo litúrgico a partir del primer domingo de Adviento; en el tomo IV se agrupan los sermones en honor de N. S. Jesucristo y de la B. Virgen María; el tomo V los pronunciados en las fiestas de los Santos, y el tomo IV es un repertorio de diversos sermones nuevos, pequeños opúsculos del mismo autor, cartas, etc. No es una edición crítica en sentido moderno. Merece la fe de los Padres Agustinos de la Provincia del Smo. Nombre de Jesús de las Islas Filipinas, que se responsabilizaron de tan costosa edición.

3. LOS GRANDES TEMAS PREDICADOS

Villanueva es un enamorado de Dios, como «Sumo Bien, en el cual está todo bien» [56], y un admirador del alma humana, de naturaleza semejante a Dios, cuyo centro de gravedad es Dios [57], a la que Dios ha demostrado su amor por el precio de su sangre y muerte de cruz, para que el hombre le ame por encima de todas las cosas. El hombre, hecho de cuerpo y alma, «no es lo que aparece sino lo que no aparece» [58]. El alma es lo propio y específico del ser humano.

Los hombres viven en un engaño total porque consideran sólo su cuerpo, y se afanan en satisfacer las necesidades que experimentan en sus cuerpos. El pecado tiene la culpa de esta ceguera de los mortales y de su engaño. Es causa y efecto a la vez. «¡Oh gran peso del pecado, el cual puesto sobre las cervices de las almas, las apega y hace asentar en lo bajo, porque no buscan lo alto para do fueron criadas!» [59].

El predicador tratará de convencer a los hombres cuál es su verdadera naturaleza espiritual y su verdadero centro y atraerlos hacia sí. Mientras vivan en pecado, están incapacitados para ver su destino

---

[55] M. García Blanco, *La lengua española en la época de Carlos V*, Madrid 1967, p. 11-43.
[56] *Opera...*, III, 204.
[57] *Ibid.*, 205 ss.
[58] *Opera...*, I, 159.
[59] *Opera...*, III. 209.

y caminar hacia él. El pecado es el mayor enemigo de Dios y del hombre.

Estas son las ideas centrales que traspasan todos los sermones de fray Tomás de Villanueva y los hilvanan en una unidad temática. Su predicación, en efecto, va directamente orientada a conducir al hombre a renovarse decididamente. Para esto dirá primero quién es Dios y quién es el hombre; luego enfrentará al hombre tal y como es con sus pecados y engaños delante de Dios su Señor; le revelará después lo que Dios quiere que sea el hombre y pedirá a este hombre pecador que cambie de vida y se comporte como exige su naturaleza espiritual y la ley evangélica.

«Ley evangélica que no es tanto teórica como práctica: su fin es principalmente el obrar y no el saber»[60]. No el que se conforma con oír la palabra de Dios edifica su propia salvación, sino el que la oye y pone en práctica, pues «Cristo compara el hombre que oye la palabra de Dios y la obra a un hombre que funda y obra sobre buen cimiento, y al que la oye y no la cumple al hombre que edifica sobre arena. Alma, tú que edificas oyendo y obrando la palabra de Dios, sabe que gozarás de esas buenas obras»[61].

Dentro siempre de este contexto moral, los temas doctrinales que ocupan más páginas en las obras de Villanueva son: Jesucristo y su Santísima Madre (primer desposorio de Dios con la humanidad), la Iglesia (esposa de Cristo) y el Espíritu Santo (Esposo del alma). Y en el trasfondo de estas pinceladas, el tema del pecado, como la gran infidelidad del hombre al amor de Dios.

1. *Jesucristo:* Nacimiento[62], circuncisión[63], epifanía[64], pasión[65], resurrección[66] y ascensión[67].

A través de la vida de Jesucristo el santo arzobispo centra, con motivo de las grandes festividades cristológicas del año litúrgico, lo mejor de su predicación. En la persona de Cristo, Dios y hombre al mismo tiempo, encuentra la esencia del gran misterio de la economía salvífica de Dios. Por medio de Cristo se realizan los grandes planes que

---

[60] *Opera...*, I, 247.
[61] *Opera...*, VI, 432.
[62] *Opera...*, IV, 1-98.
[63] *Opera...*, IV, 99-113.
[64] *Opera...*, IV, 114-173.
[65] *Opera...*, II, 191-212; 240-252.
[66] *Opera...*, II, 252-324.
[67] *Opera...*, IV, 173-212.

Dios había ideado sobre los hombres desde toda la eternidad. En El y por El se realiza la unión de Dios con los hombres y de los hombres con Dios, objeto de la revelación antigua y nueva, siendo al mismo tiempo el gran revelador de los secretos divinos. Por necesidad, pues, todos los misterios de nuestra religión han de partir de El y a El mismo volver.

Logrando Dios el parentesco sanguíneo con los hombres, a través de una Madre Virgen (María), los hombres, a través de otra Madre también Virgen (la Iglesia) podrán participar de la naturaleza de Dios (en el Espíritu) de un modo imperfecto aquí en el tiempo, pero perfecto allá en la eternidad. He aquí el círculo sistematizado en torno al cual gira la predicación de Santo Tomás de Villanueva, como núcleo dogmático.

2. *La Santísima Virgen* [68]: Concepción [69], natividad [70], presentación [71], anunciación [72], visitación [73], purificación [74], asunción [75], señora nuestra [76].

Ella es la vía «per quam Deus venit ad hominem et per quam homo vadit ad Deum» [77]. Por su especialísima función en la economía cristiana será siempre «un profundo abismo de misterios y virtudes, impenetrable a toda humana inteligencia» [78].

En treinta sermones, dedicados explícitamente a este tema, Santo Tomás de Villanueva nos ha dejado sintetizada toda la sabiduría del misterio de la Virgen, en sí misma y en su doble dimensión, relacio-

[68] Recientemente han subrayado la importancia de los sermones sobre la Santísima Virgen el P. Santos Santamarta, O. S. A., con la traducción española de estos sermones: *Obras de Santo Tomás de Villanueva, Sermones de la Virgen y Obras Castellanas*, BAC, vol. 96, Madrid 1952. Y el P. Segundo Folgado Flórez, O. S. A., en su artículo *Función de la Virgen en la economía de la salvación, según santo Tomás de Villanueva*, "Revista Española de Teología", vol. 20 (1960) p. 361-390. P. Santiago Navarro, C. M. F., *Mariología Bíblica de Santo Tomás de Villanueva*, en "Estudios Marianos", vol. 23 (Madrid 1962), p. 357-410.

[69] *Opera...*, IV. 255-283.

[70] *Opera...*, IV, 284-317.

[71] *Opera...*, IV, 318-326.

[72] *Opera...*, IV, 327-381.

[73] *Opera...*, IV, 381-393.

[74] *Opera...*, IV, 394-417.

[75] *Opera...*, IV, 418-501.

[76] *Opera...*, IV, 501-508.

[77] *Opera...*, I, 87.

[78] *Opera...*, IV, 363.

nada con Dios y con los hombres, con sutileza y amor encantadores.

3. *El Espíritu Santo:* Modo, tiempo, razones y efectos de su venida [79].

Juntamente con el Hijo, a quien la Virgen proporcionó la naturaleza humana, el Espíritu Santo realiza en el mundo la economía divina. Por obra del mismo Espíritu, María Santísima dio a luz al Hijo de Dios y la Iglesia Católica engendra cada día nuevos seres que pueden con todo derecho llamarle a Dios Padre [80].

Toda la obra sobrenatural realizada en la historia de la humanidad la atribuye Santo Tomás de Villanueva a la virtud del Espíritu Santo, por Cristo en la Iglesia. De esta forma se explica la importancia que adquiere en sus sermones la tercera Persona de la Trinidad.

Con relación a Jesucristo, la acción del Espíritu Santo es el «complementum redemptionis» [81]. Cristo a lo largo de sus cortos años de vida terrena dejó un germen de vida divina depositado en el mundo; para que este óvulo alcanzase el pleno desarrollo, desde el cielo envió al Espíritu Santo, que es igualmente Dios con el Padre y con el Hijo [82].

Con relación a la *Iglesia,* el Santo Arzobispo expresa tal dependencia de ésta con el Espíritu Santo, que no sabe tratar un tema sin el otro. Desde el día de Pentecostés, el Espíritu Santo y la Iglesia quedan inseparablemente unidos, de tal manera, que ya ninguno podrá recibir el Espíritu de Dios si no es dentro de la Iglesia [83].

Con relación a las *almas*, el Espíritu Santo ilumina el entendimien-

---

79 *Opera*. .. II. 357-380; 413-419; III. 1-46.

80 *Opera*... III. 5: "Sicut enim Maria Virgine, Spiritus Sancti opere. Filius Dei conceptus et natus est, ita etiam ex Virgine Ecclesia, Spiritus Sancti virtute, haec filiorum Dei generatio (multitudo fidelium) nata est. Quid namque aliud coenaculum illud fuit, nisi Ecclesiae sanctae uterus, unde ex veteribus hominibus nova Spiritus Sancti proles subito formata est?".

81 *Opera*.... III. 35.

82 Copiamos una imagen sencillísima con la que el Santo explica la diferencia y al mismo tiempo la relación entre la obra del Espíritu Santo y la obra de Cristo: "... Filius Dei factus est homo, ut homines fierent filii Dei, iuxta illud Joannis: 'Dedit eis potestatem filios Dei fieri' (Jo. 1, 12). Haec autem generatio inchoata est a Christo; nam reliquit et apostolos quasi grana seminis, ex quibus tanta consurgit messis populorum, et sicut ova in nido. Venit Spiritus Sanctus, et eduxit pullos ex ovis suo calore, ex quibus propagata est omnis illa coelestis generatio in mundo. Nam quid fuit illud coenaculum, nisi quasi nidus. in quo erant ova illa coelestia, vel uterus quidam Ecclesiae, ex qua virgine Spiritus Sanctus novam illam generationem subito eduxit sua virtute, sicut Filum Dei ex utero Virginis Mariae?" (*Opera*.... III, 34-35).

83 *Opera*..., III, 11-12.

to [84], inflama la voluntad [85], ayuda a la acción [86], es decir, perfecciona a todo el hombre, sanándole de su triple enfermedad: la ignorancia, la malicia y la debilidad [87].

Y, en fin, el Espíritu Santo vino «ut mundum bene quidem et sapienter conditum, sed peccatis hominum male foedatum, sua iterum virtute reficeret innovaretque, et ad prioris formae speciem similitudinemque, quantum fieri poterat, redigeret» [88].

Por Cristo nos ha venido el Espíritu Santo con la misión de incorporar todas las cosas en Cristo para gloria del Padre.

4. *La Iglesia:* Aunque solamente cinco breves sermones se conservan en las Obras de Santo Tomás de Villanueva, expresamente dedicados a este tema [89], no puede decirse que el autor tuviese en poco la misión de la Iglesia, y menos que su predicación careciese de esta ambientación.

El fraile agustino había penetrado en el misterio de lo visible e invisible de la Iglesia católica, como continuadora de lo humano y divino de Jesucristo en el espacio y en el tiempo. Y su predicación, aunque no siempre con alusiones explícitas, lleva esta marca eclesiológica bien señalada.

Y, en primer lugar, los términos reiterados «Iglesia de Dios», «Madre Iglesia», «Santa Madre Iglesia», «Iglesia Católica», etc., tan repetidos en sus conciones, sitúan al auditorio en el puesto de miembros de una Comunidad a la que pertenecen y a través de la cual deben salvarse.

Pero, sobre todo, su concepto de la alta función de la Iglesia en la historia de la salvación. La Iglesia, prolongación del pueblo de Israel [90], casa de Jacob sobre la que Cristo reinará eternamente [91], es la única heredera y depositaria de las promesas de Dios al pueblo escogido. La Iglesia continúa la misión de Israel.

Como otra Virgen Santísima, la Iglesia puede llamarse «Madre Santa», porque del mismo modo que María, fecundada por el Espíritu San-

---

84 *Opera...*, III, 3-4 y 17.
85 *Opera...*, III. 17.
86 *Opera...*, III, 30-31.
87 *Opera...*, III, 39.
88 *Opera...*, III, 25.
89 *Opera...*, V, 76-100.
90 *Opera...*, I, 172.
91 *Opera...*, IV, 345.

to, dio a luz a Cristo, el Hijo de Dios, así la Iglesia fecundada por el mismo Espíritu da a luz cada día a los cristianos, también hijos de Dios[92]. La Iglesia continúa la misión de la Virgen. Es la «casa mística de Dios»[93].

Y con la misma razón que Eva fue auxilio y complemento de Adán, lo es la Iglesia con relación a Cristo. La Iglesia es la nueva Eva, Esposa de Cristo, a quien puede aplicarse con toda propiedad el «erunt duo in carne una» (Gen. 2, 24): «Unde omnis propago coelestis et spiritus omnis ab ipso (Christo), sicut omnis caro a primo Adam, et de latere dormientis Ecclesia surrexit»[94].

Más todavía. La Iglesia es el Cuerpo Místico de Cristo: «Corpus Christi verum, quod in cruce passum est, mysticum Ecclesia»[95]. «¡Oh grande clemencia la de Dios! Nuestro Dios se hizo nuestra cabeza, para que todos fuéramos con él un solo cuerpo: se dio a sí mismo como cabeza a la Iglesia. ¡Bienaventurado aquel que merezca ser miembro de tal Cabeza! Conviene que el miembro se conforme a la cabeza; y no está bien que la Cabeza sea punzada con espinas, y haya miembros que se regocijen entre placeres y comodidades: no hay derecho a que la Cabeza chorree sangre por las heridas, y un miembro se regale con perfumes. Gran dignidad es ser miembro de tal Cabeza; pero grande ha de ser la vigilancia, para que sea un miembro que corresponda a la Cabeza. Dijo que serían dos en una sola carne, y así es, pues todos somos un solo cuerpo en Cristo; es más, somos uno con El: y el que lucha contra la Iglesia, contra Cristo lucha»[96]. «El que divide al cuerpo místico, peca lo mismo que pecó el que crucificó al cuerpo físico (de Cristo)»[97].

El teólogo de las realidades trascendentes es a la vez el predicador del amor a los pobres. Las razones son las mismas: Cristo se ha transfigurado en una existencia real, la de los pobres que son su cuerpo:

---

92 *Opera...*, III, 5; *Opera...*, VI, 249: Y su máximo deseo no puede ser otro que "pariendi filios Christo, multiplicandi gloriam sponsi sui. Peperit in abundantia Virgo Spiritu Sancto foecundata, quae non ex sanguinibus, neque ex voluntate carnis (Jo. 1, 13). Ideo filios Dei peperit haec chananea benedicta".

93 *Opera...*, I, 390.

94 *Opera...*, V, 78.

95 *Opera...*, I, 312.

96 *Opera...*, V, 94-95.

97 *Ibid.*, 524.

«No necesita ya el Señor de nuestra piedad, pues El es glorioso y más esplendente que el sol; pero hay pobres, que son su cuerpo, sus siervos, sobre los que puede derramarse esta unción sagrada»[98]. «¿Cómo puede ser amiga (de Cristo) el alma que ve en un fiel indigente a su amigo hambriento, pobre, desconsolado y llagado, y no le socorre? Ciertamente Cristo en su persona no necesita de nosotros para nada; lo necesita en el pobre, tiene hambre en el mendigo. Y, por tanto, ¿qué amistad, qué caridad puede ser ésta en la cual relumbra el oro, brillan las perlas y no alarga ni un pedazo de pan a Cristo hambriento en el pobre? Si eres amiga, tienes que mostrarlo en esta ayuda a los pobres de Cristo»[99].

Villanueva es el gran predicador de la reforma de la Iglesia, el más ardiente y apasionado apostol de una Iglesia renovada. Todos suspiraban por ella en su tiempo, aunque no todos con el mismo celo y fidelidad con que lo hacía el futuro Arzobispo de Valencia. Le obsesionaba la reforma de la Iglesia, unas veces para pedir oraciones por ella, otras para irrumpir en exclamaciones angustiosas: «¡Que se convoque el Concilio!» «¡Que se tomen medidas urgentes, porque todo perece!» Siguiendo sus sermones, uno podía reconstruir la vida de la Iglesia en la primera mitad del siglo XVI: cómo vivían los obispos, los sacerdotes, los religiosos; cómo eran los jueces, los soldados, los comerciantes, los campesinos, los cortesanos y demás estamentos sociales de la época. Omitimos ahora esta descripción, porque nos llevaría muy lejos.

Al propio tiempo que una Iglesia manchada, Villanueva la ve también perseguida y flagelada. Y entonces descubre que la Iglesia corre la misma suerte que Cristo. Le anima la esperanza de que la severidad de las persecuciones haga crecer a la Iglesia y fortalecerse en la virtud, y que, como Cristo, salga purificada de ellas[100].

5. *El pecado.*—Otro gran tema del predicador Villanueva es la realidad triste del pecado. Con la que se enfrenta cara a cara para atacarla sin miramientos ni rodeos.

El manso y piadosísimo agustino es feroz y terrible predicando a los pecadores. No puede soportar que se ofenda a Dios y que haya almas que se condenen. El pecado es la perdición de los individuos y de la sociedad. Lo único que con toda propiedad puede llamarse malo,

---

98 *Opera...*, I, 314.
99 *Opera...*, IV, 444-445.
100 *Opera...*, V, 90.

lo más malo del mundo: «Nihil peccato pejus, immo ipsum solum malum»[101].

La fealdad y repugnancia del pecado son descritas valiéndose de muchas imágenes: «El hombre por el pecado, no sólo es de peor condición que un animal, sino incluso mucho menos que la nada» («homo per peccatum, non solum pejor bruto, sed nihilior nihilo»)[102]. El pecado es una insoportable servidumbre[103], una esclavitud[104], lepra del alma[105]; como un peso grande que puesto sobre las almas las apega y hace asentar en lo bajo, para que no busquen lo alto para lo que fueron criadas[106]; el pecado es una fornicación[107], es la trasmutación alborotada del orden del universo[108], es volver de nuevo a crucificar a Jesucristo[109]. El hombre pecador tiene convertida su alma en un horrible desierto, donde yace en una soledad «áspera, horrorosa, tímida, salvaje, sin refrigerio ninguno»[110]; su vida es una cloaca y estercolero del diablo[111], otro infierno[112], etc.

Consciente de que «sermo reprehensionis clavis est aperitionis»[113], y de que es mejor amigo el que reprende que el que alaba[114], quisiera

101 *Opera*... III. 312.
102 *Opera*... III 313.
103 *Opera*... I 69: "Secunda libertas (hominis) est a servitute peccatorum, quae etiam magna est, et dura. Quomodo premit avaros avaritia! Quomodo cruciat odium et rancor iracundos! Quomodo desiccat invidia!"
104 *Opera*..., I, 433: "Cognosce, o peccator, nimiam vexationem diaboli, captivitatem duram et miseram servitutem... nulla est servitus, nulla captivitas, quae vitiorum servituti valeat comparari. O quam humiliatum et concatenatum detinet iniquitas peccatorem... In peccatorum mancipio, mens, sensus, ratio, judicium, voluntas, affectus, desiderium, et quidquid in homine praecellit, ligatum est: amisit quod est hominis, et fere totus obrutuit."
105 *Opera*... I 181: "Peccatum, maxime carnale, lepra animae est: nam primo pulcritudinem animae amittit..."
106 *Opera*..., III 209.
107 *Opera*.., IV 272: "Rahab, meretrix, mulier publica fuit, et significat peccatorem mundanum; omnis anima fornicatur, dum peccat..."
108 *Opera*..., III, 312: "Nihil peccato pejus, immo ipsum solum malum: nam et diabolus natura non est malus nisi propter peccatum: et infernus non est malus, nisi propter peccatum...; peccatum est inordinata quaedam in orbe ordinatissimo perversio. Quid in elementis, quid in astris, quid in imaginabilibus omnibus inordinatum nisi peccatum?"
109 *Opera*..., VI. 259.
110 *Ibid.*, 187.
111 *Opera*..., I. 93.
112 *Opera*... I. 433.
113 *Opera*... II. 134.
114 *Ibid.*, 179.

dar a conocer a cada uno de los oyentes sus propios defectos, para que, conociéndolos, acertaran y se determinaran a corregirlos [115]. Para Villanueva ésta es una de las obligaciones graves de los predicadores, a los que califica de pregoneros designados por Dios para anunciar al pueblo sus maldades [116], y apela a la responsabilidad ante el tribunal de Dios, si no cumplen éstos su oficio en la forma debida [117].

La predicación de Villanueva, como ya hemos dicho, es un lienzo a dos colores, blanco y negro. Hace resaltar, por un lado, la obra amorosa de Dios según sus planes, y, por otro, la obra egoísta del hombre destrozando esos planes por el pecado. Un principio pedagógico subyace aquí: «Album iuxta nigrum amplius candet, et virtus inter vitia illustrior est» [118]. El bien se hace más apetecible y atrayente en contraste con el mal. Recalcar las tintas negras de la condición humana también está permitido si con ello se logra provocar en el hombre la repugnancia del pecado, y se consigue que camine ansiosamente por el camino luminoso de la virtud, el único camino posible para llegar a la amistad con Dios, donde está el «lleno y perpetuo descanso y la entera hartura de todos los deseos del ánima» [119].

El predicador Villanueva, a diferencia de su contemporáneo Lutero, parte de una concepción real, pero optimista, de la naturaleza humana: aunque todo hombre venga a este mundo dañado por el pecado, contra el que ha de luchar todos los días de su vida, el hombre es libre para pecar o no pecar, y puede contar con la gracia de Dios para obtener la victoria contra el mal, y, tras la victoria, un premio de valor incalculable [120]. La diferencia entre los buenos y los malos, por lo mismo, no está en que aquéllos no sientan los estímulos del pecado y éstos sí, sino en que los buenos, dominando sus pasiones y apetitos con la penitencia y oración, han sabido superar los movimientos del corazón y del cuerpo, y, en cambio, los malos, vencidos por la concupiscencia, no han conseguido este dominio, en el que consiste la verdadera libertad del hombre [121].

---

115 *Ibid.*, 134: La corrección "aperit sensum et rationem, ut intelligamus defectus nostros, et corrigamus".

116 *Opera...*, II, 179.

117 *Opera...*, V, 139.

118 *Ibid.*, 248.

119 *Opera...*, III, 210.

120 *Opera...*, I, 416.

121 *Ibid.*, 364-5.

En consecuencia, la realidad del pecado determina cuál deba ser la vida del cristiano: una milicia constante, una lucha ininterrumpida y violenta [122]. El espíritu batallador de la época se refleja en Villanueva como predicador: La lucha, el heroismo, la conquista y la caballerosidad —virtudes del buen soldado del siglo XVI— son aplicadas al cristiano. En los valores humanos encuentra bellas imágenes para describir el ideal cristiano. La figura del cristiano viene presentada por el tipo del caballero perfecto, que cumple con fidelidad sus deberes sagrados para con Dios, consigo mismo y con la sociedad. Un dato más que prueba la actualidad de los sermones de Villanueva y su adaptación al hombre histórico.

«Cosa grande es ser cristiano, y algo difícil y arduo ser perfecto y buen cristiano» [123]. «No es cosa de delicados el ser cristianos, más de caballeros» [124].

Nuestro predicador no hace concesiones a la virtud. No la pinta de color de rosa. Presenta el cristiano como es, para que quien pretenda seguir a Cristo sepa de antemano que el camino no es humanamente halagador. Se encontrará con tentaciones y enemigos a cada paso. Lo cual es bueno para el cristiano: «nam nobis utiles sunt ad coronas; ipsi enim nobis fabricant coronas» [125].

«No con ánimo vengativo..., sino con sinceridad y limpieza, por compasión, por celo, por caridad, verdaderamente de corazón» [126]. Villanueva había declarado abiertamente guerra al pecado y no ceja ni un instante. Lucha contra todos los pecados, pero en especial contra la riqueza, las injusticias sociales, el odio entre los hombres, la blasfemia, los pecados de la carne, la soberbia, el incumplimiento del deber y la avaricia.

---

122 *Ibid.*

123 *Opera...*, I, 95: "Magnum est esse christianum, sed difficile et arduum est esse perfectum et bonum christianum."

124 *Opera...*, VI, 476.

125 *Opera...*, V, 142.

126 *Ibid.*, 193: Refiriéndose a San Juan Bautista dice: "O Praedicatorem egregium ¡o verum et fidelem Concionatorem! non palpabatur vitia, non dissimulabat peccata, non tolerabat flagitia, non assentabatur potentibus... O si hoc nostrum miserum et deplorandum saeculum vel unum talem haberet concionatorem, qui simili fiducia et libertate potentum et pontificum vitia, non iniquo animo, ut Lutherus et Calvinus, sed sincere et pure, ex compasione, ex zelo, ex charitate, corde vero et puro corriperet et agueret!"

Sus virtudes preferidas: la penitencia, caridad, justicia, religión y pobreza [127].

---

[127] El tema de la caridad fue tratado extensamente por A. TURRADO, *La Teología de la caridad en Santo Tomás de Villanueva*, "La Ciudad de Dios" (1958), CLXXI, p. 564-98.

PARTE II

TEOLOGIA DE LA PREDICACION

INTRODUCCION

Después de haber estudiado a Tomás de Villanueva como predicador, quisiéramos conocerle ahora como teólogo de la predicación. Le hemos visto predicar. Oigámosle ahora predicar sobre la predicación.

Este santo fraile agustino no escribió expresamente ningún tratado sobre el ministerio de la palabra en la Iglesia, o *sapientia verbi;* pero gustó mucho de reflexionar sobre este ministerio mientras lo practicaba. Gracias a esta conciencia viva de estar haciendo algo muy importante cuando hablaba desde el púlpito, Fray Tomás se interpelaba a sí mismo para ser fiel a su misión, e interpelaba a sus oyentes para que se dispusieran a recibir dignamente los efectos saludables de esta acción eclesial, prestando su colaboración. Por esto Villanueva habló de la predicación. Fue su celo pastoral lo que le inspiró cuanto dijo sobre la predicación. A unos les enseñó en qué consiste el oficio del *predicador* de la palabra de Dios; a otros cómo han de ser buenos *oyentes* de esa misma palabra de Dios; y a predicadores y a oyentes explicó en qué consiste propiamente el *ministerio* de la palabra en la Iglesia, del que los primeros son agentes y los segundos, destinatarios.

Coleccionar la doctrina predicada por Villanueva sobre estos tres puntos, ordenarla sistemáticamente e interpretarla, es nuestro intento. Algunas sugerencias sobre la actualidad de los temas complementarán nuestra reflexión.

El abecedario del creyente

La predicación muestra las verdades de la fe, que el creyente ha de conocer y practicar. Pero si el discípulo de la fe desconoce la función que desempeña la predicación en orden a su fe, será como un niño analfabeto a quien se le pone un libro en las manos. Para que el libro diga algo al niño, debe por lo menos saber leer.

Para Villanueva, desconocer la función que desempeña la predicación en orden a la salvación, es como no saber el abecedario del creyente. Predicar a alguien que no sabe por qué y para qué se le predica y qué debe hacer él cuando está recibiendo la predicación, es perfectamente inútil y sin sentido. Algo así como tirar margaritas a los puercos. El predicador que va a poner en las manos de sus discípulos un instrumento de santificación, deberá comenzar por enseñarles la razón de este instrumento, su importancia, su naturaleza, su funcionamiento, su empleo, su eficacia. Es decir, deberá comenzar por el abecedario del oyente.

El predicador Villanueva lo siente así y lo pone en práctica. Hay sermones entre sus sermones, que se diferencian entre sí como una clase de enseñanza básica y otra de enseñanza superior: «Sermo iste ad alios comparatus, est sicut alphabetum puerorum, docens legere alios libros; sic docet quomodo utiliter audiantur alii sermones [1]. Por eso Villanueva instruye a sus oyentes sobre el propio valor de la predicación.

Villanueva insiste en esta misma idea de la necesaria catequesis previa sobre la predicación, comparando el saber sobre la predicación a lo que significa la Lógica respecto a las demás ciencias. A la lógica se la llama *modum sciendi*, arte que proporciona a las demás ciencias los *instrumenta sciendi*, y se la considera como indispensable para el ejercicio de cualquier actividad científica. A las demás ciencias sirve y en función de ellas consiste su utilidad. La ciencia de la predicación es como la lógica de la sabiduría cristiana.

«Como entre las demás ciencias hay una que se la llama modo del saber, y ésta es la Lógica, que sirve a las demás proporcionándoles los instrumentos del saber; así la perícopa del evangelio de hoy (Luc. 8, 15) es una regla e instrucción que Dios nos da para que sepamos cómo debemos oír sus palabras para que fructifiquen en nosotros. Y para que nos aprovechen otros sermones, lo mismo que (Dios) se dignó

---

[1] THOMAE A VILLANOVA, *Opera Omnia*, I, Manilae 1881, p. 262.

enseñar a los predicadores cómo debían hablar a los pueblos diciéndoles 'vosotros sois la sal de la tierra... vosotros sois la luz del mundo' (Mt. 5, 13-14), así también en el Evangelio de hoy instruye a los oyentes sobre el modo de oír con provecho la palabra de Dios»[2].

El propio saber sobre la predicación tiene su autonomía. La predicación misma, y no sólo el contenido de la predicación, es sabiduría cristiana, ciencia revelada, misterio de la fe. Pero lo es en función de la utilidad salvífica que la sabiduría cristiana ha de producir en los creyentes. El saber sobre la predicación es teológico y pastoral, es ciencia y arte a la vez, es misterio y norma de la vida cristiana.

La consecuencia es que hay que predicar sobre la predicación, sobre todo para que los fieles, conociendo lo que significa la predicación misma, perciban útilmente lo que por la predicación se les comunica. Hay que enseñar a oír.

Descubrir el misterio de la predicación, y su arte o técnica en función del recto uso de este ministerio, tanto por parte de los predicadores como por parte de los oyentes, es justamente objeto de la teología pastoral y de la catequesis. Villanueva fue un maestro de esta ciencia.

La catequesis sobre la predicación dentro del ciclo litúrgico

La Cuaresma fue siempre el tiempo fuerte de la predicación cristiana. Así lo era también en la época de nuestro santo. Durante la Cuaresma las iglesias, comenzando por las catedrales, encargaban sermones a los mejores predicadores de la época y confeccionaban sus tablas de sermones como hoy se hace con el horario de las Misas y otros sacramentos.

La Iglesia había previsto ese uso tan frecuente de la predicación en tiempo de Cuaresma, y por eso, según nuestro autor, había dispuesto una catequesis sobre la predicación antes de comenzar la Cuaresma, partiendo de textos sagrados, exactamente en el domingo de Sexagési-

---

[2] VILLANOVA, *Opera...*, I, 251: "Sicut inter alias scientias est una, quam modum sciendi vocant, et haec est Logica, quae aliis servit, eis ministrans sciendi instrumenta; ita lectio hodierna Evangelii regula quaedam est, et instructio, quam nobis Deus exhibet, ut sciamus qualiter ejus verba audire debemus, ut in nobis fructificent. Et ut in aliis concionibus proficiamus, sicut dignatus est praedicatores instruere quomodo populos doceant, illis dicens: Vos estis sal terrae... vos estis lux mundi, sic in Evangelio hodierno auditores instruit quomodo utiliter verba Dei audiant."

ma, como preparación al ejercicio del ministerio de la palabra tan intenso durante la Cuaresma. En ese sentido entiende e interpreta Villanueva la Parábola del Sembrador, que ocupa el tema del Evangelio de ese día:

« La Santa Madre Iglesia nos propone este Evangelio antes de la Cuaresma, para que en él aprendamos lo que nos va a enseñar y para que no oigamos en vano la doctrina que después habrá de darnos. Y puesto que todo el fruto que conviene recibir de los sermones, de esto depende, y nos interesa mucho, por eso Cristo nos propone desde el principio la Parábola del Sembrador, diciendo «salió un sembrador a sembrar su simiente» (Luc. 8, 5) y después nos refiere el fruto obtenido»... [3].

Santo Tomás de Villanueva ha concentrado en torno a esta Parábola y a este momento, su catequesis sobre la predicación. La explicación que hace de esta parábola en sus sermones es un verdadero tratado de teología pastoral sobre el *ministerium verbi*, expuesto dentro de un contexto litúrgico, y desde el lugar mismo en el que se ejerce este ministerio, el púlpito. En la Parábola del Sembrador está expresada en imágenes la función del predicador (sembrador), la naturaleza de la predicación (semilla) y la condición de los oyentes (tierra). Villanueva utiliza otras varias imágenes bíblicas en su catequesis sobre la predicación, como después veremos. Pero éstas le son especialmente gratas.

CAPITULO II

NECESIDAD DE LA PREDICACION

Necesidad de la predicación

En toda la historia de la humanidad desde Abel hasta nuestros días, habría que distinguir tres etapas fundamentales que se caracterizan respectivamente por la Ley de la naturaleza, la Ley escrita y la Ley de la palabra [4].

A lo largo de estos tres períodos, Dios ha manifestado sus deseos de ponerse en comunicación con los hombres, «llamándoles» a participar

[3] *Ibid.*, I, 251.
[4] VILLANOVA, *Opera...*, III, Manilae 1882, p. 266.

de su amistad, por tres medios diferentes: en la Ley de la naturaleza por los Patriarcas, «potius exemplo quam verbo»; en la Ley escrita por los Profetas; en la Ley de la Palabra por Jesucristo y su Iglesia. De aquí la existencia de tres «vocaciones»[5].

La última de estas tres vocaciones o llamadas de Dios es: «vocatio gentium, quae *auditu auris* obediunt Evangelio»[6].

En la actual economía, no existe otro medio de salvación que éste: la obediencia al Evangelio. Obediencia que por otra parte no es posible sin el previo conocimiento.

Y tiene tanta importancia por sí mismo este conocimiento, que Jesucristo ha resumido así la esencia del cristianismo: «Que te conozcan a Ti, el sólo Dios verdadero, y al que enviaste, Jesucristo» (Jo. 17, 3). Ese conocimiento es la fe.

Sin otros saberes podrá el hombre salvarse; sin éste no hay salvación posible:

«Sine aliis scientiis salvari potest homo, sine hac non est salus. Haec sapientia omnibus hominibus jam necessaria est ad salutem: sine hac notitia post promulgatum Evangelium, nullus salvabitur; sed, sicut scriptum est, '*si quis ignorat, ignorabitur*' (I Cor. 14, 38). Unde in Symbolo: '*Haec est fides catholica, quam nisi quisque fideliter, firmiterque crediderit, salvus esse non poterit*'[7], nam '*sine fide impossibile est placere Deo*'» (Hebr. 11, 6)[8].

Tan necesaria es la fe en la Redención, como la Redención misma[9] «¿Para qué serviría la redención, sin la fe en la redención? Nada aprovecharía al mundo»[10].

[5] *Ibid.*

[6] *Ibid.*: "In hoc Evangelio universalis Ecclesiae status designatur a primo justo Abel usque ad ultimum in tres vocationes: prima, in lege naturae per patriarchas, simplex vocatio sine praemii ostensione, potius exemplo quam verbo; secunda, per prophetas in lege scripta, cum additione praemii et majori rebellione invitatorum; tertia est vocatio gentium, quae auditu auris obediunt Evangelio."

[7] *In Symbolo S. Athanasii.*

[8] *Opera*..., III, 52.

[9] VILLANOVA, *Opera*, V. Manilae 1884. p. 206: "Quantum autem interest mundi ista fides, ista cognitio? utique in ea tota vita et salus mundi consistit: Haec est enim vita aeterna, ut cognoscant te Deum verum, et quem misisti, Jesum Christum (Jo. 17, 3). Filius Dei missus est ad operandam redeptionem generis humani; Joannes missus est, ut credatur redemptio, *ad fidem ipsius redemptionis, quae sic est mundo necessaria, sicut ipsa redemptio.*"

[10] *Ibid.*, V, 170; I, 252.

He aquí, pues, la razón de ser de la predicación, su valor, su significado y su importancia, en la actual economía de la redención: por una parte sirve de instrumento de Dios para «llamar» a las gentes a su amistad; por otra, proporciona a los hombres el conocimiento del Dios verdadero y de su enviado Jesucristo, presupuesto necesario para la fe. «Attende quantum conferat saeculo ministerium eius qui ad fidem mundi natus est, sine qua non est salus» [11].

Toda la historia del Nuevo Testamento ha dado esta importancia capital a la predicación. La actividad de Jesucristo podría resumirse sencillamente a enseñar y redimir a los hombres:

«Ad duo Christus venit in mundum, ut scilicet, *nos doceret et nos redimeret. Venit ut magister et ut Redemptor:* Magister qui nos doceret, et Redemptor qui nos liberaret. *Utrumque erat necessarium,* quia si nos tantum redimeret, nec doceret quis esset, ignoraremus granditatem operis; nec mors ejus ignorata nobis ita proficeret» [12].

Y de tal manera adquiere importancia el ministerio de la palabra en la actividad del Hijo de Dios, que resulta sinónimo decir vida pública de Jesucristo y decir «tiempo de predicación» [13]. El aparece en la historia como el libertador de los hombres del poder de Satanás a quien se los arrebató «con la espada de la palabra de la predicación, y el arco de la Encarnación» [14].

La Madre Iglesia, prolongación de Jesucristo en el mundo tiene, por consiguiente, la misión fundamental de engendrar hijos de Dios mediante «la palabra y el espíritu» de Cristo [15].

La misión de Juan el Bautista se valora por el oficio insustituíble que desempeña. Pues sin fe en la redención y en el Redentor ¿de qué aprovecharía al hombre la redención y el Redentor? «Fue enviado como apóstol universal y doctor del mundo no para dar salud, sino para dar la ciencia o noticia de la salvación al pueblo... Cristo viene a obrar la salud; Juan a dar la ciencia de la salud para que todos creyeran por él. ¡Oh qué grande y cuán necesario este oficio para el mundo! ¿De qué aprovecharía la misma redención, si no fuese creída? ¿De qué serviría

---

11 *Ibid.*, V, 192.

12 *Opera...*, II, Manilae 1882, p. 186.

13 *Opera...*, IV, Manilae 1883, p. 464.

14 *Opera...*, II, 26: "Gladius tuus sermo vivus, et efficax; arcus tuus Incarnatio tua etc. Pars tua ergo sumus et populus acquisitionis... Duplice ergo jure sui sumus: sui, quia facti; sui quia empti. Acquisivit nos gladio verbi praedicationis, et arcu incarnationis."

15 *Opera...*, I, 423.

la pasión de Cristo a los judíos, paganos y gentiles? Cristo fue enviado para redimirnos; Juan para darnos la noticia y publicar la fe de la redención y del Redentor: después de Cristo, Juan fue la persona más útil y necesaria al mundo»[16].

Juan el Bautista encarna la figura modélica del predicador. Volveremos después sobre ellos.

Cristo Jesús mandó a los apóstoles que predicaran a todos los hombres el Evangelio (Mt. 28, 19-20; Mc. 16, 15). Este mandato de predicar urge a los Apóstoles como ninguna otra obligación ministerial (Act. 6, 2; 6, 4) porque sin fe no es posible agradar a Dios (Hebr. 11, 6), y la fe se transmite por la predicación: «¿Cómo invocarán a aquel en quien no han creído? y ¿cómo creerán sin haber oído de El? Y ¿cómo oirán si nadie les predica? Y ¿cómo predicarán si no son enviados? Según está escrito: «¡Cuán hermosos los pies de los que anuncian el bien!» Pero no todos obedecen el Evangelio. Porque Isaías dice: «Señor, ¿quién creyó nuestro anuncio?» Por consiguiente, la fe por la predicación, y la predicación, por la palabra de Cristo» (Rom. 10, 14-17). «Placuit Deo per stultitiam praedicationis salvos facere credentes» (1 Cor. 1, 21).

La historia de la Iglesia demuestra que en sus primeros años no hubo tarea más importante y esencial que el ministerio de la palabra. La predicación es lo que caracteriza a la Iglesia primitiva, y gracias a la predicación se extendió el reino de Dios en tan poco tiempo por el mundo:

> "Isti (Apostoli) reges et imperatores potentissimos ligabunt Evangelicis praeceptis: isti populos, civitates et potentissima regna debellabunt: isti philosophos et sapientes mundi sua sapientia superabunt: coram istis eloquentissimi oratores obmutescent; denique isti totum

[16] *Opera...*, V, 182; *Ibid.*, 206: "Filius Dei missus est ad operandam redemptionem generis humani; Joannes missus est, ut credatur redemptio, ad fidem ipsius redemptionis, quae sic est mundo necessaria, sicut ipsa redemptio. Unde Pater de ipso: *Et tu, Puer, propheta Altissimi vocaberis; praeibis enim ante faciem Domini..., ad dandam scientiam salutis plebi ejus in remissionem peccatorum eorum* (Luc. 1, 76-77); ad dandam non salutem, sed scientiam salutis plebi eius, quae scientia necessaria est ad salutem. Post ipsum Redemptorem secunda persona mundo necessaria Joannes fuit, Si enim Redemptor venisset, et non fuisset, qui plebem doceret, et praeparet, et de ipso testimonium daret, forte non agnoscerent: opus ergo fuit Praecursore." *Opera...*, V, 170: "Apostolus ergo mundi universalis Joannes natus est, non promotus... Quam officium! Quam necessarium mortalibus officium! quam expediens opus Ecclesiae! quid enim profuisset venisse (Redemptor) si non contigisset agnosci?... Christus in redemptionem mittitur; Joannes in fidem, id est, ut omnes crederent per illum, sicut Evangelista ait."

universum doctrina et suis eloquiis subjugabunt et prosternent. O potentiam Dei admirandam, quae cum talibus hominibus totum mundum debellasti!"[17].

"Quanta sit utilitas praedicationis, aperte ostendit mundi conversatio; nam sic resonantibus tubis Apostolicis, mundus conversus est"[18].

Pero, aun refiriéndose a su momento histórico, Villanueva llega a decir que «si en la Iglesia de Dios queda todavía algo de vigor y de virtud, esto es debido a la asidua predicación de la palabra de Dios»[19]. Y en otro lugar:

> "Et si quidem hodie vigent virtutes, eas verbum Dei in suo virore conservat. Quid, obsecro, putatis contingeret, si duobus aut tribus annis conciones non resonarent? Certe videretis in quam omnes deveniremus miseriam. Si tot repetitis concionibus, si tantis adhortationibus et reprehensionibus, si in tanta abundantia doctrinae tot sunt in hominibus flagitia; si tam profundam advertimus Dei oblivionem, ¿quid putatis contingeret, si nullus esset, qui nobis in memoriam revocaret inevitabilem mortem, instantem peccatoribus infernum, praeparatam justis aeternam gloriam? Vere, ut ait Propheta (Is. 1, 9), *nisi Dominus exercituum reliquisset nobis semen, quasi Sodoma fuissemus, et quasi Gomorrha similes essemus*"[20].

Villanueva añora el celo del profeta Elías, y lo quisiera ver en los prelados de su tiempo. Cómo cambiarían las cosas. «O si nunc hoc zelo, hac autoritate praelati Ecclesiae vigerent contra vitia, non sic omnia tenderent in ruinam»[20].

Tal es la importancia que tiene la predicación para nuestro santo, que pone por testigo de su eficacia al mundo entero y se pregunta: «¿Por dónde nos ha venido la fe? Por dónde todos los bienes, si no es por el conducto de la predicación?»[22].

La predicación ocupa un puesto de primerísima importancia en la actual economía salvífica. Es un medio insustituíble por ningún otro. Volvamos a oír a nuestro predicador: «¿Qué sucedería si no hubiese en el mundo quien nos recordase la inevitable muerte, el infierno preparado para los pecadores y la gloria eterna para los justos? ¿Qué sucedería si durante dos o tres años enmudeciesen los sermones? Ciertamente veríais en qué miseria caeríamos todos»[23].

---

17 *Opera...*, III, 103-4.
18 *Opera...*, I, 242; I, 116.
19 *Ibid.*, I, 242.
20 *Ibid.*, I, 252.
21 *Opera...*, I, 340.
22 *Opera...*, VI, Manilae 1897, p. 190.
23 *Opera...*, I, 242.

Las preguntas son tan válidas en pleno siglo XX como en el siglo XVI. Pero hoy tendríamos que añadir algunos interrogantes más: ¿Quién exhorta hoy a los buenos a perseverar en la virtud para obtener el premio de la gloria eterna? ¿Qué predicadores quedan hoy entre nosotros que tengan la valentía de aquellos grandes predicadores del siglo XVI que fustigaban sin piedad los vicios y como dardos inflamados derretían a los pecadores en lágrimas de contrición? ¿No podríamos culpar la descristanización actual que padecemos a la falta de verdaderos predicadores, tal y como los define Santo Tomás de Villanueva?

Creemos que entre nosotros no se da suficiente importancia a la predicación cristiana. Se la sustituye por lindas homilías, brevísimas, y, en muchos casos, insulsas y deletéreas. Hoy la predicación en la Iglesia carece de entidad propia y sustantiva. Las consecuencias están a la vista.

Pablo VI, desde su primera Encíclica *Ecclesiam suam* viene reclamando mayor atención a los pastores de almas para el ministerio de la palabra: «Dejemos por esto el tema para limitarnos a recordar, una vez más, la gran importancia que la predicación cristiana conserva y adquiere, sobre todo hoy, en el cuadro del apostolado católico, es decir, por lo que ahora tratamos, en el diálogo. Ninguna forma de difusión del pensamiento aún elevado técnicamente por medio de la Prensa y de los medios audiovisuales a una extraordinaria eficacia, puede sustituir la predicación. Apostolado y predicación en cierto sentido son equivalentes. El nuestro, Venerables Hermanos, es, antes que nada, ministerio de la Palabra. Nosotros sabemos muy bien estas cosas, pero Nos parece que conviene recordárnoslas ahora para dar a nuestra acción pastoral la dirección exacta. Debemos volver al estudio no ya de la elocuencia humana o de la retórica vana, sino al arte genuino de la palabra sagrada.

Debemos buscar las leyes de su simplicidad, de su limpidez, de su fuerza, y de su autoridad para vencer la natural ineptitud en el empleo de un instrumento espiritual tan alto y misterioso cual es la palabra, y para competir noblemente con cuantos hoy tienen influjo amplísimo con la palabra mediante el acceso a las tribunas de la opinión pública» [24].

En términos parecidos expresaba el Papa, al año siguiente, su preocupación en un discurso a los Párrocos y Cuaresmeros de Roma: «Quisiéramos recordaros cuántos Maestros y Santos han tratado acerca

---

[24] AAS 56 (1964), p. 648.

de este ministerio; hay toda una literatura digna de ser recogida y estudiada. Nos limitamos a expresar un deseo: que la predicación sagrada sea eficaz. El arte de hacerla hoy eficaz debería ser uno de los estudios prácticos más importantes de la preparación pastoral moderna... Pensad que la vida religiosa de nuestro tiempo puede en gran parte depender de esta humana y a la vez misteriosa eficación de la predicación sagrada. Esto es por lo que nuestra exhortación quiere rendir homenaje a vuestro ministerio, quiere alentaros a que le dediquéis no sólo la voz, sino también la mente, el estudio, la oración, el sufrimiento y el ardor del corazón, y quiere terminar con el augurio de que os esté reservado el gozo y el mérito de una predicación verdaderamente sagrada y verdaderamente eficaz»[25].

La doctrina de Villanueva sobre la importancia y necesidad de la predicación sigue teniendo candente actualidad en la pastoral de nuestros días.

CAPITULO III

LA PREDICACION, COMO PALABRA DE DIOS

¿Qué entiende Santo Tomás de Villanueva por predicación? Su pensamiento lo vamos a descubrir a través de algunas consideraciones sobre los diversos agentes que intervienen en ella, divinos unos y humanos otros.

Dios y el hombre intervienen en la predicación. Pero la predicación es más divina que humana: «Nada hay que humille tanto la soberbia humana como este oficio de la predicación. Poco es lo que puede en esto la habilidad humana; y qué fácil es conocer cuándo habla el predicador y cuándo habla Dios en el predicador» [26].

Ya está dicho: la predicación es un oficio que realizan Dios y el hombre conjuntamente. Veamos lo que Dios hace, por su parte, y luego lo que hace el predicador.

Digamos primero que Villanueva es en estas cuestiones fiel discípulo de San Agustín, de quien aprendió que Dios es la causa primera

---

[25] AAS 57 (1965), p. 329.
[26] *Opera...*, VI, p. 183.

y principal de la predicación[27]. En algunos puntos completa e ilustra esta teoría, valiéndose de las aportaciones de otros Santos Padres, enriquecida con el comentario de los teólogos y pastores de toda la Edad Media.

a) *La predicación, «vox Dei»*

Todo predicador evangélico tiene derecho a decir de sí mismo lo que Juan Bautista: «Ego *vox clamantis in deserto*» (Jo. 1, 23). De ninguna manera el predicador es «vox clamans», sino «vox clamantis», voz de Aquel que por él clama: «Oh pecadores, preparad los caminos del Señor» (Mat. 3, 3).

Ya San Pablo, predicador de los gentiles, advirtió a sus fieles de Corinto, que no era él el autor de sus palabras, sino un altavoz de Cristo: «An experimentum quaeritis eius qui in me loquitur Christus» (2 Cor. 13, 3).

El mismo origen divino del mensaje evangélico viene claramente expresado por Jesucristo a sus discípulos: «Cum autem tradent vos, nolite cogitare quomodo aut quid loquamini; dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini. Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri, qui loquitur in vobis» (Mt. 10, 19-20).

Mucho antes el Profeta se había indignado contra ciertos predicadores soberbios y arrogantes que, desconociendo la naturaleza de su oficio, se atribuían a sí mismos lo que hablaban. El Profeta clama diciendo: «Disperdat Dominus universa labia dolosa. et linguam magniloquiam. Quia dixerunt linguam nostram magnificabimus, labia nostra a nobis sunt, quis noster Dominus est?» (Ps. 11, 4).

Con estos argumentos trataba el predicador Fray Tomás de persuadir a sus oyentes sobre la naturaleza de la propia misión que él ejercía y la de todo predicador, para concluir exhortando a sus oyentes «a oír al predicador con el mismo silencio y reverencia como si estuvieran oyendo a Dios, porque verdaderamente es palabra de Dios: no os fijéis en el instrumento sino en la música que suena; no miréis la trompeta

---

[27] M. PONTET, *L'exégèse de S. Augustin prédicateur,* Aubier, París 1944; D. GRASSO, *L'annunzio della Salvezza,* Napoli 1965, pp. 67-74; R. PALMERO RAMOS, *"Ecclesia Mater" en San Agustín,* Madrid 1970, p. 144: "El Señor es... quien hace fecunda la voz de los predicadores... El nacimiento *per verbum* está envuelto en el misterio. Junto a la acción de Dios, maravillosa siempre, se busca la proclamación fiel y la libre aceptación por parte de los oyentes."

sino a Dios que es quien la toca»[28]. «Cuando oís a un predicador, es a Dios a quien oís dirigiéndose a vosotros»[29].

b) «*Vox clarior, perfectior*»

No es la predicación el único medio que Dios tiene de hablar a los hombres. Dios usa también de otros lenguajes: el de los beneficios, los castigos y las inspiraciones: «Clamat Deus in hoc deserto (cordis peccatoris) multimode: clamat per beneficia, per praedicationem, per flagella, per vocem inspirationis, qui est maximus clamor»[30].

Clasificadas en cuatro grupos las diversas formas de lenguaje con que Dios se comunica con los hombres, a saber «vox gratuitae donationis, vox exterioris praedicationis, vox acerrimae correptionis, vox interioris inspirationis»[31], de todas ellas, la voz de la inspiración interior es «vox multo validior, et apertior; est vox potentissima, qua Deus non per angelum, non per coelum, non per apostolum, non per praedicatorem, aut aliquam aliam creaturam; sed per seipsum alloquitur animan intus, in secreto cordis»[32]. Con esta voz Dios convirtió a María Magdalena y a Pablo[33]. Dios puede dialogar directamente por sí mismo con el alma, pero esta voz de Dios es excepcional y, para Villanueva, Dios habla de esta manera a los hombres en muy raras ocasiones.

La voz de los dones gratuitos hace inexcusables a los hombres: «Quia, etsi non audierint homines praedicantes hoc tempore, audiunt semper coelos clamantes; si non audiunt linguas, audiunt vociferantes stellas... Omnia, quae nobis dedisti in servitium, serviunt in magisterium; omnia voces sunt et linguae»[34]. Pero esta voz es oscura y no todos la entienden[35].

28 *Opera...*, VI. 183-4: "Vox clamantis in deserto ego sum. Et utinam dignetur Dominus per me clamare! Credite mihi, fratres, nihil est quod sic humiliet, et prosternat humanam superbiam, sicut hoc officium praedicationis. Parum est, quod potest humana industria; facile est cognoscere. quando loquitur praedicator, et quando loquitur Deus in praedicatore; vos, ergo fratres. sic audite praedicatorem cum illo silentio, et reverentia, ut Deum. et ut vere est verbum Dei: nolite attendere instrumentum, sed musicam personantem: nolite respicere tubam, sed Deum eam insufflantem."

29 *Opera...*, I, 108.

30 *Ibid.*, 110; *Opera...*, VI, 189.

31 *Opera...*, VI. 190.

32 *Ibid.*

33 *Ibid.*

34 *Ibid.*, VI, 189.

35 *Opera...*, I, 116.

Con la voz de los castigos, Dios quiere advertir al pecador la gravedad de sus maldades, pero también esta voz es de carácter extraordinario. Es un recurso accidental, esporádico, de la providencia divina, cuando los hombres no oyen ni la voz de los beneficios, ni la voz de la predicación [36].

La voz de la predicación, que «debe estimarse no como voz de predicadores, sino del mismo Dios» [37], es «vox clarior perfectior, apertior» [38] con relación a la voz de los beneficios divinos, y «frequentissima» con respecto a la voz de los castigos y de la inspiración interior [39].

De aquí la preeminencia que ocupa la predicación sobre cualquier otra forma de magisterio divino. Es la voz más clara, más perfecta y más frecuente en el diálogo de Dios con los hombres.

Por otra parte, si bien es verdad que «las criaturas y los cielos pueden expresar la magnificencia, bondad, inmutabilidad, unidad de Dios, etcétera, no pueden manifestar de Dios su forma de siervo, ni que el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, ni la humildad de Dios, su pasión, ni su muerte: Los filósofos conocieron los atributos naturales de Dios, pero no otras particulares condiciones de Dios» [40]. Estas cosas son las que «los nuevos cielos» deben anunciar a los pueblos, a las tribus, a las naciones [41]. Estos cielos nuevos que proclaman la nueva gloria de Dios son los apóstoles y los predicadores, «non ab Athenis sapientes, sed piscatores; isti sunt magistri orbis futuri, isti debellatores populorum» [42].

Por eso la predicación es la voz de Dios, o palabra de Dios, por antonomasia, de manera que estos tres términos resultan sinónimos en la economía actual de la historia de la salvación.

De la predicación propiamente dicha se distinguen también otros modos de los que Dios se sirve para enseñarnos, dentro incluso de la casa de nuestra madre la Iglesia: el canto de los Sagrados Oficios y la devoción de la comunidad cristiana [43]. La predicación es un lenguaje más abierto, más explícito y más claro.

---

36 *Ibid.*, 116-7.
37 *Ibid.*, I, 116.
38 *Opera...*, VI, 189-90.
39 *Opera...*, I, 116.
40 *Opera...*, II, 415.
41 *Ibid.*
42 *Ibid.*, 416.
43 *Opera...*, VI, 99: "Sic utique in domo matris nostrae, id est, in Ecclesia, multis nos docet Deus: docet in cantu sacrorum officiorum... Docet devotione concursus populi christiani, docet praedicatione verbi Dei."

Los que oyen la predicación pueden considerarse con toda propiedad discípulos de Dios [44]: Porque Dios y no el predicador es el verdadero maestro en la escuela de la predicación [45]. «Por eso el oyente ha de pensar con cuánta devoción y atención debe oír los sermones» [46].

Cristo respondió a los judíos: *mi doctrina no es mía* (Jo. 7, 16), queriendo dar a entender o bien que no la había aprendido de ningún hombre, o que no era suya exclusivamente, porque era la misma doctrina del Padre y del Espíritu Santo. Del mismo modo los oyentes pueden decir del predicador que la doctrina que enseña no es suya, sino de Dios que le envió» [47].

El predicador, por consiguiente, no tiene ningún derecho a atribuirse a sí mismo los frutos de la predicación. Si, por su palabra, los pecadores vuelven a la gracia, a Dios deben atribuirlo. Es Dios el que con la predicación convierte al mundo, no los predicadores [48].

c) «*Vox vitam habens*»

Al tener la predicación a Dios por autor principal, la palabra del predicador queda penetrada de una nueva energía y de un nuevo poder sobrehumano. «La palabra que emite el predicador, tiene vida; es como un órgano o trompeta a los que Dios confiere espíritu, para que su sonido penetre hasta el corazón y conturbe los pensamientos más secretos» [49].

La predicación es como un organismo viviente en el que lo humano

[44] *Opera...*, VI, 99.
[45] *Opera...*, II, 415-6.
[46] *Opera...*, VI, 99.
[47] *Ibid.*: "Idem et audientes possunt de praedicatore cogitare, quod, scilicet, doctrina quam praedicat, non sit eius sed Dei, qui illum mittit; et praedicatores, si scire volunt cuius sit doctrina quam praedicant, discernant a quo mittantur nam qualis hic fuerit, talis doctrina erit. Si a praesumptione mittuntur, si a superbia, et ideo praedicant, ut docti reputentur, noverint quod doctrina eorum superbiae est. Apostolus dicebat (I Cor. 1, 23): *Praedicamus Christum crucifixum*. Jam vides quod Christus in cruce pauper est, et humilis: quomodo ergo tu doctrinam praedicas in avaritia fundatam, et in superbia? veritatem non praedicas, bene potes dicere: Doctrina mea non est mea, sed eius qui misit me. Certe si te mitteret Deus, praedicares doctrinam Dei, et si propter solum honorem Dei praedicares, posses dicere, quod ipse miserit te."
[48] *Opera...*, I, 116.
[49] *Ibid.*, I, 253: "Verbum quod praedicator profert, vitam habet; est enim quasi organum aut tuba, quibus Deus spiritum tribuit, ut cor penetret, et absconditas etiam cogitationes conturbet."

es el cuerpo y lo divino es el alma. Aplicando la terminología escolástica a la predicación, a lo primero lo llamaríamos materia y a lo segundo forma.

Esa vida que aletea en el esqueleto humano de la palabra predicada es Cristo. Cristo es el principio vital de esta semilla que es la palabra; El es como la fuerza interna por la que vive una planta o por la que una semilla es vivificada; como la savia de un tronco, que ocultamente lo mantiene fresco; como el calor que hace revivir un cuerpo frígido y hace hervir al alma: «Vivum est... semen istud verbi, *sed vita ejus Christus inclusus*. Ille est humor, quo vivit planta, quo semen vivificatur. Quid enim prodest cortex verbi, nisi illud vivificet Christus inclusus verbo? Sicuti calor in corpore cum venerit ad animan, fervet intus [50]

El espíritu que alienta en la palabra del predicador es lo que la hace sustancialmente distinta, transformándola en predicación evangélica. Es su principio distintivo o diferencial. Sin ese espíritu habría únicamente palabra humana, no lo que llamamos en la Iglesia «predicación». La predicación, por la influencia de Cristo en ella, aparece como una actividad distinta. Su novedad consiste en ser Cristo su principio óntico, el realizador de la vida divina que la predicación conteniéndola, la confiere a las almas.

La predicación es como una forma nueva de humanidad en la que se ha encarnado el Verbo de Dios. El sigue hablando por ella. San Pablo así lo creía (2 Cor. 13, 3): «*Non enim Dominus per se ipsum* gentilitati, quam electurus erat, loquutus est; neque semel praedicavit; *sed per apostolos*» [51].

En la Iglesia, concebida como Cuerpo Místico, Cristo es la cabeza y los predicadores ocupan el lugar de la función que corresponde al «cuello» en el organismo humano: «sicut caput per collum influit et vitam et bonam dispositionem in reliqua membra, ita per praedicatores *Christus* in membra Ecclesiae suae influit virtutes et dona: Illis dixit Christus: *Ite in universum mundum, praedicate, docete omnes gentes, baptizantes* (Mc. 16, 15): quasi illos solos constituerit veluti canales, per quos vita et virtus ad reliquos descendat» [52].

A través de la predicación, Cristo se introduce en el corazón de los

---

50 *Opera*..., I, 249.
51 *Opera*..., VI, 247-8.
52 *Opera*..., I, 478-9.

hombres, como un día lo hiciera a través de su misma palabra en el corazón de la samaritana[53].

d) *La predicación, actividad del Espíritu Santo*

Para expresar la estructura sobrenatural y el dinamismo salvífico de la predicación, Villanueva la refiere no sólo a Dios y a Jesucristo, como a sus causas eficientes, sino también al Espíritu Santo, que acompaña a la palabra en su nacimiento, durante su desarrollo, y hasta la culminación de su efecto. La predicación es obra de Dios uno y trino.

La función del Espíritu Santo en la predicación podríamos captarla en cuatro momentos sucesivos en los que la predicación se desarrolla como ente vivo: al ser concebida la palabra en la mente del predicador: al ser pronunciada por él, al ser oída por sus destinatarios y al fecundar sus almas con su poder vivificante para que fructifique en obras de santificación. Primeramente el Espíritu Santo es el que susurra al oído del predicador lo que debe decir a sus oyentes. El predicador debe escucharle en la oración antes de subir al púlpito. Luego el Espíritu «afila la lengua del predicador»[54] y le confiere la virtud de poder herir a los corazones a los que va dirigida: «El es quien da a su voz (la del predicador) sonido de virtud y hiere los corazones de los oyentes por medio de las palabras de los predicadores, como si fueran dardos. En vano resuena externamente el florido lenguaje del predicador, si no va acompañado interiormente de la virtud del Espíritu Santo». Toda la elocuencia de Cicerón y de Demóstenes pueden menos que un simple y rústico sermón, al que el Espíritu Santo se digna virtualizar interiormente. «A diario vemos cómo, por la asistencia del Espíritu Santo, varones espirituales hieren eficazmente los corazones de los fieles con

---

53 *Opera...*, II, 55: Jesucristo dijo claramente a la samaritana (Jn. 4, 26): "*Ego sum qui loquor tecum*. Quod verbum fuit tantae efficaciae, ut statim cum dictum est, *Ego sum*, ipse fuerit in corde et in visceribus ejus, et illico illuminata est. Sicut etiam illud verbum, *Ego sum*, contremiscere fecit Jodaeos, et eos compulit ut abirent et ceciderent retrorsum. Sicut quaedam sagitta lucis ita vulneravit cor mulieris verbum istud, et illico in corde ejus impressus est ipsemet Christus. Propterea amore fervens, et gaudio repleta, non quaerit testimonium, non petit signum de caelo, non spectat ut faciat aliquod miraculum; habebat enim intus fortius testimonium a Deo. Quare, relicto eo... cucurrit ad civitatem."

54 *Opera...*, VI, 438.

un simple sermón; y otros, en cambio, desparraman en un florido lenguaje palabras que se las lleva el viento [55].

Al mismo tiempo, el Espíritu Santo se ocupa de disponer los corazones de los fieles, que han de recibir la palabra, para que sea debidamente acogida, pues si bien «un ingenio vivísimo es capaz de aducir razones poderosas y persuasivas, y traer argumentos sutiles sobre las cosas pertinentes a la salvación de las almas, utilizando el arte de la retórica y de la dialéctica y valiéndose de otras ciencias para hablar profunda, bella y sabiamente, sin embargo, mover los corazones, incitarlos, levantarlos, es don de la gracia y no oficio de la naturaleza: esto hay que esperarlo no del arte, ni de la naturaleza, sino de la gracia, del Espíritu Santo» [56].

En Tomás de villanueva, predicador, resulta familiar esta compañía del Espíritu Santo, mientras practica su oficio, la invoca con frecuencia, la reclama insistentemente. Siente escalofrío ante sus propias palabras, cuando teme que le puede faltar la asistencia del Espíritu. Se las imagina frías e inertes como un cadáver. Quien así piensa y siente, no puede menos de comenzar sus sermones en actitud humilde y suplicante al Espíritu: «Alme Spiritus», da sermonem rectum et bene sonantem in os meum, personetque ab ore meo velut a tuba populo Dei eloquium tuum, ita ut... convertantur ad te, Domine» [57].

e) *Pentecostés*, o *el Espíritu en forma de lengua*

El Espíritu Santo, presente y operante en la predicación, quiso ex-

[55] *Opera*..., I, 401: "O quam verum est illud Apostoli: *Regnum Dei non est in sermone, sed in virtute!* (I Cor. 4, 20). Discant praedicatores populorum non eloquentiae ornatum, sed Spiritus Sancti virtutem magis inquirere; ipse enim est, qui voci suae dat vocem virtutis, et audientium corda verbis praedicantium, quasi jaculis ferit. In vanum namque foris perstrepit praedicantis ornata locutio, si non intus Spiritus Sancti virtute juvatur. Quis, obsecro, Cicero, quis Demosthenes sermone composito truces barbarorum animos ita domaret, ut simplex hic et rustici sermonis auditus? Quotidie cernimus simplici sermone propter Spiritus assistentiam spirituales viros utiliter hominum corda ferire; alios vero ornato eloquio in ventum verba perflare..."

[56] *Opera*..., III, 12: "Potest ingenium vivacissimum reperire rationes fortes, et persuasiones, et argumenta subtilia de his quae pertinent ad salutem animarum: et ars ipsa rhetoricae, vel dialecticae, vel alia scientia easdem rationes componere et ornare, ut loquatur quis diserte ornate, sapienter; sed movere corda, incitare corda, levare corda, hoc gratiae est donum, non naturae officium: hoc non ab arte, non a natura, sed a gratia petendum est, sed ab Spiritu Sancto."

[57] *Opera*..., I, 1.

presar su peculiar asistencia en este ministerio con un signo sensible proporcionado y adecuado: posándose en forma de *lengua* de fuego sobre los primeros predicadores de la fe. Esta imagen del Espíritu Santo y su realidad lo conmemora la Iglesia en Pentecostés, que por su motivación podría denominarse la festividad de la predicación cristiana, como la Vigilia Pascual lo es del Bautismo.

Se ha hablado mucho del agua y de la paloma como símbolos del Espíritu por su fecundidad espiritual en el Bautismo. El agua o la paloma son la imagen, el Espíritu es la realidad. También se ha insistido bastante, dentro de la teología del sacramento de la penitencia, en el simbolismo del «soplo» con que Jesucristo quiso significar la comunicación del Espíritu para la remisión de los pecados... Pero apenas se ha desarrollado la imagen del Espíritu Santo en forma de «lengua de fuego», referida al ministerio de la predicación, a pesar de ser la que la Iglesia conmemora más explícitamente en su liturgia.

A Villanueva, apóstol de la predicación, le vino de perlas recordar esta cuarta misión del Espíritu Santo para probar la presencia del Espíritu Santo en el ministerio de la palabra, y que a esta divina persona debe atribuirse su fecundidad. La palabra salida de la lengua del predicador es la señal y el instrumento; el Espíritu Santo es la realidad y el autor. Después de hablar de las otras misiones exteriores del Espíritu en forma de paloma en el bautismo, en forma de nube en la Transfiguración, en forma de soplo después de la resurrección, y en el mismo contexto del «signo exterior proporcionado al efecto invisible», concluye: «Por fin, teniendo en cuenta que los Apóstoles iban destinados a ser maestros y predicadores del mundo, para que fuera expresado en un signo exterior el don de la sabiduría y elocuencia de que eran portadores, se les apareció muy apropiadamente en forma de lengua»[58].

[58] *Opera...*, III, 1: "Sicut a theologis doctoribus traditur, duplex est Spiritus Sancti missio, visibilis et invisibilis; missio visibilis est quae sub aliquo signo sensibili fit; et sic Spiritus Sanctus sub quadruplici forma missus sive datus legitur: in specie columbae in baptismo (Jo. 1, 32-34); in specie nubis in transfiguratione (Lc. 9, 28-36; Mat. 17, 1-13; Mac. 9 2-13): in specie flatus post resurrectionem; in specie ignis in die Pentecostes (Act. 2, 3-4). Unde semper apparuit sub exteriori signo effectui invisibili proportionato; in baptismo namque, quia spiritualis regenerationis negotium agebatur in aquis, foecundae avis typum assumpsit; in transfiguratione autem, quia doctor et magister saeculi Christus pronuntiabatur a Padre cum ait, *ipsum audite*, nubis roscidae figuram habuit, ut evangelicae doctrinae pluviam Ecclesiae faciem foecundaturam designaret... Post resurrectionem vero, quia remittendi peccata discipulis facultas praebebatur, quod sine gratiae inspiratione non fit, in flatus specie inspirando Spiritus datus est. Nunc autem, quia magistri

«Entre todas estas misiones, la que hoy (la de Pentecostés) conmemoramos es la de más renombre, la más insigne y la más útil al mundo; por eso la santa madre Iglesia la dedica una fiesta solemne»[59].

El Espíritu Santo baja del cielo en forma de lengua para hacer de la lengua de los Apóstoles instrumentos de santificación. La teología de la imagen es aquí tan aplicable como en el bautismo y en la penitencia.

La virtualidad intrínseca de la predicación

Por ser Dios el sujeto principal de la predicación, ésta adquiere una virtualidad divina, propia de la palabra dicha por Dios. Diríamos que la predicación participa de la vida y del espíritu de Dios, por ser obra suya. Dios se da a sí mismo por la predicación. A través del hilo conductor de la palabra humana con que el predicador teje su sermón, pasa una energía sobrenatural que lo vivifica. Así lo dice Villanueva:

«Piensen los que desprecian oír los sermones, de cuántos bienes privan sus almas. No me digas: Yo soy inteligente y dado a la lectura, tengo en mi casa sermones de Agustín, Bernardo y Crisóstomo, y ya los leeré; porque la letra es algo muerto, la voz es viva; tiene no sé qué latente energía la voz viva que no tiene la letra: «Viva es la palabra de Dios, eficaz y más penetrante que una espada de dos filos, y profundiza hasta la división del alma y del espíritu, hasta las coyunturas de la médula» (Hebr. 4, 12). La letra es otra cosa. Mucho más mueve un sermón que una lectura, pues el predicador es voz de Dios que por él habla. No vienes a oír a un hombre sino a Dios en un hombre. Asimismo el Espíritu Santo coopera más ampliamente con la palabra, según está escrito: «Predicaron por todas partes, cooperando con ellos el Señor y confirmando su palabra con las señales consiguientes» (Mar. 16, 20). ¿No hemos oído y leído que muchos pecadores empedernidos se convirtieron, cambiaron de vida y enmendaron sus costumbres por haber oído la palabra de Dios»?[60].

et praedicatores orbis Apostoli destinantur, ut sapientiae et eloquentiae gratia eis collata exteriori signo panderetur, in forma linguae congruenter apparuit..."

[59] *Opera*..., III, 33-34.

[60] *Opera*..., 1, 243: "Videant, qui contemnunt audire sermones, quantis bonis privant et spoliant animas suas. Nec mihi dicas: sapiens sum, litteratus sum, habeo in domo mea sermones Augustini, Bernardi, Chrysostomi, quos legam; nam littera mortua est., vox viva; habet enim nescio quid latentis

Esta especial virtualidad no la posee la palabra humana por sí misma: «Verba sola cor non penetrant, nisi desuper data sit virtus»[61].

Pero preguntémonos más concretamente: ¿en qué consiste esta «virtualidad», que la predicación tiene, de santificar a los hombres? ¿Será la predicación una mera ocasión, escogida por Dios para santificar a los hombres, o un instrumento directo de santificación? La respuesta a estas preguntas centra el planteamiento teológico de la naturaleza de la predicación en sí misma considerada.

Villanueva no se formuló estos interrogantes, porque él nunca se propuso escribir un tratado sistemático sobre la teología de la predicación. Sus consideraciones al respecto tienen una finalidad puramente pastoral cual es mover a sus oyentes a escuchar los sermones. Y para ello le basta con decir y probar que la predicación cristiana es un medio eficaz e insustituíble del que Dios se sirve, a través de la Iglesia, para santificar a los hombres. No pretende otra cosa.

Pero repensando en su doctrina, no puede dudarse de que en el pensamiento de Villanueva la predicación es algo más que una mera ocasión temporal que Dios aprovecha para santificar a los hombres. Las imágenes bíblicas con que expresa lo que la predicación es y significa, el modo directo que emplea nuestro autor para hablar de la virtualidad intrínseca de la predicación, y, sobre todo, los términos que usa en la determinación de la causa eficiente, nos fuerza a concluir que la predicación para Villanueva influye directa y positivamente en la santificación de los hombres. Tiene una virtualidad santificadora inherente. Notemos, por ejemplo, su estilo directo en este párrafo en que habla de la eficacia de la predicación:

> "Innumeras enim utilitates facit verbum Dei in anima, ut ait Bernardus; nam fraenat eam a peccatis, vivificat, illuminat, inflammat, mundat, confirmat, sanat, foecundat, emollit, et totius boni capacem facit; etenim verbum Dei est fraenum, vita, lux, ignis, cibus, medicina, virtus, et purificatio cordium. Longum esset haec omnia discutere, et

---

energiae viva vox, quod non habet littera: *Vivus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti, et pertingens usque ad divisionem animae ac spiritus, compagum quoque ac medullarum:* non sic littera; plus enim movet sermo quam lectio, praedicator enim vox Dei est qui loquitur in illo. Non venis audire hominem, sed Deum in homine. Item Spiritus Sanctus cooperatur verbo amplius, sicut scriptum est. *Praedicaverunt ubique, Domino cooperante, et sermonem confirmante, sequentibus signis.* Quantos peccatores induratos et vidimus et legimus ex auditu verbi fuisse conversos, mutasse vitam, emendasse mores?"

[61] *Opera...*, V, 163.

ad hoc vix sufficeret totus sermo hodiernus; sed ex auctoritatibus Scripturae haec omnia breviter comprobabo..." [62].

Dos sentidos podía tener aquí la expresión «palabra de Dios». Podía significar simplemente el *contenido* de la Sagrada Escritura, y en este caso la eficacia de la predicación se justificaría en la medida en que la predicación transmitiese esa «palabra de Dios», dicha ya de una vez para siempre. La predicación sería eficaz porque expone la palabra de Dios, que por sí misma es eficaz. Otro modo de entender la relación entre «palabra de Dios» y predicación es identificando ambos conceptos, de manera que la predicación por sí misma sea palabra de Dios. En este supuesto, la eficacia de la predicación se explicaría por el hecho mismo de ser Dios su autor, por ser Dios el que habla a través del predicador, por ser Dios a quien el oyente escucha cuando oye un sermón.

La eficacia que Villanueva atribuye a la predicación cristiana hay que entenderla en este último sentido. La fuerza santificadora que la predicación posee, la tiene no porque contenga un mensaje que objetivamente sea un mensaje divino, sino porque es una acción que Dios realiza. La palabra del predicador es palabra de Dios, pues Dios habla por él. El oyente ha de saber que va a oír no a un hombre, sino a Dios a través del hombre.

Esto no quiere decir que Dios haga suyas todas las palabras que el predicador proclame. Hay un límite del que no puede salirse, fuera del cual, aunque el predicador hable no habla Dios por él. Entonces la predicación deja de ser instrumento de salvación por ser puramente palabra humana.

No dice Villanueva que con motivo de la predicación Dios ilumina, Dios purifica, etc., sino que la predicación misma ilumina, inflama, purifica, lava, alimenta, conforta, etc. Y no dice que Dios convierte a los pecadores con ocasión de, sino *por medio* de la predicación, «*Ex auditu verbi Dei*» [63].

El tema nos plantea otra pregunta: ¿Esta «virtud» santificadora de que goza la predicación cristiana va siempre unida a ella de manera que toda predicación, siendo auténtica, goce de este poder de santificar, dado también que el oyente tenga las cualidades requeridas?

Tampoco hemos encontrado en nuestro autor una respuesta explícita a este problema. Sin embargo, va implícita también en su doctrina, pues cuando trata de explicar la ineficacia de la predicación en algún

[62] *Opera...*, I, 242.

[63] *Opera...*, I, 243: "Quantos peccatores induratos et vidimus et legimus

caso concreto, no lo culpa a la falta de virtualidad santificadora de la predicación en sí misma considerada, sino a los defectos del predicador o de los oyentes. Veamos un ejemplo:

> "Sed dices: non video hodie tantam utilitatem in auditorio cum tanta frequentatione sermonum. Verum est. Quid hoc facit? Indispositio terrae, in quam semen cadit, non defectus virtutis in semine. An non vides in Evangelio ex seminato semine vix quartam partem pervenisse ad fructum propter male dispositam terram?" [64].

La palabra de Dios se diferencia de otras clases de palabras: «Verbum est non sonans, sed penetrans: non loquax, sed efficax; non auribus obstrepens, sed effectibus blandiens». Se puede aplicar el texto de Job 4, 12: «Llegóme calladamente un hablar; mis orejas percibieron sólo un murmullo», y las del Profeta: «Las palabras del Señor son como el fuego y cual martillo que tritura la roca (Jer. 23, 29)... «como el granizo y carbones encendidos» (Ps. 17, 9): granizo cuando reprende; carbones, cuando enciende e inflama el corazón [65].

La predicación, pues, a juicio de nuestro autor, es un medio directo por el cual Dios santifica a los hombres, que escuchan dignamente la ciencia de la salvación proclamada en la forma debida por ministros competentes.

Esta proclamación de la ciencia de la salvación al mismo tiempo que notifica la salud, la confiere. Anunciando la redención, la comunica. Lo que se requiere es que el enchufe, el cable y la bombilla no sean defectuosos, para que pase la energía.

Palabra eficaz

Nuestro autor advierte en la predicación una fuerza o poder de santificar a los hombres, apoyándose en que la Sagrada Escritura atribuye claramente un poder eficaz a la palabra divina. Eficiencia que Villanueva extiende a la predicación, porque la predicación es también palabra de Dios.

La predicación, como tal, produce múltiples efectos saludables en los oyentes. Veamos algunos, fundamentando la argumentación en la Sagrada Escritura:

Ps. 118, 11: «*In corde meo abscondi eloquia tua ut non peccem tibi*».

---

ex auditu verbi Dei fuisse conversos, mutasse vitam, emmendasse mores?"

[64] *Opera...*, I, 243.

[65] *Ibid.*, 261-2.

La predicación tiene el poder de *frenar y cohibir al pecador*[66].

v. 130: «*Declaratio sermonum tuorum illuminat, et intellectum dat parvulis*»...

v. 105: «*Lucerna pedibus meis verbum tuum, et lumen semitis meis*». La predicación es capaz de *iluminar* las mentes de los hombres[67].

v. 80: «*Ignitum eloquium tuum vehementer*». La predicación sirve para *inflamar los corazones*[68].

Ps. 106, 20 ss. «*Misit verbum suum, et sanavit eos*». La predicación tiene *virtud medicinal para sanar los pecados*[69].

«*Dormitavit anima mea prae tedio: confirma me in verbis tuis*». La predicación es útil para *confirmar o fortalecer el alma*[70].

Ps. 147, 18: «*Emittet verbum suum, et liquefacit ea*». La predicación sirve para *destruir los vicios*[71].

Is. 55, 10-11: «*Quomodo descendit imber et nix de coelo, et illuc ultra non revertitur, sed inebriat terram, et infundit eam, et germinare eam facit, et dat semen serenti, et panem comedenti; sic erit verbum meum, quod egredietur de ore meo: non revertetur ad me vacuum sed faciet quaecumque volui, et prosperabitur in iis ad quae misi illud*». La predicación tiene *poder para fecundar el alma*, lo mismo que la lluvia y la nieve fecundan la tierra y la hacen germinar.

Mat. 4, 4: «*Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei*». La predicación es *alimento* espiritual para las almas[72], etc.

La predicación tiene poder para excitar los efectos religiosos, la devoción, el horror al pecado, el temor del infierno, el deseo de la salvación, la contrición, el dolor, el temor, la compunción, es capaz de despertar a los somnolientos, de hacer revivir a los moribundos (imagen del alma en pecado), da fuerzas para caminar por senderos duros y difíciles, da luz al entendimientos para que no yerre en el camino. La palabra de Dios es freno que retrae al hombre, para que no caiga en pecado y le preserva de todo mal. Purifica el alma y la habilita para obrar el bien. La predicación es fuego abrasador que derrite la dureza de las almas;

---

66 *Opera*..., I, 242, 252.
67 *Ibid.*, 242-3, 253.
68 *Ibid.*, 243.
69 *Opera*..., I, 243.
70 *Ibid.*
71 *Ibid.*
72 *Opera*..., I, 243, 252.

es agua purísima que lava sus inmundicias; es medicina para sanar las heridas interiores; es fortaleza de nuestra alma; es alimento que nos sustenta [73].

La eficacia espiritual de la predicación no es comparable a la eficacia de la lectura privada de uno libro, por piadoso que sea, como ya dijimos. «Más mueve el sermón que la lectura» [74].

Se trata deu na eficacia que invita a reflexionar seriamente sobre «los bienes de que privan o desponjan a sus almas los que desprecian oír sermones» [75].

Este poder santificador lo tiene la predicación por sí misma, como tiene poder germinativo el grano antes de caer en la tierra [76]. Pero del mismo modo que el grano no fructifica si cae en mala tierra, del mismo modo la predicación, aun teniendo capacidad de producir efectos espirituales en las almas, está condicionada en sus efectos a la buena disposición de sus oyentes. Esto explica que unas mismas palabras a unos les den olor a vida y a cielo y a otros no les digan nada [77].

El predicador hará sonar en vano sus palabras, si el Espíritu Santo no quiere hablar al corazón de sus oyentes [78], pues las palabras solas no penetran saludablemente en el interior de las conciencias hasta que no les viene desde arriba la virtud [79]. Y, para que el alma acierte a ver

[73] *Opera...*, I, 252: "Hoc verbum est quod somnolentos excitat, quod morientes vivificat: hoc verbum est, quod vires tribuit ad ambulandas vias duras et difficiles; quod lucem praebet intellectui, ne erret in itinere. Verbum Dei fraenum est, quod homines retrahit, ne in peccata corruant, et ab omni malo cohibet: verbum Dei ignis est comburens, et liquefaciens duritiam animarum; mundissima aqua sordes animae lavans; medicina ad sananda interiora vulnera; fortitudo est animae nostrae; cibus nos sustentans. Bernardus de multiplicitate verbi Dei: Primum quidem sonat in auribus animae vox divina, conturbat, terret, dijudicat... vivificat, liquescit, illuminat, mundat."

[74] *Opera...*, I, 243, 253.

[75] *Opera...*, I, 253.

[76] *Opera...*, I, 243.

[77] *Opera...*, II, 101: "... idem verbum Christi non in omnibus eumdem fructum facit, sed aliis vertitur in bonum, aliis in malum, quippe alii audiunt ut proficiant, alii in vanitatem aut curiositatem: unde et Paulus: *Odor Christi sumus: aliis quidem odor vitae in vitam; aliis mortis in mortem* (2 Cor. 2, 15-16). Verbum quod praedico, aliis bene olet, vitam olet, coelum olet; ideo illos in coelum portabit; aliis graviter olet; nares obturant et aures; ideo in malum illis erit."

[78] *Opera...*, V, 163-8: "Praedicator est tanquam cymbalum tinniens, usque dum dilectus loquitur ad cor..."

[79] *Ibid.*: "Verba sola cor non penetrant, nisi desuper data sit virtus."

la luz que el predicador proyecta con su doctrina, primero tiene Dios que limpiarle los ojos de la inteligencia [80].

La virtud santificadora que la predicación posee, es debida a que el predicador es un mero instrumento en las manos de Dios, siendo Dios el autor principal, y a que el Espíritu Santo coopera en ella de un modo especial.

Por eso ni siquiera puede decirse tampoco que la eficacia de la predicación sea proporcionada a la perfección del elemento humano activo que interviene en ella. Porque este elemento humano no pasa de ser un mero instrumento de santificación, que Dios utiliza libremente. «El trabajo y la habilidad están en nuestras manos, pero el fruto, en la potestad de Dios. Y así un predicador trabaja menos y consigue más *propter ingentem gratiam;* y otro trabaja más y consigue menos» [81]. Y cuántas veces un sencillo sermón ha penetrado benéficamente en los corazones de los hombres y otros de adornado lenguaje han quedado vagando por el aire» [82]. En último término, la eficacia de la predicación depende de Dios, autor de todas las gracias de santificación. Esto no nos permite despreciar el instrumento; pero sí valorarlo en su justo precio.

CAPITULO IV

EL PREDICADOR DE LA PALABRA DE DIOS

La predicación es palabra de Dios, pero es a la vez palabra humana. Palabra que viene de Dios y pasa por el hombre, su instrumento, antes de llegar a su destinatario. Si la intervención de Dios da a la palabra un carácter divino, la influencia del predicador hace que sea también obra humana. El predicador pone el elemento sensible de la palabra, al que Dios aplica una virtualidad santificadora. A ese elemento sensible, dotado de una virtud sobrenatural, es a lo que llamamos predicación.

---

[80] *Opera*..., IV, 498.

[81] *Opera*..., III, 131: "... labor et industria in nostra potestate sunt, sed fructus in Dei voluntate consistit. Unus predicator minus laborat et amplius fructificat propter ingentem gratiam; alius plus laborat, et minus fructificat: in praemiandis istis voluntas et labor magis quam fructus attenditur."

[82] *Opera*..., I, 401: "Quotidie cernimus simplici sermone propter Spiritus assistentiam spirituales viros utiliter hominum corda ferire; alios vere ornato eloquio in ventum verba perflare, ut non coram Deo glorietur omnis orator, et dicat: Linguam nostram magnificabimus, labia nostra a nobis sunt, quis noster dominus est?"

Por esto mismo, la predicación no es pura y limpia palabra de Dios, como ocurre cuando Dios habla directa e inmediatamente; es palabra que «tiene mezcla del fulgor del estilo humano y de la humana inteligencia»[1]. Es palabra de Dios que pasa por el hombre. Y este hombre del que Dios se sirve para hablar a otros hombres, le llamamos predicador.

¿Cuál es la función que el predicador desempeña en la predicación? ¿Dónde acaba la intervención de Dios y comienza el quehacer del hombre? ¿En qué medida el predicador puede condicionar la eficacia de la palabra de Dios? ¿En qué sentido la predicación es palabra humana? En el contexto de la Iglesia como depositaria de la palabra de Dios ¿qué oficio desempeña el predicador? ¿Qué cualidades debe reunir?

La reflexión teológica sobre la naturaleza y misión del predicador arranca de la naturaleza y misión de la Iglesia. Es un mérito de Villanueva el haber sabido encuadrar al predicador en un contexto netamente eclesiológico. El predicador es un ministro de la Iglesia, porque la predicación es una acción eclesial. Acción de Cristo en la Iglesia y por la Iglesia.

Por eso las imágenes que Villanueva emplea para describir la naturaleza y el oficio del predicador son las clásicas imágenes aplicadas a Cristo y a la Iglesia. A Cristo se le llama profeta del Altísimo, luz del mundo, puerta, Verbo, Esposo. La Iglesia es presentada como agricultura de Dios, pueblo de Dios, casa de Dios, templo santo, Cuerpo Místico de Cristo, madre de los creyentes, esposa inmaculada del Cordero inmaculado. Imágenes que sirven para definir la naturaleza y misión del predicador: el predicador es ministro de Dios, profeta, luz que Dios acerca a los ojos de los pecadores; como puertas del santuario por las que sale el pecado y entra la gracia; sembrador de la divina semilla y nubes que riegan la agricultura de Dios. Bajo la imagen de la Iglesia como Cuerpo Místico de Cristo, el predicador es el cuello, los ojos, los labios; la voz del Verbo. Madre, en fin, de los creyentes, que por la palabra del predicador nacen a la vida sobrenatural y crecen hasta hacerse varones perfectos en Cristo Jesús.

En este sentido es como adquieren valor y fuerza las diversas figuras

[1] THOMAE A VILLANOVA, *Opera Omnia*, I, Manilae 1881, p. 349: "Panis animae verbum quod procedit de ore Dei... Verba Dei aliquando procedunt ab ore humano, ut in praedicatione, et tunc non habent plenum saporem; habent mixturam furfuris humani styli, humanae intelligentiae; aliquando vero ab ore Dei, sicut in contemplatione..."

que nuestro autor emplea al hablar del predicador de la palabra de Dios. No son metáforas. Son puras realidades.

Y por eso mismo, porque el predicador representa la persona de Cristo en la Iglesia, la predicación como actividad eclesial ha de inspirarse netamente en la predicación del Verbo Divino. El es el modelo, con el que el predicador ha de identificarse por completo.

¿Cuándo habla Cristo por el Predicador y cuándo la predicación es sólo palabra humana? ¿Hasta qué punto la eficacia de la predicación depende de la unión del ministro con Cristo, o de su santidad personal?

En las obras de Villanueva hay una extensa doctrina para responder a estos interrogantes. Su respuesta, sin embargo, no es la de un profesor que explica una teoría con términos académicos. Villanueva es un catequista que expone el contenido de los misterios y los ilustra con imágenes y comparaciones para hacerse entender. Es a través del contenido que las imágenes encierran, como podremos captar su pensamiento sobre la figura del predicador en la Iglesia del Verbo Encarnado.

Villanueva hablando del oficio del predicador se autodefine a sí mismo como predicador. Su ciencia es aquí también una experiencia personal.

Si a un sacerdote, mientras predica, alguien le interrumpiese de repente y le preguntase: ¿tú quién eres?, posiblemente no sabría definirse a sí mismo como predicador. Veamos cómo respondería Fray Tomás de Villanueva.

El predicador, profeta de Dios

El predicador es una persona al servicio de Dios para la salvación del mundo. Es «*propheta Dei*»[2]. Su misión, como la de un profeta, es comunicar, por encargo de Dios, a los hombres el mensaje de la salvación. Por consiguiente, es a Dios y no a los hombres a quien tiene que complacer.

Lo mismo que Jesucristo —*Propheta Altissimi*— pudo decir a los judíos un día que su doctrina no era suya, sino de Aquel que le había

---

[2] *Opera...*, II, 179: "Non considerabat Achab, quod Michaeas verus erat propheta Domini, nec aliud poterat prophetare, nisi quod Deus juberet: ita nec mundani considerant praedicatores ministros esse Dei, et quod id reprehendere tenentur quod Deo displicet."

enviado, lo puede también decir el predicador en cualquier momento y con toda propiedad [3].

Con otra imagen puede ilustrarse la naturaleza ministerial y sagrada del predicador. El santo Arzobispo trae un ejemplo tomado de una antigua costumbre entre nobles: cuando uno tenía que declarar la guerra a otro, le enviaba un nuncio para que le expusiese la voluntad de su señor de declararle la guerra y las causas que habían motivado su decisión. Algo parecido es lo que ocurre en el ministerio de la predicación:

> "Deus praedicatorem mittit, qui in nomine suo te ad infernum provocet, quasi ad duellum, nisi haec et illa facias quae animae tuae utilia et necessaria sunt: debebas certe urbane nuncium recipere, illum bene tractare, atque ultra donare aliquid pretiosum. Satis tibi esse debebat quod nomine Dei loquitur, non suo, minister Dei est, propheta Dei" [4].

Esta dependencia ministerial del predicador como mensajero de Dios lleva consigo la obligación de predicar aquello que Dios quiera. Y los destinatarios deben saberlo, para respetar a los predicadores cuando reprenden los vicios de los hombres, pues «los predicadores somos pregoneros designados por Dios y es El mismo el que nos manda que no callemos, sino que denunciemos al pueblo sus crímenes... Lo mismo que el rey Achab no tenía en cuenta que Micheas era profeta del Señor y que no podía menos de profetar lo que Dios mandaba, así hay también mundanos que desconocen que los predicadores son ministros de Dios y que no pueden menos de reprender lo que desagrada a Dios» [5].

Su condición de enviado le impone el compromiso de transmitir íntegro el mensaje recibido de Dios, sin disminuirlo ni aumentarlo. Y por la misma razón, sería infiel a su misión si buscara otra cosa distinta de la gloria de Dios mientras predica. Si lo que le moviese a predicar fuera su presunción, o su soberbia, o el simple deseo de ser tenido por persona docta, está claudicando de su oficio [6]. «Legant etiam in hoc exemplari (J. Baptista) praedicatores formam sui officii, discant non se ingerere;

---

[3] *Opera...*, VI, 99: "Christus judaeis respondit: *Mea doctrina non est mea*, id est, nullus hominum me docuit; vel non est mea tantum, quia est eadem cum doctrina Patris et Spiritus Sancti. Idem et audientes possunt de praedicatore cogitare, quod, scilicet, doctrina quam praedicat, non sit ejus, sed Dei, qui illum mittit; et praedicatores, si scire volunt cujus sit doctrina quam praedicant, discernant a quo mittantur, nam qualis hic fuerit, talis doctrina erit."

[4] *Opera...*, II, 179.

[5] *Opera*, II, 179.

[6] *Opera...*, VI, 99.

Joannes non praedicat nisi missus»; «non se ingerat praedicationi, nisi qui est ab Ipso, missus ab ipso Pastore ovium»[7].

Esta delegación divina que el predicador ostenta en el ejercicio de su ministerio va más allá de ser una simple metáfora. Realmente el predicador goza de una potestad sagrada, que le sitúa entre los instrumentos santificadores de la Iglesia.

La misericordia de Dios es tan grande que ha dispuesto salvar a los hombres por caminos diferentes y valiéndose de muchos instrumentos de salvación. El predicador es uno de esos instrumentos y de los más eficaces[8].

El predicador, candela en las manos de Dios

Otra imagen, tomada de la vida casera, ilustra también la naturaleza ministerial y santificadora del predicador.

«Llamas a uno que duerme, y no despierta; le tiras de la ropa como queriéndole sacar de la cama y ni siquiera así logras que se levante; y por fin recurres a la luz: le arrimas una candela a los ojos, y no pudiendo soportar la luz, se levanta indignado contra la candela y furioso la apaga. Sabes ¿por qué?, porque le privas del placer de dormir, al cual no quiere renunciar. Pues así acontece a los predicadores: tienen que ser luz, que Dios arrima a los ojos de los pecadores para despertarles del sueño de sus vicios: proyectan el esplendor de Su luz y hacen despertar. Por eso les odian los pecadores, porque se esfuerzan en arrebatarles el placer de dormir y, si pudieran, los quitarían del mundo. Así le pasó a Jesucristo»[9].

---

[7] *Opera...*, V, 208; II, 334.

[8] *Opera...*, I, 253: "Habet, inquit Hieronimus, nescio quid latentis energiae viva vox. Et in praedicatore hoc maxime apparet, cujus eloquio multoties tribuit Deus efficatiam propter bonum audientium; quia vere multum amat filios suos, et sponsam suam Ecclesiam, et pro libito suo utitur praedicatore velut instrumento."

[9] *Opera...*, II, 179-80: "Vide figuram in luce. Vocas dormientem. et non surgit; apprehendis vestimenta, et extra lectum trahere conaris, et nec sic expergiscere facis; recurris ad lucem, et candelam prope oculos apponis, et ejus splendorem sustinere non valens, surgit irritatus contra candelam, et eam furiosus extinguit. Quare hoc? quia illum a delectatione somni nolentem abstulit. Sic praedicatoribus contingit: lux esse debent, quam Deus ante oculos peccatorum proponit, ut eos a somno vitiorum excitent: splendorem lucis suae emittunt, et expergiscere faciunt: propterea illos oderunt, quia somni delectationem conantur auferre; et si possent, de mundo eos auferrent. Multo magis Christum..."

El simbolismo religioso de la luz, del que está llena la revelación, es aplicada a los predicadores. Cristo es la luz del mundo que debe iluminar a los que están en las tinieblas: luz de vida, luz de verdad. El predicador es el encargado de acercar esta luz a los hombres. En cierto modo, prolonga la misión de Cristo, y como El ha de participar en el drama del enfrentamiento entre la luz y las tinieblas. La diferencia está en que Cristo es la Luz, y el predicador ha de limitarse a dar testimonio de la Luz, como Juan el Bautista (Jn. 1, 8).

Del predicador puede decirse lo mismo que de Juan el Bautista: «Vino para dar testimonio de la luz, a fin de que todos creyesen por él» (Jn. 1, 7 ss.). En cinco preciosos sermones Villanueva comenta la figura de Juan el Bautista, con referencias directas a los predicadores, que deben encontrar en el Precursor del Mesías el modelo en la práctica de su oficio [10]. Más adelante volveremos a referirnos a esta semejanza.

El predicador, centinela del pueblo de Dios

En la época de nuestro Santo era corriente ver al centinela situado en lo más alto de los castillos o de las murallas de las ciudades, velando incesantemente, y dispuesto a dar la voz de alarma a los ciudadanos tan pronto como advirtiese que algún peligro se avecinaba. Su oficio era muy importante y comprometido, pues de él dependía, en muchos casos, la vida de todos los demás vecinos.

La imagen es muy acertada para explicar lo que significa el predicador en el mundo. No hay que hacer muchos esfuerzos para establecer la comparación. Villanueva la fundamenta en un texto bíblico. Es el vaticinio del profeta Ezequiel (33, 2-7): «Si hiciera yo venir la espada sobre una tierra, y la gente de la tierra toma un hombre de su territorio y lo pone de atalaya, y éste, viendo venir la espada sobre la tierra, toca la bocina para dar al pueblo la alarma, si el que oye el sonido de la bocina no se apercibe y, llegando la espada, le hiere, su sangre será sobre su cabeza. Oyó el sonido de la trompeta y no se apercibió; su sangre será sobre él; si se hubiese apercibido, habría salvado su vida. Mas, si el

---

[10] *Opera*..., V, pp. 168-210; p. 171: "Ecce qualis et quantus sit hic Baptista, qui, velut altera lux, in mundum a Deo missus est, ut omnes saeculi hujus viatores claritatis suae radio illustraret, et velut alter mediator inter Mediatorem ipsum et homines mediaret..."; p. 172: "Director factus est luminis quod monstrabat, et dispensator veritatis, cuis testimonium perhibebat..."; p. 208: "legant in hoc exemplari praedicatores formam sui officii..."

atalaya, por el contrario, viendo llegar la espada, no toca la trompeta para que la gente se aperciba, y, llegando la espada, hiere a alguno de ellos, éste quedará preso en su propia culpa, pero yo demandaré su sangre al atalaya. Pues tú, hijo de hombre, te he constituido por atalaya de la casa de Israel. Cuando oigas de mi boca la palabra, apercíbelos de parte mía.»

Villanueva continúa diciendo: «*Officium enim praedicatoris, speculatoris officium est*». Al predicador compete vigilar sobre el pueblo de Dios con la obligación grave de avisarle cuando vea que sus pecados le ponen en peligro de perdición. Y hasta tal punto llega su responsabilidad que «si sintiese venir la indignación de Dios sobre el pueblo, y no tocase la bocina, es decir, si no hiciese resonar la trompeta de la predicación, avisando de antemano, arguyendo, increpando, convenciendo al pueblo que haga penitencia y se convierta, será reo de la sangre de los demás, puesto que había sido puesto para prevenir al pueblo. Pero si, por el contrario, fuese el pueblo quien no hiciese caso de su grito de alarma, éste y no el predicador perecerá reo de su pecado» [11]. Villanueva emplea la imagen en defensa propia: «Véis hermanos nuestro riesgo: os dáis cuenta de esta terrible obligación; no os enfadéis, por consiguiente, no os indignéis si alguna vez os inculpamos o reprendemos vuestros pecados y os increpamos duramente. Nos incumbe esto por oficio bajo pena de la indignación eterna; y si no lo hiciéramos, seremos reos de vuestra sangre en el juicio de Dios» [12].

El predicador, como centinela vigilante desde la atalaya, debe estar en la cima del monte, «pues el atalaya está en lo alto, no en lo bajo: debe tener el culmen de la perfección, y de la contemplación, para que pueda amonestar al pueblo, y contemplar como desde un alto mirador, lo que no ve el pueblo» [13].

El predicador es obra de la misericordia de Dios para con los hombres. Es el abismo de la bondad y de la misericordia de Dios llamando al abismo de la iniquidad y de la malicia de los pecadores [14]. Su ministerio es en favor de los hombres. El peso de la misión recibida de Dios le compromete ante ellos. Algunas veces el encuentro es dramático: su

11 *Opera...*, I, 422.

12 *Ibid.*

13 *Ibid.*: "Officium enim praedicatoris, speculatoris officium est... Speculator quippe in alto debet esse, non in infimo: perfectionis et contemplationis culmen tenere debet, ut possit populum admonere, et veluti ex alta specula contemplari, quae populus non videt."

14 *Opera...*, I, 116.

palabra ha de sorprender, avisar, espantar. Otras veces será escuchado con gusto y gratitud.

Los predicadores, aunque no sólo ellos, vienen a ser para el pueblo cristiano como los *ojos para el cuerpo.* «Los ojos del pueblo cristiano son sus mayores; los prelados, los príncipes, los rectores, los predicadores, y cuantos tienen la misión de dirigirle. Por ellos viene la ceguera al pueblo cristiano (como viene la ceguera al cuerpo por la pus, la sangre o el polvo de los ojos). Ellos, los que precipitan al pueblo, si no cumplen con su deber. A ellos se puede aplicar aquello del Evangelio: «¡Ay de vosotros, hipócritas, que os habéis apoderado de la llave de la ciencia; y ni entráis vosotros, ni dejáis entrar!» (Lc. 11, 52). O el otro pasaje: «Si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas, pues si la luz que hay en ti es tiniebla, ¡cuántas serán las tinieblas!» (Mt. 6, 23). Si los mayores y letrados andan en el error, ¿cómo será el pueblo regido por ellos?» [15].

No es ésta la única vez que Villanueva equipara en responsabilidad a los predicadores con los prelados y los gobernantes en general. Cuando da consejos o aplica la doctrina de sus sermones a diversas categorías sociales, también entonces los predicadores aparecen formando un oficio propio, nada menos que al lado de los reyes, los obispos y los religiosos [16]. O dentro de una clasificación más genérica, distingue los predicadores de los eclesiásticos (ya sean religiosos o seculares) y de los magistrados y jueces [17]. Es un indicio clarísimo de la importancia que entonces tenía el oficio de la predicación y de la consideración que merecía en la Iglesia y en la república.

Aun sin entrar en precisaciones jurídicas, propias de aquella época, se divisa en aquel entonces que los predicadores tenían una influencia grande en la sociedad, como verdaderos conductores y guías del pueblo creyente. Tanta que bien merecía considerarlos aparte en la estructura jerárquica de entonces.

El predicador, puerta del santuario

«Preguntado Cristo para qué había venido al mundo, respondió que para buscar la oveja que se había perdido, y añadió: «*Yo soy la puerta*» (Jn. 10, 7). Puerta debe ser el predicador, concluye Villanueva... ¿Qué

[15] *Opera...*, VI, 221.
[16] *Opera...*, V, 207-9.
[17] *Opera...*, I, 475-478.

pensáis que son los predicadores, sino puertas del santuario? La puerta sirve para abrir y cerrarse; para que uno entre o salga por ella: como la puerta, el predicador es un instrumento para que por él el pecador salga de la culpa y entre en él la gracia; salga el pecador del infierno y entre en la gloria. Conviene, pues, que el pecador oiga y entienda la doctrina del predicador, y que cumpla en la práctica lo que oye, si debe entrar y salir por él» [18].

Al poner esta imagen, nuestro autor se estaba acordando de Jesucristo, prototipo del predicador, y pensaba que el predicador continúa la misión de Jesucristo en el mundo, pues debe ser, como El, puerta «ut perdita ovis ad pascua per ipsum intraret» [19]. «Puertas del cielo se les llama a los predicadores, porque por ellos muchos entran enél» [20]. Puerta que introduce a los hombres en el lugar donde se ofrecen los bienes divinos.

La imagen le sirve a nuestro autor para sacar de ella conclusiones pastorales y ascéticas, aplicables al predicador. La puerta dice lo que es la ciudad o la casa que guarda. Sus dos caras son perfectamente visibles: la una mira hacia dentro y es identificada con el recinto al que conduce; la otra mira hacia fuera y debe expresar y ofrecer una posibilidad de acogida. «Y no basta que el predicador sea sólo puerta exterior, o sólo puerta interior; sino que debe ser a la vez exterior e interior: en algunos se ve la puerta exterior, pero no la interior. Lo que diga el predicador, procure que no sea tan sublime y elevado que no pueda ser entendido por sus oyentes; ni tan vulgar y trillado que caiga en el desprecio. Será puerta exterior, si predica doctrina sólida y llana, que sea entendida por todos. Será también puerta interior, si lo que predica no lo toma de autores vulgares, sino de la sana teología y de autores puros y doctrinales. Así debe ser el predicador, si quiere extirpar los vicios y plantar virtudes: así lo hacía el discípulo amado de Cristo y el

---

[18] *Opera...*, I 477: "Quid putatis praedicatores esse nisi portas sanctuarii? Porta ad hoc deservit, ut claudatur et aperiatur; ut per eam intret quis, aut exeat: ita et praedicator instrumentum est, ut per eum exeat peccator a culpa, et intret in eum gratia; exeat ab inferno, ut perveniat ad gloriam. Oportet ergo, ut peccator audiat et intelligat doctrinam ejus, et opere compleat quae audit, si intrare debet et exire per eum. Interrogatus Christus ad quid in mundum advenisset, respondit ad hoc, ut quaereret ovem quae perierat, et subdidit: *Ego sum ostium*. Janua quippe necessum erat quod esset, ut perdita ovis ad pascua per ipsum intraret. Porta ergo praedicator debet esse."

[19] *Opera*.... I. 477.

[20] *Opera*..., VI, 190.

predicador Juan. Decía, por un lado, «*In principio erat Verbum*»; y, enseguida, simple y llanamente: «*Paenitentiam agite*». Unas veces volaba por las cosas excelsas; pero, cuando era necesario, de tal manera descendía predicando que cualquier mujerzuela vieja podía entender su doctrina. Si el predicador vuela siempre y no se acomoda a la plebe y a los ignorantes, no espere fruto de sus sermones. Pero, ¡ay!, como se encuentran raramente predicadores que se humillen, por eso vemos tan poco fruto en la república»[21].

Bonita imagen la de la puerta. Preciosa realidad la del predicador como motivo de intercambio de dones divinos por ofrendas humanas. Umbral del cielo. Garantía de paz y seguridad en la ciudad de Dios.

El predicador, nube benéfica

Las tierras secas de Castilla, por donde caminó tantas veces Tomás de Villanueva, apenas si conocían otro bienhechor que las nubes del cielo. Les eran absolutamente necesarias para hacer germinar, florecer y madurar sus productos. Las cosechas dependían siempre de las lluvias.

En esta meseta de Castilla se comprende mejor toda la fuerza del simbolismo natural de la nube aplicado al predicador: «Los predicadores son nubes, que riegan con la lluvia de su doctrina evangélica toda la tierra de las almas de los fieles, para que den frutos de buenas obras»[22]. «Lo que hacen las nubes en la tierra seca, eso hace la predicación en el alma pecadora»[23].

La comparación no es del todo perfecta. Hay algunas diferencias entre la imagen y la realidad. Las nubes del cielo, prometedoras de lluvia benéfica, no dependen de la voluntad de los labradores; vienen no cuando la tierra las necesita, sino cuando Dios quiere. En cambio, los predicadores son nubes que en todo momento pueden regar las almas con la doctrina evangélica.

En el texto que comentamos, Villanueva trae un principio que suele invocar con frecuencia en sus sermones. Lo expresa así en pocas pala-

---

21 *Opera*..., I, pp. 477-8

22 *Opera*..., I, 116: "Nam praedicatores nubes sunt, qui totam terram animarum fidelium irrigant imbre et pluvia doctrinae evangelicae, ut fructificent fructus bonorum operum."

23 *Opera*..., VI, 190: "In voce cataractarum, id est, praedicatorum qui recte dicuntur cataractae..., id est nubes Dei quia rorant terram. Quod facit nubes in terra arida, facit praedicatio in anima peccatrice."

bras: *«Plus prodest bona doctrina, quam praetor civitatis»*. Traducido, podía sonar así: Más vale una buena doctrina que un juez.

El principio encierra un gran valor moral. Ciertamente, la enseñanza general de los pueblos es la tarea más importante, en este caso, para su desarrollo cristiano y para reprimir los vicios y conseguir un ambiente sano. No hay tarea más urgente y más trascendental. Los valientes y lúcidos predicadores son más eficaces en la conducción de los pueblos que sus mismos gobernantes y jueces. «Pues el juez de una ciudad —sigue diciendo— a lo sumo puede eliminar de la sociedad en un año a tres o cuatro pecadores; en cambio, un buen predicador convierte a muchos»[24].

Volviendo de nuevo a la imagen, la predicación es como una lluvia benéfica para los campos. Cuando llueve, llueve para todos. Su eficacia es universal. La predicación pública, solemne, organizada, metódica, como se hacía en pleno siglo XVI, era la fuente principal que sostenía la religiosidad de las gentes. Por eso se apelaba constante a la responsabilidad de los predicadores en el mundo[25].

La imagen bíblica del agua, como poder vital, y la tierra árida y seca, imagen del pecador, tienen aquí su cita. Dios envía la lluvia de gracias y las desparrama en las almas a través de los predicadores. De ello depende que la tierra se convierta en un vergel floreciente de virtudes y en un campo abundante en frutos de santidad.

El predicador, cuello en el Cuerpo Místico de Cristo

Las dos imágenes más usadas por Villanueva para expresar el misterio de la Iglesia son las imágenes de la Iglesia-Esposa y de la Iglesia-Cuerpo Místico de Cristo, como ya dijimos. Era de esperar que el teólogo de la predicación nos dijera algo sobre la figura del predicador como ministro de la Iglesia en el contexto de ambas figuras bíblicas. El tema es rico en simbolismos.

El Profesor Jobit resume así la doctrina de Villanueva sobre la Iglesia como Cuerpo Místico: «Santo Tomás ha amado profundamente a la Iglesia: no basta considerar cómo la ha servido, sino también cómo ha hablado de ella. Siempre en la línea de San Pablo la ve bajo las apa-

---

24 *Opera*..., VI, 190.

25 *Opera*.... VI, 190: "Si haberet agricola pro libito nubem pro sua haereditate, pro quanto non venderet eam! Quantum praedicatio prosit testis est orbis terrarum, qui totu praedicatione conversus est. Un de nobis fides? Unde omnia bona, nisi per tubam praedicationis?"

riencias del Cuerpo Místico. Esta noción, que parece haberse atenuado mucho en ciertas épocas y haber recuperado en nuestros días tan viva actualidad, es familiar a Tomás de Villanueva, como lo es igualmente a Juan de Avila. Debemos estarles agradecidos por habérnosla conservado. Pues es utilísima para nuestra vida espiritual. Aquí Santo Tomás, siguiendo y citando a San Agustín, opone y acerca a la vez nuestro conocimiento de la Iglesia y el que de ella podían tener los Apóstoles: «éstos veían el cuerpo y creían en la presencia del Verbo; veían la cabeza, pero no veían la Iglesia, Cuerpo Místico del Salvador. Nosotros no vemos la cabeza». Esta unión, bien ordenada, la ha descrito con toda precisión: «En este cuerpo están la cabeza, los huesos, los músculos y los nervios. En el cuerpo místico, la cabeza es Jesucristo; los huesos son los apóstoles, fundamento de la Iglesia. *Habéis sido edificados sobre los fundamentos de los apóstoles, fundamento de la Iglesia* (Ef. 2, 20). Los nervios son los santos; y los músculos, los fieles». Y todo esto está animado por el Espíritu Santo: «Desde lo alto del cielo Dios ha enviado el fuego sobre mis huesos». Juan de Avila describía al mismo tiempo este cuerpo, aunque de manera algo diferente, viendo en el Papa la Cabeza, en los caballeros los brazos, en los religiosos el corazón. Vista más social que religiosa pero que deja intacta la noción de unidad tan íntima a Cristo»[26].

«El Esposo y la Esposa forman un todo unitario, en el que Cristo es la Cabeza, y la Iglesia los miembros». «Sponsus secundum quod est caput, sponsa vero in membris»[27]. Las citas son de Villanueva.

En la constitución del Cuerpo Místico de Cristo hay variedad de miembros y de ministerios. ¿Qué puesto ocupan en él los predicadores? Los predicadores son el *cuello* y los *labios* de la Iglesia-Cuerpo Místico de Cristo, y de la Iglesia-Esposa.

En la imagen del *cuello* el paralelismo que se establece entre la figura y la realidad es de una precisión admirable. Veámoslo:

> "In Canticis, vividis coloribus sponsus a capite usque ad calceos sponsam suam depingit; ut autem ad laudandum collum venit, dicit: *Collum tuum sicut monilia;* quasi torques summi pretii: tale, quasi diceret, est collum tuum et tantae pulchritudinis, ut quantumcumque pretiosa monilia, illi bene conveniant. *SPONSA ECCLESIA EST,*

---

[26] P. JOBIT, *El Obispo de los Pobres*, Avila 1965, p. 221. Las citas que trae en su texto están tomadas de los sermones de Villanueva in Dominicam IV post Pascam e in Dominica Infraoctava Ascensionis.

[27] *Opera...*, V, 99: "Sponsus et Sponsa facti sunt unum, ut sit ipse (Verbum) caput, et Ecclesia membra ejus... Ecce Christus non solum sponsus est, sed sponsa; sponsus secundum quod est caput, sponsa vero in membris."

COLLUM EJUS PRAEDICATORES; quia sicut per collum alimenta descendunt ad totum corpus, ita per praedicatorem ad corpus mysticum alimentum spirituale descendit; et sicut caput per collum influit et vitam et bonam dispositionem in reliqua membra, ita per praedicatores Christus in membra Ecclesiae suae influit virtutes et dona. Illis dixit Christus: *ite in universum mundum, praedicate, docete omnes gentes, baptizantes:* quasi illos solos constituerit veluti canales, per quos vita et virtus ad reliquos descendat.

Amplius, per collum prodit vox, et per praedicatores loquitur Deus; et legem in suo corde absconditam, per quos, nisi per praedicatores, manifestat?" [28].

La función del cuello en el organismo humano es importantísima: el cuello es el conducto por donde pasan los alimentos al cuerpo, canal por el que desciende la vida y el bienestar desde la cabella a los restantes miembros; lugar donde se articula la voz y por donde se exteriorizan los secretos del corazón. Estas mismas son las funciones del predicador dentro del Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia: por el predicador desciende el alimento espiritual al cuerpo místico; por los predicadores Cristo distribuye virtudes y dones en los miembros de su Iglesia, como si fueran canales de vida y de virtud; por los predicadores Dios articula su voz y manifiesta los secretos de su corazón a los hombres.

Todos estos simbolismos podrían reducirse a la realidad de la mediación. El predicador, como el cuello en un organismo vivo, está en medio de la cabeza y del cuerpo, para unirlos y comunicarlos entre sí, participando de la naturaleza de ambos, siendo cabeza y cuerpo al mismo tiempo.

El simbolismo del cuello, visto en la Iglesia-Esposa, tiene todavía algo más que decir al predicador: en el predicador, como en el cuello de una esposa, deben lucir las mejores joyas de virtudes: una sólida y sana teología, caridad sincera, castidad, humildad, celo de las almas, buenas obras, oración... [29].

En nuestro intento por determinar el significado teológico de la

[28] *Opera*..., I, 478-9.

[29] *Opera*..., I, 479: "Collum igitur Ecclesiae praedicator est, sicut monilia; quia in eo monile decens Ecclesiae, collum splendere debet. Monile pro nobilibus foeminis ex auro fit, contextis gemmis et lapidibus pretiosis; ita et monile quod te ornare debet, ex auro decet conflari, ex solida et sana theologia et ex charitate non ficta, sed ex corde puro. Ne, quaeso, suggestum ascendas, nisi matura prius consideratione libros evolvas. Gemmis item distingui debes aliisque pretiosis lapidibus; virtutibus, scilicet, castitate, humilitate, celo animarum, ut in omnibus te praebeas exemplum bonorum operum..."

figura del predicador en el misterio de la Iglesia, esta imagen del predicador como cuello del Cuerpo Místico de Cristo y de la Iglesia-Esposa, expresa, como ninguna otra, la naturaleza del predicador y su misión. De la imagen a la realidad el salto es muy fácil y las conclusiones fluyen espontáneamente:

1.ª El predicador ocupa un puesto importantísimo en la Iglesia.
2.ª El predicador es un órgano vivo en la Iglesia viviente.
3.ª El predicador es un órgano de salvación en la Iglesia salvadora.

El predicador, «Vox Verbi»

El Verbo divino, imagen del Padre viva y perfecta, oculta en su seno desde toda la eternidad, tomó la forma humana en el tiempo. Se hizo carne y habitó entre nosotros. «El Evangelio, prometido antes por los Profetas, lo completó El y promulgó con su propia boca, como fuente de toda verdad salvadora y de la ordenación de las costumbres» [30]. Pero la muerte de Jesucristo no interrumpió el diálogo de Dios con los hombres. «Cristo, Mediador único, estableció su Iglesia santa, como comunidad de fe, de esperanza y de caridad en este mundo como una trabazón visible y la mantiene constantemente, por la cual comunica a todos la verdad y la gracia» [31].

La Iglesia sigue haciendo resonar la Palabra de Dios en el mundo. La Iglesia cumple este ministerio a través de la predicación cristiana. Sus agentes son los predicadores. En pleno y riguroso sentido, los predicadores son los que articulan el sonido externo que hace posible que la Palabra sea oída en el mundo. Exactamente ésa es la misión del predicador: ser voz de Dios, voz del Verbo. «Praedicator vox Dei est qui loquitur in illo» [32]. «Vox enim praedicatoris, non praedicatorum, sed Dei aestimanda est» [33].

La imagen del cuerpo humano aplicada al Cuerpo Místico de Cristo, nos ayuda también aquí para comprender el misterio que analizamos. La distinción que media entre el «verbum oris» y el «verbum mentis» sirve de base a nuestro autor para establecer la distinción entre el predicador y Cristo. ¿Qué diferencia hay entre el «verbum oris» y el «verbum mentis»?: «Verbum est ipsa cordis cogitatio; vox autem index,

---

30 *C. Vaticanum II, Const. Dei Verbum*, I, 7.
31 *Ibid., Const. Lumen Gentium*, I, 8.
32 *Opera...*, I, 243.
33 *Opera...*, I, 116.

et vehiculum verbi est, per quam verbum conceptum in alienas aures et corda transmittimus»[34]. Una cosa es el concepto, como operación mental, algo real pero oculto en el sujeto pensante; y otra cosa es la palabra, como signo de la idea, que la expresa y comunica a los demás. Una cosa es el pensar y otra el hablar. El predicador en la Iglesia es la «Voz del Verbo», es decir, el vehículo a través del cual la Palabra substancial de Dios, oculta en el seno de la Iglesia, se hace sonido exterior y llega a los oídos y al corazón de los hombres. Por el predicador el «verbum mentis» se hace «verbum oris».

Nos movemos en el terreno de la analogía ciertamente. Pero, aún así, la comparación entre el predicador-voz y Cristo-Verbo es muy rica en consecuencias pastorales, alguna de las cuales desarrolló Villanueva.

Lo mismo que el lenguaje debe estar en armonía con la idea, para que sea propiamente su signo manifestativo, el predicador debe estar en perfecta armonía con Cristo. Si Cristo no es un concepto abstracto, sino un mensaje encarnado y personificado, tampoco el predicador puede limitarse a pronunciar «palabras» acerca de Cristo: todo él ha de ser palabra hecha vida, voz encarnada para que entre el signo y la significación haya plena correspondencia. Signo sensible, instrumental y demostrativo del Verbo Divino, pero signo viviente como corresponde a quien es miembro vivo del mismo organismo del que El es la cabeza. Voz con las palabras, voz con el testimonio: esa es la doble misión del predicador. Lo mismo que Juan el Bautista: «*Fuit homo missus a Deo cui nomen erat Joannes. Hic venit in testimonium, ut testimonium perhiberet de lumine* (Jn. 1, 6). O mirabilem dignitatem creaturae! Filius Dei verbum Dei est; Joannes autem vox Dei est, qua protulit mundo verbum absconditum: hoc nomen sibi proprium est; quia ad hoc conditus est, et missus, ut verbum pronuntiet. *Magna est vocis, et verbi consonantia, grandis affinitas; nihil est verbo voce propinquius, et similius*. Joannes ergo quodammodo verbum Verbi Dei est. Christus verbum cordis, Joannes verbum oris»[35]. «*Ego vox clamantis in deserto* (Jn. 1, 23). Totus erat vox. Vox erat vestitus, vox solitudo, vox cibus, vox ejus vita, vox ejus baptismus; totus Joannes vox est, fratres, ut imitemini eum»[36].

La naturaleza de esta íntima unión entre el predicador y Jesucristo,

[34] *Opera*..., VI, 185.
[35] *Opera*..., VI, 185.
[36] *Opera*..., I, 103.

y de su dependencia, puede ser explicada también con la imagen del *altavoz*. Villanueva define su oficio de predicador con estas palabras: «Non ita de nostro loquimur; sed *tuba Dei sumus*. Haec tuba vos excitat et vocat»[37]. El altavoz, como la trompeta, es un simple instrumento; detrás de él está el locutor. Detrás del predicador está Dios hablando a los hombres, aunque no se le vea. Y si es ridículo mientras uno está oyendo hablar por el altavoz, entretenerse en mirar la marca o en medir su tamaño, etc., sin atender a lo que por él se dice, más ridículo resulta todavía pararse a analizar las cualidades del predicador mientras habla, en vez de reflexionar sobre sus palabras, que en realidad son palabras de Dios: «Cum praedicatorem auditis, Deum ad vos clamantem auditis. Nolite considerare qualis sit tuba, sed pulsationem ipsam et bucinantem Deum agnoscite per ipsum»[38]. «Nolite attendere instrumentum (praedicatorem) sed musicam personantem; nolite respicere tubam, sed Deum eam insuflantem»[39].

Los oyentes, siendo conscientes de que no vienen a «oír a un hombre, sino a Dios por medio de un hombre»[40], durante la predicación deben observar «el mismo silencio y reverencia que si escuchasen a Dios en persona, porque verdaderamente es palabra de Dios»[41]. Su consejo es consejo del Señor[42].

Si figurativamente los labios son órgano de las palabras, en ellos tenemos otra imagen para designar a los predicadores. Los predicadores son los *labios de Cristo*: «Labia Sponsi sunt praedicatores et praelati: labia candore et puritate vitae; distillantia myrrham primam, quia mirrham debent distillare, id est, poenitentiae dolorem praedicationibus et exhortationibus suis sanctis in alios derivare»[43].

El predicador, madre espiritual de los creyentes

La imagen de la Iglesia como madre de los creyentes, tampoco es desconocida por Villanueva. Nacemos de la Iglesia en virtud de su pala-

37 *Opera...*, I, 116.
38 *Opera...*, I, 108.
39 *Opera...*, VI, 183.
40 *Opera...*, I, 243: "plus enim movet sermo quam lectio, praedicator enim vox Dei est qui loquitur in illo. Non venis audire hominem, sed Deum in homine."
41 *Opera...*, VI, 183: "Vos fratres, sic audite praedicatorem cum illo silentio et reverentia, ut Deum, et ut vere est verbum Dei."
42 *Opera...*, I, 31; cf. V, 90.
43 *Opera...*, V, 82.

bra y de sus sacramentos. De la fecundidad de la Iglesia participan los predicadores. De ella deben aprender e imitar su oficio maternal.

«Hay almas —comenta nuestro autor—, que por desidia o por pobreza, no quieren nutrir a Cristo; sino que habiéndole dado a luz cuidadosamente, le ponen a las puertas ajenas para que otros le crien: tal son algunos predicadores que no se dignan alimentar con el ejemplo de su vida al Cristo que dieron felizmente a luz con su palabra de verdad, sino que lo abandonan a la protección de las buenas obras del pueblo. La que es verdadera *madre* de Cristo, le concibe con gozo, le da a luz con fortaleza, le nutre con espíritu y devoción y con perseverancia le lleva hasta la edad adulta, para unirse después a él por la caridad y el amor estático, quedando convertida de madre en esposa»[44].

Hacer nacer a Cristo en las almas, alimentarlas, educarlas en la fe, hacerlas llegar a la edad adulta de Cristo, son tareas salvadoras de los predicadores. Su maternidad espiritual encuentra analogía con la maternidad carnal: como una madre, el predicador debe repartir a sus hijos el pan de la palabra, darles a beber el agua de la divina sabiduría; protegerlos. De lo contrario, sus hijos en la fe —los hijos de Dios— podrán volverse contra él para reprocharle su existencia.

San Pablo, predicador, se aplicó esta misma imagen: «hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros!» (Gal. 4. 19). Y recuerda a los Tesalonicenses «como nodriza que cría a sus niños» (1 Tes. 2, 7 ss.).

Instrumento de fecundidad divina son los predicadores, como la madre Iglesia a la que pertenecen. Como la Virgen María, Madre del Verbo Encarnado. Madre fiel para con su Esposo. Madre solícita del bien de sus hijos, generosa y desinteresada.

Valiéndose de ricas y bellas imágenes, atribuidas a Cristo y a su Iglesia, Villanueva nos ha descrito, como buen teólogo, la naturaleza y misión del predicador evangélico. La figura del predicador es impensable sin referencia a Cristo y a la Iglesia. A ambos representa y sirve. Por fuerza tiene que participar de su mismo ser y misión.

El predicador tiene su propio oficio en el mundo, y para cumplirlo necesita estar dotado de ciertas cualidades peculiares. Su *oficio* se desdobla en dos actividades complementarias: la palabra y el testimonio. Las *cualidades*, unas le afectan como hombre y otras vienen exigidas por su misión evangelizadora. El desarrollo de estos puntos completan

---

[44] *Opera...*, IV, 98.

la doctrina de Villanueva sobre la figura del predicador de la palabra de Dios en la Iglesia del Verbo Encarnado. Nos ocuparemos de ello en otro lugar.

CAPITULO V

LOS OYENTES DE LA PALABRA DE DIOS

La palabra, que Dios transmite a los hombres por medio del predicador, es como un germen de vida, que debe entrar hasta el corazón y una vez depositado en él, necesita de cuidados para que pueda seguir viviendo y se desarrolle convenientemente. Es como la voz de un amigo, a quien hay que recibir y obsequiar, cuando llama a la puerta, si es que no se quiere hacer morir la amistad.

La vida de la palabra de Dios depende de sus oyentes. Así lo dice Tomás de Villanueva: «La palabra de Dios vive en aquellos que cuando la oyen, la hospedan en el corazón; no vive en quienes no la retienen, porque para ellos es como un sonido pasajero, que muere cuando se va. Es uno fuertemente tentado a pecar; pero se acuerda entonces de la palabra de Dios, que oyó a cierto predicador, y rechaza con gusto la tentación. Qué significa esto sino que la palabra de Dios, que habita en el corazón del hombre, vive y hace vivir?»[1].

El desarrollo vital de la palabra, como fuerza y poder de salvación, depende de la aceptación con que sea recibida. Dios no entra en las estancias del alma sin llamar a la puerta y sin ser bien recibido. Dios respeta la libertad del hombre. La palabra de Dios no se estampa en el hombre como en un papel inerte.

¿Cómo ha de cooperar el hombre para que la palabra de Dios entre en él? ¿Qué ha de hacer después con esa palabra recibida en sus aposentos interiores? ¿Qué reclama esa palabra al hombre? ¿Qué obstáculos interpone a veces el hombre a la palabra de Dios, frustrando su resultado?

Describimos en este capítulo la cooperación tanto positiva como negativa, que el oyente debe prestar a la palabra de Dios, para que pueda serle provechosa.

El oyente, en efecto, debe cooperar a la palabra de Dios, porque la predicación no produce sus efectos automáticamente en las almas.

---

[1] THOMAE A VILLANOVA, *Opera Omnia*, VI, Manilae 1897, p. 121.

Según Villanueva, esta cooperación viene exigida por la misma naturaleza intrínseca de la predicación: aquel que, mientras oye predicar, está distraído, como fuera de sí, es imposible que pueda recibir la palabra de Dios: ¿Cómo va a percibir en su interior la llamada que Dios le dirige por medio del predicador? Es psicológicamente imposible que la predicación le aproveche, sin que piense a un mismo tiempo en la palabra de Dios, en el predicador y en sí mismo.

Al oyente se le exige una cooperación seria a la palabra de Dios en tres momentos sucesivos: antes de la predicación, durante la predicación y después de la predicación. Antes de la predicación, se le pide que su intención sea recta; mientras oye el sermón, que abra sus oídos con gozo y generosidad, y después, que retenga en la memoria la palabra oída y la ponga en práctica.

La cooperación negativa, que también Villanueva exige al oyente, se reduce a remover aquellos obstáculos que se interfieren a la palabra y pueden hacerla infecunda o pueden debilitar su natural energía. Tales como la dureza del corazón, la tibieza espiritual, la rutina, la multiplicidad de actividades profanas, etc.

De todo ello deducimos que existe una relación muy directa entre las disposiciones del oyente y la eficacia de la palabra de Dios en él. ¿En qué medida? La proporción no puede establecerse con cálculos matemáticos. Pero se trata ciertamente de una proporcionalidad real y directa entre la eficacia de la predicación y la intensidad de los actos personales con que el oyente colabore. Salvada siempre, claro está, la intervención del Espíritu Santo, que reparte sus gracias y dones a cada cual según el beneplácito divino.

1. Obligación de escuchar la palabra de Dios

El dominio absoluto de Dios sobre el hombre es suficiente razón para que el hombre se sienta obligado a escuchar a Dios y a obedecerle. Cuando Dios se digna hablar al hombre por medio de los predicadores es porque tiene algo que decirle y porque quiere que el hombre le escuche y le responda. Ante la palabra de Dios el hombre no puede ni inhibirse ni mostrarse en una actitud meramente pasiva o indiferente.

Villanueva da por supuesto que todos los hombres están obligados a escuchar la palabra de Dios, como corresponde al mandato que Jesucristo dio a los Apóstoles de predicar a todas las gentes.

En este argumento no insiste apenas. Le gusta más este otro: «Lo

primero que debe hacer el alma para agradar a su Esposo —dice— es oirle, siguiendo el Salmo que dice: *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere populum tuum et domum patris tui* (Ps. 44, 11): Lo primero, pues, oiga sermones, oiga las inspiraciones de Dios, oiga las voces de las cataratas que le llaman, oiga a Dios, no se haga el sordo... Pues es un gran bien para el alma el tener abiertos los oídos, puesto que *ellos son la primera puerta de todos los bienes espirituales*. La fe por el oído, pues por el oído se convirtió todo el mundo a Cristo. Y por eso en las nuncias del Bautismo, el sacerdote, poniendo sus dedos en la oreja del bautizado le dice: «*Ephpheta, quod est adaperire*». Oh alma, ábrete a las cosas celestiales, no cierres tus oídos a Cristo. Lo mismo que los conquilios abiertos por el calor, reciben el rocío del cielo, que después se cristaliza en sus entrañas y les llena de perlas, así tú también *recibe del cielo el rocío de la luz con el que te llenarás de todas las riquezas espirituales*»[2].

Subrayamos esta alusión al rito bautismal, en el que Villanueva encuentra una fórmula especial, sacramental, que dispone simbólicamente los oídos del neófito a recibir la ciencia de la salvación. El sacramento de la fe abre los oídos a la fe. El sacramento de la regeneración, que fundamenta el diálogo de amor entre el Padre y sus hijos, con un rito sensible nos pone en actitud y en obligación de escuchar al Dios del amor.

El oído es la primera puerta de entrada de la fe y de todos los bienes espirituales. El que la tenga cerrada se priva de estos bienes. El que más veces la abra, será mejor para él.

«Infelix igitur homo, qui animam suam tot utilitatibus privat, quique se indignum reddit tam inaestimabili bono, quale est verbum Dei»[3].

La negligencia en oír la palabra de Dios termina por ensordecer los oídos del alma. Y con el alma sorda, el hombre se aleja de Dios, hasta convertirse en idólatra de sus propios pecados y vicios. Le ocurre el mismo fenómeno que narra el capítulo 32 del Exodo: que por haberse empobrecido las orejas de aquellas mujeres quitándose los anillos de oro, terminaron adorando el becerro construido con ellos. El que no oye a Dios y a los predicadores, termina adorando la bestia de su cuerpo[4].

---

[2] *Opera...*, III, 261.
[3] *Opera...*, I, 253.
[4] *Opera...*, II, 344: "... Obturatio et paupertas aurium facient te non approximare Domino, sed idololatram vitiorum. Mulieres dederunt inaures

El cristiano, por amor a Dios y por amor a sí mismo, debe acercarse a oír la proclamación de la palabra de Dios con frecuencia. De lo contrario, un velo oscuro se irá interponiendo delante de sus ojos que le impedirá conocer la ley de Dios [5].

En orden a la observancia del día festivo: «lo primero que debe hacer un cristiano es que vaya al templo a oír la palabra de Dios» [6].

Y una de las obligaciones que tienen los beneficiados sobre sus súbditos es hacer que se les predique la palabra de Dios. Por la negligencia en el cumplimiento de esta obligación se hacen responsables de los pecados ajenos y de la condenación de los demás [7].

Nuestro autor no concede fáciles excusas a los fieles cristianos ante esta obligación. Estima que están en un «error intolerable» quienes tratan incluso de suplir la obligación de oír la palabra de Dios con la lectura privada de sermones, aunque sean de los santos Padres. Y la razón es que entre la palabra hablada y la palabra escrita va una diferencia muy grande que no puede compensarse de esa manera [8]. Es una obligación irrenunciable e insustituíble esta de oír la palabra de Dios.

Tampoco vale que el oyente quiera desentenderse del predicador alegando las consabidas excusas de «la mala vida de los que predican», o porque «carga demasiado la mano» o porque «ya sé lo que me puede decir» y «no tengo por qué escuchar a los que quieren hacerse oír sólo para ser tenidos por maestros, ya que Cristo dijo en el Evangelio (Mt. 23, 8): *uno sólo es vuestro Maestro*». Los que así se disculpan, no

---

suas Aaron, et factus est vitulus conflatilis (Ex. 32, 4). Sed quare fideles adorant vitulum? quia depauperant aures. Si non audis Deum loquentem, et praedicatores, adorabis jumentum. Quod jumentum? corporale vitium et delicias: et praesentia Dei frui utique non poteris."

[5] *Opera*..., VI, 444.

[6] *Opera*..., VI, 98: "... tria quae habere debet christianus in observantia diei festi: primum est, quod eat in templum ad audiendum verbum Dei."

[7] *Opera*..., II, 204.

[8] *Opera*..., I, 253: "Infelix homo, qui animam suam tot utilitatibus privat, quique se indignum reddit tam inaestimabili bono, quale est verbum Dei! At sunt qui dicant se a sermonibus audiendis excusari, et quod docti sint, domique prae manibus habeant conciones Augustini et Ambrosii, nec putent praedicatorem adeo esse doctum ut Augustinum; quare satius et utilius judicant legere Augustinum quam audire sciolum concionantem. Sed o errorem intolerabilem! Nescis qui haec dicis, quod littera in codice mortua est, in ore vero praedicatoris viva? Si anima tua forte est mortua, putas quod per verbum mortuum redibit ad vitam? Verbum in ore clamantis vivum est, et efficax, penetrans usque ad animam, et pertingens usque ad spiritum. Audi Apostolum (Hebr. 4, 12): *Vivus est sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladiancipiti, et pertingens usque ad divisionem animae et spiritus...*"

tienen razón. Villanueva contesta a cada una de esas objeciones del siguiente modo [9]:

1.ª «Hacen mucho daño a los oyentes quienes predican la palabra de Dios y viven mal..., pero los oyentes han de obedecer a Jesucristo, que hablando de sus ministros dijo: «Haced lo que os enseñen, pero no hagáis lo que ellos hacen» [10].

2.ª «Di, hermano; si uno arase tu campo, querrías que cargase la mano en la esteva, o que llevase la mano ligera, que sólo rompiese la cara de la tierra? Pues lo que quieras para el campo, no lo quieres para tu alma? Mandó a Isaías Dios que cargase la mano al pueblo: *Clama, ne cesses: quasi tuba exalta vocem tuam: annuntia scelera populo meo»* (Is. 58, 1) [11].

3.ª «Lo que oyes, o lo sabías o lo ignorabas: si lo ignorabas, bien está que lo aprendas; y si lo sabías, me atrevo a decirte o que no lo tenías en la memoria o que no lo sientes en el espíritu, que está en aquel que te lo dice: *Voluit Deus per stultitiam praedicationis salvos facere credentes* (1 Cor. 1, 21). ¡Ea!, Cristiano, eso que te parece que es bajo, envuelto en buen espíritu, te convertirá; oye siempre» [12].

2. Desarrollo de la palabra oída

Tres condiciones señala en concreto nuestro autor para que la palabra de Dios pueda fructificar convenientemente en el alma del oyente. Son los tres grados de colaboración, que el oyente debe prestar a la palabra:

1.ª «*quod audiat hilariter et utiliter*» [13]; 2.ª «*quod verbum retineat et memoretur*» [14]; 3.ª «*quod fructum afferat in patientia*» [15].

Estas condiciones están tomadas de la misma Parábola del Sembrador, comentando el pasaje de S. Lucas 8, 15: «lo caído en buena tierra

---

[9] Utilizaremos la versión castellana del sermón tercero tal y como se transcribe en *Opera Omnia* (VI, 444); pero como esta traducción es bastante incompleta comparándola con el texto en latín que aparece en el mismo volumen (pp. 63-4), la completamos a nuestro modo, salvando el texto latino.

[10] *Opera*..., VI, 63.

[11] *Opera*..., VI, 444.

[12] *Ibid.*, 445.

[13] *Opera*..., I, 246.

[14] *Ibid.*

[15] *Opera*..., I, 247. Después hablará de estas mismas condiciones en otro sermón, con más amplitud (I, 257-260).

son aquellos que, oyendo con corazón generoso y bueno, retienen la palabra y dan fruto por la perseverancia».

Veamos por separado cada uno de estos grados de colaboración.

a) *Oír la palabra de Dios con un corazón generoso y bueno*

La palabra de Dios tiene que entrar en el corazon del oyente. Pero este corazón ha de ser como la tierra buena para una semilla o como un buen estómago para los alimentos. Esto es lo que exige Villanueva a sus oyentes:

«No basta que el corazón sea bueno, sino que conviene que sea excelente; y así como es necesario que el estómago esté sano y segregue los jugos a su tiempo para que reciba los alimentos y los transforme en sustancia buena y útil, así también, para que la palabra de Dios aproveche al alma, es necesario igualmente no sólo que el corazón la reciba, y la voluntad la acepte —lo cual es tener un corazón bueno—, sino también que sea recibida en el corazón con gozo y regocijo, con recta intención y deseo de aprovecharse de ella—, lo que significa recibirla con un corazón excelente. Hay algunos que oyen la palabra de Dios con disgusto, y no fructifica en ellos, porque esta displicencia hace que no fructifique en ellos. Hay otros que la oyen de corazón, pero no con un corazón excelente. Les falta la intención recta: van a los sermones para fijarse escrupulosamente si el predicador tiene gracia al hablar; si usa palabras bonitas y apropiadas; si abunda en sutilidades, y éstos, ciertamente, oyen de corazón según su intención, es decir, buscando el deleite de la palabra; pero de ninguna manera buscan el fruto, o cumplir lo que los predicadores, como legados de Dios, proponen que debe hacerse. Desean en el predicador palabras altisonantes, buen estilo, agudeza e ingenio; que proponga las narraciones con concisión, las figuras con primor... y en esto estriban toda su complacencia... Oh infelices y desgraciados... ¡Perverso, fatuo, tonto, necio, insensato y no sé qué más llamarte, cuando tales cosas buscas! Si los enemigos estuviesen ya entrando en la ciudad, con ganas de apresarte y matarte a tí y a los demás, ¿querrías que se te anunciase esto, para que huyeras, con un sermón lleno de retórica y no con cualquier palabra que primero se ocurriera? Ciertamente que no; basta con que se te dijese a tí y a los demás con una simple palabra: todo el mundo está bajo el maligno (I Jo. 5, 19)... Si el rey encomendase importantes asuntos a alguno de sus ministros, y le diese por carta instrucciones de

todo lo que debe hacer en favor de tal causa, y entonces aquel ministro, despreocupándose del asunto, se entretuviera sólo en examinar la belleza de los caracteres de la escritura y la elegancia de la carta ¿qué castigo no merecería este ministro negligente e infiel? El Rey de los reyes, nuestro Señor, nos envió desde el cielo una carta, la Sagrada Escritura, en la que nos enseña lo que debemos hacer en el gravísimo negocio de la bienaventuranza o condenación eterna. ¿Qué pasaría si tú, despreocupándote de un asunto de tanta importancia te ocupases solamente de examinar la elocuencia de la carta y el efecto de las palabras? ¿Piensas el castigo que te correspondería? Acaso no te juzgarías como loco y sin sentido? Les sucede lo que el Señor advirtió a Ezequiel acerca de sus oyentes, diciendo: «Y tú, hijo de hombre, mira que los hijos de tu pueblo se burlan de ti junto a las paredes y a las puertas de sus casas, y hablan los unos con los otros, cada uno a su prójimo diciendo: venid y oigamos qué palabra sale del Señor... y oyen tus palabras, pero no las ponen por obra, porque las convierten en una canción salida de su boca (Ez. 33, 30-31). Oyen ciertamente los sermones, pero como si fueran fábulas de los poetas, atendiendo sólo al placer que les proporciona el artificio y el ornato del sermón; y por consiguiente no hacen lo que Dios les manda por medio de sus ministros, porque convierten los sermones en una canción de su boca. Pero vendrá el tiempo en el que quienes hoy, como dice el Apóstol, buscáis maestros que deleiten el oído (II Tim. 4, 4), gemiréis y lloraréis, porque buscásteis el vano deleite y no la utilidad del alma»[16].

La intención que tenga el oyente cuando va a escuchar un sermón, condiciona directamente la eficacia de la palabra de Dios en él. Si su intención es recta, es decir, si va dispuesto a oírla para utilidad de su alma, puede estar seguro de que le servirá de provecho espiritual. Pero si lo que pretende es someter a un análisis psicológico al predicador o examinarlo de retórica, el oyente no se pone en sana disposición de escucha y, por consiguiente, no puede ser interpelado por la palabra.

A la intención debe unir el gozo de ponerse en situación de escuchar la voz de Dios, como quien oye con gratitud y simpatía hacia quien le habla. A Dios no se puede escuchar de otro modo.

Para Villanueva, ni el predicador es un simple profesor, ni el oyente es como un alumno cualquiera. La estructura de la comunicación del mensaje revelado tiene su propia dinámica, la de servir de vehículo

---

16 *Opera...*, I, 258-9.

al diálogo entre dos interlocutores, Dios que habla y el hombre que responde. Si éste no se pone en disponibilidad de oir a Dios, la predicación, como vehículo de la palabra divina, queda frustrada.

b) *Retener la palabra*

La palabra de Dios, como germen de vida, ha de prender en el alma, quedar como arraigada en ella, igual que una semilla en la tierra.

Es lo que ocurre con la palabra de un amigo, o después de haber participado en una conversación de interés para la propia vida. Son palabras que no se olvidan y que se tienen en cuenta, cuando llega el momento. En cierto modo, son palabras vivientes, que se hospedan en las estancias íntimas del ser, y le acompañan a todas partes.

Para que se mantengan vivas y no mueran, hay que presencializarlas en la memoria, recordarlas, rumiarlas, dejándose de nuevo interpelar por ellas.

En este sentido, puede hablarse de una segunda eficacia de la palabra de Dios en el oyente. La denominamos eficacia a distancia, para distinguirla de la eficacia que produce en el mismo instante de ser oída.

Esa otra eficacia continuada de la palabra también está condicionada por la atención que le preste su receptor. Un buen oyente no puede conformarse con el primer grado de colaboración. La segunda condición del buen oyente es descrita de este modo por Santo Tomás de Villanueva:

«La segunda condición, para que la palabra de Dios fructifique en el corazón del oyente, es que éste la retenga con paciencia; porque lo mismo que los alimentos, aunque lleguen al estómago, no aprovechan si se devuelven en seguida; y lo mismo que el grano sembrado en la tierra, no fructificará, si no permanece en ella y no echa raíces; así tampoco la palabra de Dios dará el fruto agradable a Dios, si no se retiene en el corazón y echa raíces en él. La tierra Virgen, que eligió el Omnipotente, era tan fértil que no sólo dio fruto al cien por cien, sino al mil por cien y más para su agricultor y Creador; y fue tan fecunda, porque, como dice el Evangelista: «*María conservaba todas las cosas y las meditaba en su corazón*» (Lc. 2, 19). Qué buena y qué inmejorable esta tierra! Pues tú, si quieres fructificar para Dios, guarda en tu corazón sus palabras. En la ley antigua era tenido por animal inmundo el que no rumiaba; tú también, aunque oigas la palabra, y la deposites en tu corazón, si no la rumias, serás para Dios un animal inmundo.

Te parecerás, como dice Santiago en su Canónica, *al varón que contempla en un espejo su rostro, y apenas se contempla, se va y al instante se olvida de cómo era* (Sant. 1, 23-24). Para que fructifiquéis para Dios, imitad a los escolásticos. Estos oyen las lecciones del maestro, pero si no las retienen en la memoria y reflexionan en ellas, y se contentan simplemente con oír y se pasan el día divirtiéndose y jugando, no les aprovecharán para nada. Esto me temo de vosotros: habéis tenido estos días una doctrina de tal calidad y abundancia, que con razón cualquiera podría pensar que todos vosotros sois perfectos; pero os veo de nuevo como principiantes, y no por otra razón, sino porque os ocupáis poco de retener la palabra. De vosotros diría yo lo que el apóstol dijo de aquéllos: «Pues los que después de tanto tiempo debíais ser maestros, necesitáis que alguien de nuevo os enseñe los primeros rudimentos de los oráculos divinos, y os habéis vuelto tales, que tenéis necesidad de leche en vez de manjar sólido» (Hebr., 5, 11) [17].

Rumiar la palabra es meditarla, pensando en lo que oímos y qué utilidad podemos sacar de ella: «ex ventre memoriae, verbum iterum ad meditationem reducatur, cogitantes quid audivimus, et quid utilitatis ex verbo audito capere possumus» [18].

Hay que retener la palabra en el granero del corazón; pero no como se guarda el pan en un cajón, sino como el alimento en el estómago. [19].

c) *Ponerla en ejecución*

«La tercera condición es que *dé fruto con perseverancia:* no basta oír la palabra de Dios con buena intención y retenerla en el corazón. Esta ciencia no es especulativa, sino práctica; y del mismo modo que no os valdría para nada un gran médico, o un excelente artista o pintor, si nunca pusiesen mano a la obra, así el cristiano será tenido por nada, si no lleva a la práctica la palabra oída. A los escolásticos, para disputar, les basta la doctrina; para nosotros hay que añadir las obras. Acordaos de que Cristo comparó al trigo sus palabras; y el trigo, aunque reverdezca, si no madura, no vale: de igual manera, lo que oísteis no basta que tenga vida dentro del corazón; es necesario que se traduzca en obras que sean para Dios como el fruto y la retribución: «*Fructum afferunt in patientia*». La frase no dice que dan fruto en la

---

[17] *Opera*..., I, 259.
[18] *Opera*..., I, 263.
[19] *Opera*..., I, 263.

humildad, en la pobreza, en la misericordia, etc., sino en la perseverancia, para que no penséis que uno no precisa de la perseverancia para ser bueno o que la perfección se obtiene en uno o dos años. La virtud y la ciencia son cosas difíciles; ni el hombre se hace sabio en un año: así para que el hombre sea bueno y virtuoso, necesita de la perseverancia. No coges el trigo inmediatamente después que lo siembras: es necesario que esperes todo el invierno, y en el verano, lo primero que haces es trillarlo muchas veces y después llevarlo al granero... Pero nota también que quien ha sembrado buena doctrina en el corazón, aunque después no se preocupe nada, o incluso se duerma, no por ello dejará de crecer hasta la perfección, lo mismo que, para que el trigo crezca, no es necesario que quien lo siembra esté continuamente allí, observándolo; para que sepas con cuánta verdad dijo el Apóstol: «Ni el que planta es algo ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento» (1 Cor. 3, 7). Realmente es el Señor quien hace que su palabra sembrada en el corazón crezca, para que no se pierda tu trabajo; y, si acaso, tú no piensas en ello, atento a otra cosa, verás cómo crece, primero en hierbas verdes, o sea, en pensamientos santos; después en tallos, es decir, en firme propósito de agradar a Dios; y por último, en fruto abundante de buenas y excelentes obras. Y entonces vendrá el padre de familia a recoger el fruto sembrado, para que comáis de él en la mesa de su reino»[20].

La palabra de Dios es como una moneda que tenemos que invertir en buenas obras para que se multiplique su valor. De ello nos pedirá cuenta el Señor, como se dice en la parábola de los denarios[21].

El que oye la palabra de Dios y la pone en práctica tiene una señal o conjetura para saber de alguna manera, en cuanto es posible, que su alma está en gracia. «El oír la palabra de Dios y ponerla en práctica —dice Villanueva— es una buena e inestimable señal para saber uno si está en gracia y amistad con Dios. Un rico mercader, que al año, hechas las cuentas, ve que ha ganado doscientos escudos, y va con gusto a oír un sermón. El Espíritu Santo mueve al predicador, para que explique al pueblo lo bueno de las limosnas. Le gusta al mercader la doctrina, y reconociendo que la limosna es óptima delante de Dios, inmediatamente extiende su mano a un pobre y le da dos monedas, al otro cuatro. ¡Optima señal! Oyó la palabra de Dios y con gozo la puso en

[20] *Opera...*, I, 259-260.
[21] *Ibid.*, 263.

práctica. Es señal de que busca agradar a Dios y de que está en gracia»[22].

«Pues no son justos ante Dios los que oyen la Ley —dice San Pablo—, sino los cumplidores de la Ley, ésos serán declarados justos» (Rom. 2, 13).

El desarrollo completo de la palabra en el hombre se logra cuando a la hierba de los deseos y al tallo de los propósitos sigue la espiga de las virtudes y el fruto de las buenas obras[23].

El dinamismo de la palabra de Dios no se agota en la delectación interior que pueda producir en el oyente. Pues es una palabra que exige la transformación del hombre, no sólo en sus sentimientos, sino también en su obrar. Es norma práctica de vida y no un tema cualquiera para la especulación.

Es un mérito de Villanueva el haber subrayado, en aquel tiempo de fervor iluminista, la importancia de las obras exteriores, y el haber insistido en que precisamente las obras son exigidas por la palabra de Dios dirigida al hombre concreto. Las obras son como el fruto de la palabra, como la consumación del desarrollo de la palabra de Dios en el hombre.

Las obras buenas que realiza el cristiano son como la prueba decisiva de la eficacia de la palabra de Dios en él. La caridad efectiva, la práctica de la justicia, el cumplimiento del deber, la extensión del reino de Dios en el mundo... son la respuesta definitiva, que el discípulo de Dios ha de dar a su mensaje.

Por otra parte, la trayectoria seguida por la palabra, señala la relación que debe existir entre las acciones exteriores y los sentimientos internos. Una dependencia causal y lógica. El reconocimiento de que Dios nos habla, postula hacer lo que Dios nos dice. La moral, para Santo Tomás de Villanueva, tiene su fundamento en la llamada de Dios. La obligatoriedad moral nace de la obligación que la palabra revelada impone al que la recibe y la acepta.

Hace bien Villanueva en recalcar que el crecimiento del hombre en la fe es parecido al crecimiento natural. Está sometido a un ritmo lento

---

[22] *Opera*..., I, 385.

[23] *Opera*..., I, 247: "Lex evangelica non tam est theorica, quam practica: *finis ejus est opus maxime, et non scire.* Sicut ergo si quis optimus pictor, vel artifex, vel medicus non operaretur in illa arte, vana esset scientia, sic et tua, christiane, philosophia non prodest, si non operaris... Mitte bonum semen doctrinae in agro cordis, nam illud servatum producit herbam desideriorum, calamum propositorum, spicam virtutum, fructum operum."

y acompasado, a veces doloroso y lleno de dificultades. El creyente debe saberlo, para tener paciencia y no desalentarse. Por eso necesita también de la perseverancia. Sin olvidar que no es el que planta ni el que riega, sino Dios quien da el crecimiento.

La palabra de Dios, viva y vivificante, que la predicación transmite, es una imagen de la Palabra hecha carne. Representa a Cristo y lo que pretende es presentar su imagen para que sea reproducida por cada uno de los oyentes en sí mismos. El predicador, hablando de la humildad o del amor, últimamente proclama a Cristo como personificación de la humildad y del amor. Buen discípulo de la palabra será aquel que la recibe con gozo, la invoca con gratitud y la va imitando con perseverancia en su vida, haciéndose humilde y amando a Dios y a los hombres como Jesucristo.

La palabra viva alcanza su destino cuando el que la recibe vive la Palabra y se hace palabra viviente.

3. Los obstáculos que impiden el desarrollo de la palabra

Desgraciadamente la palabra de Dios queda frustrada algunas veces por culpa de los oyentes. Nuestro autor clasifica en tres grandes grupos los impedimentos que obstaculizan la eficacia de la palabra de Dios: La dureza, la aridez y la enajenación del corazón.

a) *La dureza del corazón*

El impedimento que más se opone al desarrollo de la palabra en el oyente es su estado habitual del pecado. Nuestro autor lo califica de «máximo y primario impedimento» [24] para la palabra de Dios. En un alma así, convertida en plaza pública por la que los demonios pasan libremente sin que nadie les ponga reparos, ocurre algo parecido a lo que acontece cuando una semilla cae en un camino muy hollado. A este tipo de oyentes se aplica aquello de la Sagrada Escritura: «... *en alma maliciosa no entrará la sabiduría. ni morará en cuerpo esclavo del pecado*» (Sap. 1, 4).

«Qué fruto —se pregunta nuestro autor— puede hacer la palabra de Dios en el corazón de un pecador obstinado, endurecido, que durante diez años vivió en pecado mortal, practicando la usura, en concu-

---

[24] *Opera...*, I, 244.

binato, guardando rencor u odio al prójimo, no ayudando en las necesidades ajenas, robando y no restituyendo, jugando y blasfemando? En este corazón rebota la palabra como el granizo: no llega siquiera a tocarle en el afecto, ni a excitarle la devoción, o el horror al pecado, o el temor al infierno, o el deseo de salvar su alma; y aunque prediques con el mayor fervor todas las Escrituras, no excitarás en él ni un mínimo de contrición, de dolor, de temor o de compunción. Y esto, por la excesiva dureza que causó en él el estado de pecado y la costumbre diaria de pecar; y por eso o se duermen oyendo los sermones, o hablan, o se reniegan de que no termine el predicador»[25].

La dureza del corazón hace ineficaz la palabra, porque impide que penetre en el alma[26]. Y tan imposible es que dé fruto la palabra que no entra en el corazón, como que germine la semilla que no entra en la tierra.

Lo mínimo que puede pedirse al oyente, aunque esté en pecado, es que tenga sano el oído, es decir, que quiera oír la palabra de Dios. Si le falta esta disposición, están perdidas todas las esperanzas de conversión. Si ni siquiera queda en el pecador intención, aunque sea remota, de ponerse en contacto con la predicación, puede darse todo por perdido, salvo una intervención extraordinaria de Dios. Pero si, por muy corrompida que esté su alma, conserva al menos sano el oído, es decir, la intención de acercarse a la palabra de Dios, queda abierta la posibilidad de que cambie de vida: «pues por sus orejas entrará la medicina de la salud y el alma se restablecerá»[27].

Al buen oyente, Villanueva le pide todavía más: una cierta preparación antes de ir a escuchar un sermón. Siguiendo la aplicación de la Parábola del Sembrador, esta preparación es necesaria, lo mismo que el agricultor necesita preparar los campos antes de ir a sembrar la semilla. «Antes de un sermón, conviene examinar la conciencia y fondear nuestros corazones, no sea que estén endurecidos y se hayan hecho estériles»[28]. Es una preparación negativa, de remoción de obstáculos, para

---

[25] *Opera...*, I, 243-4.

[26] *Opera...*, I, 254: "Quem fructum putatis verbum Dei producet in cordibus lapideis, quae per totum annum in peccato mortali perseverant?... raro enim verba praedicatorum in horum cor intrant propter grandem ejus duritiem."

[27] *Opera...*, II, 26: "... Non est diffidendum de anima, etiam devorata a leone, si tamen vel ad minus sumpserit pastor duo ista crura (timor et spes) et auris fuerit sana: per ipsam enim aurem intrabit medicina salutis ad animam et recuperabitur."

[28] *Opera...*, I, 244.

ponerse en situación de acogida ante la palabra de Dios. El peor obstáculo es el pecado, y a mayor número de pecados, más obstáculos. El pecado crea una actitud de enemistad con Dios, que hay que vencer inicialmente para poder oír su palabra.

b) *La aridez del corazon*

Otra especie de impedimento que obstaculiza por sí mismo el desarrollo de la palabra en el oyente, es lo que podíamos llamar la tibieza religiosa. Es la disposición de aquel a quien le falta el «jugue» del espíritu, de la caridad y de la devoción. «Los tibios, aunque oigan con gusto la predicación y en el momento en que están presentes se conmuevan y viertan lágrimas, sin embargo, por carecer del jugue de la devoción, inmediatamente se marchita en ellos todo aquel verdor tan pronto como aparece el sol de las tentaciones o de las tribulaciones»[29].

«Estos hombres son tibios y negligentes, no se preocupan de los santos ejercicios, no oran ni meditan: se acuerdan poco de las cosas celestiales, y, por consiguiente, no son fecundados por el rocío celestial. Y aunque oigan con gozo la palabra de Dios, aunque reciban esta semilla en su corazón, y aunque nazca, no puede crecer, porque falta la humedad de la gracia y de las virtudes. Desea llevar a la práctica el bien que oyen, pero al empezar a obrar, ocurre en ellos lo que dice el Profeta: son como la hierba de los tejados, que se seca antes de granar (Ps. 128, 6): ... Si nada se ocupan del cielo, si no piden el rocío de la gracia, ¿qué les aprovecharán los buenos deseos concebidos en el sermón, si no tienen raíces? Creo que habéis oído muchas veces que el infierno está lleno de buenos deseos»[30].

La palabra es portadora de gracia y es germen de virtudes. Pero necesita estar acompañada de la gracia y de las virtudes para crecer y madurar convenientemente.

c) *La enajenación del corazón*

La «solicitudo saeculi»[31], o excesiva dedicación a los asuntos terrenales, las riquezas y los deleites, los placeres y las vanidades[32] pueden

---

[29] *Ibid.*, 244-5.
[30] *Opera...*, I. 255.
[31] *Ibid.*, 262.
[32] *Ibid.*, 256.

axfisiar la palabra recibida en el alma antes de que dé su fruto. Es la tierra a la que alude el Apóstol cuando dice: «porque la tierra que a menudo absorbe la lluvia caída sobre ella y produce frutos de bendición para el que la cultiva, recibirá las bendiciones del cielo; pero la que produce espinas y abrojos es reprochada y está próxima a ser maldita, y su fin será el fuego» (Hebr. 6, 7-8).

«Hay quienes reciben la palabra con buena voluntad y con gozo... Pero, ¡ay!, en seguida que salís de la iglesia, lo que habéis oído se disipa y no sirve de ninguna utilidad por las mil ocupaciones y negocios, en que estáis implicados...» No dan tiempo a que se desarrolle la semilla. No siguen cultivando la tierra de su corazón, y por eso las malas hierbas crecen e impiden que la semilla crezca y fructifique. «Los espinos y el trigo no nacen ni crecen bien estando juntos; por consiguiente, si quieres ser amigo de Dios, conviene que seas enemigo del mundo... Llevar una vida espiritual y estar embebido en los negocios del mundo, es incompatible... Es lo que dijo Cristo: *«No podéis servir a Dios y al dinero»* (Mat. 6, 24). Cuida primero de purificar el corazón. de arrancar de él las zarzas de los cuidados y negocios, y entonces crecerá en ti la semilla de la palabra de Dios».

«Por eso los religiosos cuántas gracias deben dar a Dios, que los libró de todos los cuidados mundanos, para que sus corazones estén siempre dispuestos, con el rocío celestial, a recibir la palabra de Dios! Aunque empleen toda la vida en alabar a Dios por tanta misericordia, todavía no pagarán esta deuda...! Pero no se pide a los seglares que dejen libre totalmente su corazón para recibir las influencias del cielo. Ellos deben atender su casa, sus hijos y otras cosas necesarias, que ciertamente impiden que la palabra de Dios fructifique en toda su perfección (ex toto); se les pide la paz suficiente, para que también entre los abrojos, si no son muchos, veamos germinar, crecer y madurar el trigo. A éstos, pues, les exhortamos para que no permitan tal abundancia de abrojos que puedan sofocar el trigo. Les rogamos que no dejen pasar los días, los meses y los años en estas ocupaciones, sino que procuren escardar parte de los espinos, para que no se multipliquen de tal manera que opriman el corazón. Oigan a diario la Misa, se encomienden a Dios con toda la devoción que puedan: le encomienden a Dios sus ocupaciones, se acuerden de El... y esto no retardará sus negocios. Cumpliendo esto con fidelidad, ciertamente que sentirán en sí mismos un gran provecho»[33].

---

[33] *Opera...*, I, 256-7.

El mejor auditorio para la proclamación de la palabra de Dios son los religiosos. De suyo, es la tierra mejor preparada, la más fértil, la más cultivada y la mejor regada. La tierra ideal para que la semilla del Evangelio pueda madurar totalmente.

En el seglar encuentra Villanueva una dificultad para el desarrollo pleno y cabal de la palabra de Dios. Dificultad inherente al estado secular, por lo que éste comporta de implicaciones en los negocios temporales y actividades profanas, en las que el seglar ha de desenvolver su vida. Las expresiones de Villanueva podrían interpretarse abusivamente, si no se tuviera en cuenta su pensamiento completo desarrollado en otros de sus sermones. Su opinión no es que los seglares tengan que abandonar sus ocupaciones temporales para dedicarse a la contemplación de la palabra de Dios. Lo dice aquí expresamente: «No se pide a los seglares que dejen libre totalmente su corazón para recibir las influencias del cielo». Lo que Villanueva les pide es que no se dejen arrastrar por los quehaceres temporales, de tal modo que puedan poner en peligro la vida y el crecimiento de la palabra de Dios, que llevan en el corazón. Lo que Villanueva pide al seglar, como discípulo de la palabra de Dios, es que vigile sus sentimientos y trabajos, y ponga en ellos la necesaria limitación, para que no les sean obstáculo en el camino de la fe.

A cada cosa hay que dedicarle su tiempo. El seglar, tentado por acrecentar sus bienes temporales, solicitado por los goces del mundo, ha de procurar no dejarse fascinar por estas voces de tal modo que no le quede tiempo para ocuparse de oír la llamada de Dios y de cultivarla para que produzca sus frutos de santificación.

El buen oyente de la palabra de Dios debe eliminar aquellos obstáculos que le impidan oírla de buena gana, meditar en sus exigencias, mantenerla viva y actual, y cumplir con obras la voluntad divina expresada en sus palabras. Para todo ello el seglar necesita tiempo y paz. Todo ello lleva consigo un esfuerzo de purificación del corazón.

La abundancia del fruto de la palabra depende de la liberación del corazón frente a las ocupaciones temporales. En los religiosos, por estar más libres de los cuidados terrenos, la palabra de Dios producirá más frutos.

Entre los obstáculos que el oyente de la palabra de Dios debe eliminar, Villanueva incluye los impulsos de la concupiscencia de la carne, las riquezas y los placeres del mundo. Por otro lado. pide a ese mismo oyente que oiga Misa cada mañana, ore frecuentemente y encomiende a

Dios sus ocupaciones. Estas observaciones nos llevan a la conclusión de que el desarrollo de la palabra no es posible sin un desarrollo armónico de todas las virtudes y gracias. Cuanto mayor sea el grado de perfección cristiana, mayor es la capacidad de escucha y de respuesta a la palabra de Dios.

Otro impedimento concreto es la inconstancia del que bien propone y obra mal. En el inconstante, la palabra se borra en seguida, sin que dé su fruto[34].

La rutina en oír sermones puede conducir a una cierta insensibilidad para captar las exigencias de la palabra de Dios. Razón por la cual, nuestro autor opina que la predicación en su tiempo resultaba más difícil que en tiempo de los apóstoles, pues éstos predicaban a hombres completamente ciegos e ignorantes en la ciencia de la salvación, a diferencia de los hombres del siglo XVI que estaban muy acostumbrados a oír sermones... Villanueva compara esa diferencia a la que existe entre coger peces en el agua por vez primera y cazar aves que vuelan alto y están habituadas a oír tiros[35].

Es otra dificultad con la que ha de enfrentarse el predicador y el oyente.

A grandes rasgos hemos presentado el pensamiento de Santo Tomás de Villanueva sobre los riesgos que corre la palabra de Dios en el hombre, una vez salida de la boca del predicador, y los cuidados que pre-

---

[34] *Opera...*, II, 110: "Aristoteles dicit: inconstans est ille, qui bene proponit et male agit. O debilitas, quae adeo inconstantes reddis homines! audit quis concionem, et Spiritu Sancto movente cor ejus proponit confiteri, et exire a peccato. Quid, dicit in corde suo, semper ero mea culpa exclusus a regno caelorum? ero semper peccatis oneratus, et inmunditiis plenus? nequaquam id patiar, sed peccata relinquam et rectam jam nunc vitam inchoabo. Et ecce dum ab Ecclesia recedit, ocurrit ei aliquis ex amicis qui illum antea ad peccandum incitabant, et dicit, eamus si placet ad domum talis foeminae, in domum ludi; et illico respondet, eamus. Quid hoc est? Inconstancia, infirmitas, debilitas."

[35] *Opera...*, III, 104-5: "... Quos tunc Apostoli prehendebant, pisces erant maris, perambulantes semitas hujus saeculi, caeci et ignorantes Deum, et duces caecorum in tenebris ambulantes, qui illuminati doctrina, agnoscebant errorem suum, et facile convertebantur; at modo non estis pisces, sed aves, volatis enim in altum, et volantem capere difficile est. Quis in vobis est, qui nesciat fidem, quam vobis quotidie praedicamus?... Si dicimus uni ebrioso vel lusori: o miser, quid perdis? o miser, attende quia est infernus, quia est gloria, quia Deum habes infensum, quia vindicabit Deus, jam incaluerunt aures audire hoc: non peccatis ex ignorantia, sed ex malitia; omnia quae dicere possumus, bene nostis. Qua ergo arte, quo sermone vos reprehendemus, quia omnia nostis?"

cisa para que pueda dar aquellos frutos de santificación, de los que la palabra es portadora en germen.

Saber recibir, entregarse y corresponder a la palabra oída no es cosa fácil. Pero en ello está comprometida la propia perfección.

La historia del creyente será, en definitiva, la misma historia de la vida de la palabra de Dios en él.

CONCLUSION

En resumen, según la doctrina de Santo Tomás de Villanueva, la predicación es la palabra que Dios dirige a los hombres, por medio de la Iglesia, para establecer con ellos una comunidad de vida interpersonal semejante a la del Verbo Encarnado.

En esta definición resumimos todos los elementos que contiene la predicación, según el pensamiento del Santo Arzobispo de Valencia:

1.° La predicación es palabra dicha por el mismo Dios, uno y trino.

2.° La palabra se diferencia aquí de otras formas de comunicación verbal de Dios con los hombres, porque es anunciada por la Iglesia a través de sus ministros legítimos. Propiamente la función del ministro de la palabra consiste en hacer resonar en voz alta la Palabra de Dios que habita en la Iglesia. Su ministerio es la melodía del lenguaje que el Verbo Encarnado habla por la Iglesia, su Cuerpo Místico.

3.° El fin de la predicación coincide con el de la Encarnación del Verbo: poner en contacto mutuo a Dios con el hombre y mantener viva esta intercomunicación personal. Esto especifica a la predicación y la distingue de otros medios transmisores de la gracia. Lo propio de la predicación es que es un servicio para el diálogo, que tiene su justificación en la comunicabilidad de Dios y del hombre. Cuando la palabra de Dios pronunciada por el predicador sea asimilada vitalmente por el hombre, a quien se dirige, la predicación ha cumplido su función.

La palabra que Dios dirige al hombre por medio del predicador tiene un poder de salvación. Este poder es intrínseco a la palabra, por ser Dios su autor principal.

Por la palabra se inicia el diálogo del Dios viviente con el hombre, y por ella el hombre aprende a hablar con Dios. Es la predicación el punto de arranque de la religión cristiana, por ser ésta esencialmente una vida en comunicación o comunión con el Dios de la Palabra Encarnada. La predicación coopera también al desarrollo de la vida cris-

tiana de tal modo que la historia del hombre religioso es la misma historia de la vida de la palabra de Dios en él.

La palabra de Dios no obra la salvación prescindiendo de la cooperación del hombre. Humildemente Dios expone su palabra a la libre voluntad tanto de sus ministros como de sus destinatarios.

Los ministros de la palabra son responsables del éxito y del fracaso de la palabra en la medida en que acierten a cumplir su oficio en la Iglesia, con la palabra y el testimonio. Dios respeta su libertad, su estilo, su ingenio y, sobre todo, su santidad. Por eso la mayor o menor idoneidad del ministro compromete el fruto de su ministerio.

La palabra de Dios ha de ser correspondida por una respuesta responsable del hombre. El hombre que es alcanzado por la palabra y se entrega a ella seriamente, da ocasión a que se reproduzca en su vida el mismo misterio del Verbo Encarnado: palabra que se hace carne. A Su imagen hemos sido creados y a Su imagen tenemos que salvarnos. Desgraciadamente la palabra de Dios puede quedar frustrada por la mala disposición del oyente. En este caso, la palabra de Dios servirá para condenación.

En el centro de todo el pensamiento de Villanueva hemos encontrado a Cristo Verbo Encarnado: el Verbo como Palabra personalizada del Padre en el Espíritu; el Verbo como revelador de la voluntad de Dios, que dispuso hacer partícipes del diálogo trinitario a los hombres; el Verbo habitando en la Iglesia y haciéndose oír en el mundo por la voz de sus ministros; el Verbo haciéndose carne en cada uno de los hombres, que aceptan participar de la naturaleza dialogal de Dios.

El Verbo Encarnado, hecho palabra y testimonio, como modelo de predicadores y ejemplar de vida para todos los hombres.

INDICE

PARTE I

PARTE II

TEOLOGIA DE LA PREDICACION